This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

**Usage guidelines**

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

**About Google Book Search**

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

**Acerca de este libro**

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

**Normas de uso**

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

**Acerca de la Búsqueda de libros de Google**

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

FILADELFIA.

LA COMPAÑÍA LÉVYTYPE, IMPRESORES Y GRABADORES,

CHESTNUT, 632.

1892.

Al Dr Mr Samuel Bu-
nion. De su afmo a. SS.

N Calvery

22 Febrero 1893.

Al Dr Mr Samuel Bu-
nion. De su afmo a. SS.

N Cabrera

22 Febrero/893.

# MIS BUENOS TIEMPOS

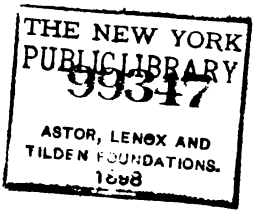
RAIMUNDO CABRERA

# MIS BUENOS TIEMPOS

## (MEMORIAS DE ESTUDIANTE)

SEGUNDA EDICIÓN ILUSTRADA
CON OCHENTA Y DOS
GRABADOS

FILADELFIA
LA COMPAÑÍA LÉVYTYPE,
IMPRESORES Y GRABADORES,
CHESTNUT 632
1892




ES PROPIEDAD

A MI MADRE,

---

A MIS HIJOS

RAFAEL MONTORO.

# PROLOGO.

He dicho ya, en otra ocasión, hablando de esta misma obra del señor Cabrera, lo que sigue:

"En Cuba no se publican libros de memorias ni correspondencias. ¿Será que esta Isla ha sido por muchos años un escenario demasiado monótono y modesto, para que pudieran destacarse personalidades dignas de ocupar

con su autobiografía la atención de las gentes? Plantear el problema en estos términos, es plantearlo mal. El interés de un libro de memorias no depende de los sucesos exteriores, es decir, de la esplendidez y magnificencia del marco que constituyen las cosas externas en el cuadro de una existencia. El verdadero interés de tales obras dimana de las revelaciones que encierran ó del carácter humano que en ellas se refleja; de la acción moral ó política que en sus páginas se esconde; del valor artístico de la forma que revisten. La posición del que cuenta sus aventuras, ó el medio en que su actividad se desenvuelve, importan ciertamente; pero no bastan á constituir el interés á que aludimos, ni á desvanecerlo cuando surge de las vicisitudes individuales que absorben por sí mismas la atención del lector. Difícilmente puede concebirse una existencia más brillante, más llena de atractivos para la ajena curiosidad hasta por sus flaquezas é indignidades, que la del príncipe de Talleyrand; ni escenarios históricos más deslumbradores ó trágicos que aquellos en que desempeñó papeles tan culminantes; y sin embargo, las *memorias* del

príncipe de Talleyrand cansan, defraudan las expectaciones fáciles del vulgo. En cambio una joven rusa, casi una niña, María Bashkirtseff, de posición antes modesta que encumbrada, sin verdadera historia, sin más atractivos que sus espontáneas efusiones de niña soñadora, y sus deliquios casi místicos en que palpita la neurosis de este fin de siglo tan sombrío, ha logrado conmover fuertemente al público en las naciones más civilizadas é ilustres; ocupar á los más renombrados críticos—entre ellos, al insigne Gladstone—y conquistarse una verdadera celebridad de ultratumba con su precioso *journal* y con sus cartas geniales y vivacísimas. Nadie me convencerá de que pueblo como el nuestro donde los esplendores de la naturaleza y de la fortuna han coincidido tanto tiempo con las mayores abominaciones sociales y políticas, no ha debido producir, no ha producido, no produce hoy mismo, existencias de poderosa intensidad afectiva cuyas revelaciones serían exquisito pasto para la curiosidad intelectual de las personas capaces de apreciarlas.

Y ¡cuántos problemas de moral y de psicología no se han resuelto silenciosamente en

vidas al parecer vulgares, pero llenas para el observador de percepciones singularmente sugestivas!

La obra del Sr. Cabrera,—éste es su mayor elogio,—no puede leerse sin emoción. Su lectura conmueve, enternece, despierta en el alma una serena y dulce melancolía. Los que fuimos sus compañeros de estudios, creemos ver de nuevo el colegio donde trascurrieron tantas horas felices y tomaron cuerpo tantos sueños deslumbradores que guardan su encanto para el corazón, aun después de marchitos cruelmente por la implacable realidad. Pero no está limitado á los que fueron sus compañeros, ó han sido y son sus amigos, el encanto irresistible de este libro escrito con tan noble ingenuidad. Cuantos sientan algún amor por la regeneración del país en que han nacido, leerán con regocijo y con aplauso *Mis buenos tiempos.* El Sr. Cabrera debe su posición actual al propio esfuerzo, á la perseverancia: es un *self made man,* como dicen nuestros vecinos; que no heredó fortuna ni blasones, pero ha sabido crearlos con el esfuerzo de su clara inteligencia, de su avasalladora voluntad. *Mis buenos tiempos* es

el relato ingenuo, sencillo, animadísimo, espontáneo, de esta ascensión penosa pero rápida desde la orfandad menesterosa y triste, hasta la posición asegurada del que tiene ya de su parte el aprecio público.

¡Qué mejor ofrenda podía desearse para nuestra juventud, en tan gran parte escéptica y perturbada por perniciosas influencias!

El señor Cabrera enseña á prosperar, á ser influyente merced al esfuerzo perseverante y á la confianza en sí mismo. *Mis buenos tiempos* es, en este sentido, una contribución original á esa literatura del deber práctico y del progreso individual, que tiene por modelos á Samuel Smiles en su *Self Help* y á Bastiat en sus apólogos inimitables.

Mas, prescindiendo de esta superior finalidad, el libro se recomienda por su forma amenísima. El que empieza á leerlo sólo desiste de su lectura al terminar la última página. Tales son la espontaneidad y la viveza del estilo, la sinceridad y verdad que brillan en las confidencias. Poco á poco empieza á sentirse una tristeza soñadora y halagüeña; simpatízase con las amarguras y sufrimientos del niño, con los sacrificios del

joven; y se participa de su legítimo gozo al ver llegar la ansiada recompensa.

Dos sentimientos descuellan en este libro, además de la viril confianza en el esfuerzo propio: el amor filial y el amor á la patria cubana. Verdad es que el punto de apoyo que ha necesitado el niño, el huérfano, lo ha encontrado en el alma de la madre decidida y valiente cuyos desvelos embellecen algunas de las páginas más conmovedoras del libro. Cuanto al patriotismo ¿cómo no encontrar sus inspiraciones en las memorias de un hombre cuya juventud se inició al calor de los nobles y generosos ideales que formaron la conciencia pública en los grandes colegios de otra época, planteles verdaderamente fecundos, donde creció lozano el árbol sagrado de la libertad y del sacrificio?

En este particular el libro que nos ocupa es un verdadero documento histórico que contribuye á esclarecer la obra memorable y santa de la formación del espíritu cubano."

Poco he de añadir en este prólogo á las consideraciones que preceden, tan oportunas hoy como ayer. Así como Raimundo pasó por la pobreza sin quebrantarse y por la

proscripción sin abatirse, ha pasado después por los negocios, sin dejar en ellos la savia del corazón, y por la política local sin que ésta le arrebate una por una las ilusiones democráticas, luz de su pensamiento y las esperanzas todas del patriotismo, secreto de su actividad como hombre público. En la política como en los negocios forenses el señor Cabrera ha sabido conquistarse una posición muy distinguida.

La paz del Zanjón significaba para Cuba el advenimiento de una nueva época. La guerra había durado muy cerca de diez años. Al deponer las armas los insurrectos, hicieron un llamamiento indirecto pero positivo á las fuerzas vivas del país, para que dentro del nuevo orden constitucional realizasen el anhelo constante de los cubanos por instituciones basadas en los verdaderos principios del Derecho Moderno. Al comenzar el siglo, suspiraban ya nuestros mayores por el régimen que hoy denominamos autonómico y que ellos concebían y explicaban de acuerdo con las ideas de su tiempo. Dos tendencias se han repartido desde entonces las opiniones en Cuba. La una se funda en el convenci-

miento de la radical imposibilidad de obtener de España reformas esenciales para nuestro anacrónico régimen político administrativo; por lo cual juzga inútiles todos los esfuerzos que se realicen dentro de la legalidad para alcanzar eficaces mejoras, y sólo se muestra favorable á una violenta revolución que nos lleve á la independencia ó á la anexión á los Estados Unidos; términos diversos en que se subdivide esa primer tendencia. La otra persevera en creer, en esperar: juzga posible, por medio de lentos y graduales avances, la transformación política, administrativa y económica del país, sin romper el íntimo lazo que lo une, y debe unirlo en realidad, á su Metrópoli. Estas tendencias se han disputado la historia de Cuba desde principios del siglo hasta la fecha. Cuando ha preponderado la segunda, el país ha hecho uso de todos los medios legales en la propaganda y progresiva realización de las ideas reformadoras.

Siempre que se ha perdido toda esperanza de un acuerdo práctico y equitativo, el espíritu revolucionario ha recobrado, poco á poco, su fuerza. La guerra de los diez años sobrevino á consecuencia del lamentable

fracaso de los reformistas de 1864. Al terminar tan memorable contienda por un pacto que consagraba bajo la forma anfibológica de la identidad de instituciones con Puerto Rico el advenimiento de un nuevo régimen, era natural que otra vez predominase entre los cubanos la tendencia primera, ó sea la que favorece el desarrollo de la actividad política por medios legales.

Cabrera, en sus mocedades rindió culto como casi toda su generación, al idealismo revolucionario. Pueblo el de Cuba inexperto, apasionado, soñador, y de índole valerosa, se lanzó al campo aguijoneado por sus agravios, sin tener idea de las tristes y prosaicas realidades de una guerra improvisada. Imaginó que su esfuerzo podría tener únicamente esa solemne melancolía, esas sublimes adversidades con que aparecen, por ejemplo, en las historias de Michelet, Lamartine y Castelar, en las relaciones de Carlyle, Pelletán ó Víctor Hugo, los trágicos episodios de las transformaciones políticas de nuestro siglo. La juventud electrizada se forjó el grandioso ensueño de una nueva Convención, más modesta pero más pura, menos potente pero más noble y

generosa, en medio de la virgen naturaleza de una isla tropical.

Las escenas grandiosas y terribles que aquellos historiadores han descrito libremente ó han fantaseado, acaloraban las imaginaciones y enardecían el sentimiento. La crítica histórica no había reducido aún á sus proporciones verdaderas las figuras legendarias que simbolizaban y simbolizan en cierto modo todavía, el espíritu de la nueva edad. Pero aun cuando las disecciones severas hechas por Taine, Cherest ó Sybel se hubiesen conocido entonces, nadie les habría dado crédito. El alma de los jóvenes que tienen el celeste don de apasionarse por el ideal, recuerda por sus alucinaciones sublimes al heroico é ingenioso hidalgo de Cervantes tan glorificado por Heine á causa de su grandeza moral oculta para el vulgo bajo el velo fatal de sus extravagancias. En vano jura Sancho que ha visto á Dulcinea, aechando trigo sudorosa y sofocada entre las rústicas labores propias de su humilde condición, D. Quijote sabe que eso no es así, que el tosco escudero ha sido víctima de un encantamento y que los que imaginó granos de trigo ruin eran hilos de

perlas que se deslizaban suavemente por los dedos de nácar de la dulce señora de sus pensamientos.

La nueva etapa de nuestra peregrinación política, halló á Cabrera en plena madurez. El éxito, eso que llamaban nuestros mayores la fortuna, resultado necesariamente complejo de múltiples circunstancias, habíale tocado ya con su vara mágica. Usando un símil clásico puede decirse que el barco de su vida, empavesado y á toda vela, avanzaba ya gallardo y veloz por la tranquila superficie de un mar sin borrascas. Si Cabrera hubiese tenido otro carácter, si hubiese pertenecido á otra generación, habría vuelto desdeñosamente la mirada ante el cortejo inerme de los nuevos reformistas. Habríase refugiado en el egoísmo, actuando de *sensato* entre los conservadores ó de intransigente entre los exaltados, de modo que para unos y otros estuviera justificado su alejamiento de la vida pública mientras continuara atendiendo por todos los medios á su engrandecimiento personal.

Mas eso no podía ser. El Sr. Cabrera pertenece á una generación á la cual no fué nunca necesario explicarle el carácter funda-

mental de los deberes políticos del ciudadano.

Además, el sentimiento cubano era para ella en las diversas formas que originaba la dualidad de tendencias, un verdadero culto. El espíritu de don José de la Luz flotaba todavía sobre las olas de nuestra borrascosa historia. Y hasta los niños repetían el célebre aforismo "el que no aspira no respira."

Cabrera contribuyó poderosamente á la organización del partido Autonomista de cuya Directiva ha sido siempre miembro caracterizado. Oriundo de Güines (1) y amigo sincero de sus coterráneos, quizo hacer de esta jurisdicción uno de los primeros baluartes del partido y lo consiguió en términos que exceden al mayor encomio. Ayuntamiento, Diputado Provincial, mayoría para la elección de Diputados á Cortes, y de Senadores, todo se logró en Güines después de unos cuantos meses de propaganda activa, incansable, decidida. Fué preciso que el Gobierno acudiese á verdaderas extralimitaciones, que pusiese en

(1) *El Sr. Cabrera nació en la Habana el día 9 de Marzo de 1852:* pasó su niñez en Güines y ha ejercido siempre su profesión en la Habana, donde reside.

planta los medios menos legítimos con que de ordinario se tuerce la manifestación de la voluntad popular, para que Güines dejase de ser asiento de uno de los grupos más sólidos y resistentes del partido Autonomista en esta comarca.

Fundó además el Sr. Cabrera y dirigió desde la capital, con admirable tino "La Unión" de Güines, periódico que ejerció grande y reconocida influencia, no obstante publicarse en una población modesta, merced á los notables artículos de su Director y á los del benemérito publicista D. Leopoldo Cancio. Fué electo Diputado Provincial por aquella rica comarca en 1879 y reelecto en 1883 después de una de las más reñidas contiendas electorales libradas por el Partido, puesto que se pusieron en juego hasta las influencias é intrigas oficiales para contrarrestar, sin lograrlo, la legítima popularidad del Sr. Cabrera en su distrito natural.

A las tareas, á los comunes ejercicios de la vida pública ha juntado por último, el autor de este libro la redacción de obras muy estimadas y leídas; acaso las más leídas de cuantas se han dado á luz por escritores cubanos.

"Cuba y sus Jueces" cuenta ya siete ediciones. De ningún otro libro publicado en Cuba puede decirse otro tanto, fuera de los de texto. El país ha mostrado su gratitud al campeón de sus glorias y de sus esperanzas, al intérprete de sus quejas y agravios, al expositor de sus brillantes esfuerzos por ese mejoramiento moral é intelectual que constituye, en todas partes, la esencia misma del verdadero progreso. La 7ª. edición ha sido además una obra de arte. El texto, enriquecido con datos y notas de importancia é impreso en Filadelfia, está ilustrado con admirable serie de grabados en que los retratos de los hombres que han venido influyendo en la vida política y literaria del país se acompañan con láminas conmemorativas de los lugares más interesantes y pintorescos de esta capital. "Cuba y sus Jueces" es un libro que no puede faltar en ningún hogar de esta Isla donde se rinda culto á las aspiraciones indestructibles del alma cubana. Es, además, un libro sereno, imparcial, sin extravagancias ni provocaciones: el eco de un pueblo que se defiende sin odios crueles, y sin ciegos fanatismos; con la conciencia de sí, de su inviolable derecho y de su razón indiscutible.

Pero en ese libro no podía tener cabida, sino hasta cierto punto, la vida interior del pueblo cubano, el modo de ser de las familias, el conjunto de sentimientos, de ideas generales, de impulsos comunes, que dan especial fisonomía á nuestra sociedad.

Mucho me engaño si esto no ha de verse en muy apreciable medida, al través de las serenas y melancólicas confidencias de *Mis buenos tiempos*, lo cual ha sido por ventura una de las principales causas de que el público haya agotado en menos de seis meses la primera edición, haciéndose necesaria la segunda.

¿Para quién no fueron, al cabo, los *buenos tiempos*, sean cuales hayan sido las vicisitudes de cada cual, los serenos y alegres días de la juventud? Dora el sol de la edad temprana con rayos esplendentes los horizontes más obscuros. La fuerza interior de la fe y del entusiasmo tiende á remover todos los obstáculos que se amontonan en el camino de la vida. He visto hace algún tiempo interesante cuadro que encierra un simbolismo profundo y majestuoso. A carrera desbocada y en medio de recio tumulto precipítase sobre el puente que conduce á ciudad grandiosa y

extraña un apuesto joven, jinete en brioso corcel. Está tocando la orilla; corto, muy corto espacio le separa del término anhelado. Avanza valiente y jubiloso, sin volver una sola vez la cabeza, sin advertir que más intrépida y veloz que su indómito corcel, y á impulso de negras y gigantes alas vuela tras él, envuelta en nubes, la pálida muerte representada por luctuosa figura cuya mano desciende implacable sobre la cabeza del luchador esforzado, y torna en adelfas funerarias los gloriosos laureles de su corona.

Sin esta imprevisión sublime, sin esta noble confianza en la propia fuerza ¿quién lucharía? La perversidad y la indolencia se sobrepusieran á todos los estímulos de una generosa ambición. Esa fe salvadora de la juventud es secreto de todos sus magníficos arranques. Grato es contemplarla, en perspectiva no distante, como el Sr. Cabrera, desde la orilla ansiada donde ha plantado su tienda sobre la cual hay un gallardete blanco y azul con esta noble leyenda: "Excélsior."

RAFAEL MONTORO.

Habana, Febrero 18 de 1892.

# AL LECTOR

He escrito este libro por mero pasatiempo y con el solo fin de legarlo á mis hijos. En él refiero las primeras impresiones de mi niñez y bosquejo el período hermoso y fugaz de la juventud, que cada hombre llama con razón *sus buenos tiempos*, y que yo no debo llamar de otro modo, no obstante los infortunios que lo acompañaron; porque al menos tuve la dicha de crecer admirando á una generación que se señaló por la pureza de las ideas, el vigor en la acción y la generosidad en el sacrificio.

Cuando mis hijos lean el sencillo relato de mi orfandad, de mi niñez desvalida, de mis luchas juveniles, y se instruyan de mis trabajos y mis éxitos, hallarán en él lecciones prácticas que les enseñen lo que valen la perseverancia y los buenos propósitos, y les inspiren honradas resoluciones.

—Acaso la lectura sea útil también á los jóvenes menesterosos que aspiran y dudan, que sufren y trabajan.—

He deseado, además, pagar deudas de gratitud contraídas con los que me hicieron bien; desde la madre heroica que veló por mí como ángel tutelar, hasta el fiel doméstico que me consagró sus ahorros, su lealtad y su cariño. Con este objeto he designado por medio de notas las personas y los lugares á que aludo en la narración.

Mas, como la existencia de un hombre es tan compleja, al narrar los sucesos propios, he tenido que referirme á mi tiempo, al medio en que me agité, á las ideas dominantes de la época, á las vicisitudes del país en que tuve la fortuna ó la desdicha de nacer, á las personas con quienes me relacioné y cuya situación y hechos caracterizaron un período angustioso y legendario de la historia de Cuba.

De esa manera, este trabajo—que debía reservar para el hogar, como asunto de familia, y á lo sumo, para mis allegados y amigos,—paréceme que reviste un carácter más general y que como *memorias* puede ofrecer algo que interese á los que se ocupan del pasado, de sus hombres y de las cosas públicas.

La política viene á ser en este libro el gran marco que orilla la reducida tela donde se dibuja la acción. Al describir los lugares

en que nací, luché y sufrí; al aludir á los jóvenes de mi tiempo, á los presos, á los proscriptos; mis pinceladas hacen resaltar aquel período inquieto y azaroso de nuestra historia patria, en el que la paz doméstica se poseía en precario y el adolescente de hoy se encontraba al día siguiente con la prematura y dolorosa experiencia que trae consigo el desquiciamiento social.

Pertenecí á una juventud revolucionaria. Participé de su educación, de sus ideas, aspiraciones y sufrimientos, y todo eso es lo que refiero al contar mi vida.

Si al realizar mi obra, donde no se hallará una sola frase reticente, ni rencor ni odio, resulta que hago directa ó indirectamente la apología ó la crítica de los sucesos, no es culpa mía, pues no pretendo dar á mi libro más que un carácter reducido: á lo sumo, un limitadísimo aspecto histórico.

Mi narración acaba precisamente en la época en que terminó la revolución cubana, que será siempre para mí, sean cuales fueren sus errores, un recuerdo venerando, una Biblia de santas leyendas. Después he pertenecido y pertenezco, convencido y resuelto, al partido autonomista, cuyos procedimientos

de evolución sinceros y pacíficos, han ocupado otros trece años de mi vida, contribuyendo á la propaganda del sistema racional y justo que sustenta sobre reforma radical en la administración de la colonia ó establecimiento del *self-government*, sin menoscabo para la soberanía de la Metrópoli.

Como continuación de esta obra me propongo escribir más adelante la historia de ese partido, referir sus movimientos, sus éxitos y fracasos, en todos los cuales como actor modesto y constante he tomado parte.

No parecerá presunción, por tanto, que publique mis memorias personales. En lo que á mis vicisitudes propias se refieren podrán carecer de importancia; pero creo que la tienen en cuanto evocan y reviven hechos y recuerdos que tan hondamente afectaron á nuestra sociedad.

Los hombres de buena voluntad y ánimo recto que hojeen este libro, comprenderán su verdadero espíritu.

Es, bajo un aspecto, obra de un padre que da lecciones útiles á sus hijos; es por el otro, un testimonio de amor al país á que consagra sus recuerdos.

RAIMUNDO CABRERA.

Diciembre, 1890.

"Fué el primer mandato y el consejo de mi más temprana juventud hacer siempre aquello que mi conciencia me dijera que era mi deber, y dejar las consecuencias á la voluntad de Dios. Llevaré conmigo hasta el sepulcro el recuerdo, y confío que también la práctica, de esta lección paterna. Hasta ahora la he seguido, y no tengo motivo alguno para quejarme de que mi obediencia á ella haya sido un sacrificio temporal. Al contrario, he encontrado que era el camino hacia la prosperidad y la riqueza, y he de señalar la misma senda á mis hijos para que la sigan."

LORD ERSKINE.

"Quienquiera que se esfuerce en obtener los más elevados resultados, no puede dejar de alcanzar un punto más alto que el de donde partió; y aunque el fin conseguido sea menor que el propuesto, no puede, sin embargo, dejar de ser siempre benéfico el mismo esfuerzo que se hace para elevarse."

SMILES.

# I

# Mi Escuela

—Levántate; se te pasa la hora de la escuela,—me decía mi madre con tono cariñoso al par que impaciente, acercándose por tercera ó cuarta vez al lecho donde yo prolongaba perezoso el sueño de la mañana. Entonces, ayudado por ella que me acercaba mis vestidos y los prendía, sacudiendo incómoda, á ratos, á mi hermano mayor, más sordo que yo á sus reclamos, y á quien la idea de la escuela aumentaba el sueño, me vestía, lanzaba los últimos bostezos, colgaba

á mi cuello la bolsa de libros y salía al patio. Allí, cerca de la puerta de la cocina, bajo los árboles, tomaba el ligero desayuno de los pobres; la taza de café característica, sin tostada ni otros adornos, que me servía la negra vieja cocinera, y de la que mi padre, entretenido desde muy temprano en limpiar ó podar sus frutales y plantíos, venía siempre á saborear las primeras cucharadas.

Lavábase luego las manos, cubiertas de tierra y de residuos de hojas y raíces en la limpia corriente de la Zanja que cruzando al fondo del extenso patio aumentaba las bellezas del bosquecillo debido á sus aficiones y cuidados; encendía su tabaco en el tizón que le alargaba la doméstica, y seguido de mi hermano,—cuyo sueño había vencido al cabo la tenacidad maternal,—nos echábamos á la calle.

Su mirada nos acompañaba hasta que entrábamos en la escuela; y mientras éramos, mi hermano y yo, de los primeros en ocupar los bancos aún vacíos del salón de espera y en dar los buenos días al viejo maestro, mi padre seguía su marcha para el taller, donde empleaba toda la jornada.

Entrábase en la escuela por una ancha puerta de zaguán, cerrada con una mampara

de lienzo, vestido de papel floreado, que defendía el interior de las miradas de fuera y nos sustraía á los entretenimientos de la calle. Á cada lado del zaguán y arrimados á las paredes había largos bancos de madera que iban ocupando los alumnos á medida que llegaban, después de colgar los sombreros en las perchas que llenaban las paredes de una habitación contigua.

Frente á la puerta de entrada, bajo el arco que limitaba el zaguán y que mostraba una losa de mármol con esta inscripción en letras doradas: "*Inítium est sapientiæ tímor Dómini,*" sentado en ancha butaca de cuero, hallábase don Joaquín, el buen *dómine* que mirábamos siempre con temor y que por esta saludable influencia, mantenida á virtud de sus disciplinas, nos iniciaba en la sabiduría y demostraba prácticamente la injusticia de aquel letrero en que se olvidaba su eficaz intervención.

Estudiábamos á una voz, las lecciones, sin que al maestro preocupase ni estorbara el elevado diapasón, el concierto agudo y subido de las voces y sin que los gritos de los unos impidiesen á los otros penetrarse del texto y retenerlo en la memoria. Por el contrario, parecía que en aquel concertante de chillidos, el mayor ruido excitaba las facultades retentivas y estimulaba la aplicación, de tal manera, que el más asiduo estudiante era por lo regular el más desaforado gritador.

—Toque la campanilla,—decía á las siete en punto el profesor al alumno que tenía más cercano: y al mezclarse á la vocería el metálico son del pequeño instrumento, las voces callaban como por encanto, las palabras quedaban cortadas, interrumpidas en los labios, los libros abiertos se cerraban, y un silencio solemne sucedía á la grita ensordecedora.

Desfilaban á esa hora los alumnos de las distintas secciones á sus respectivos departamentos y comenzaban las clases.

No se enseñaba entonces en nuestras escuelas, ó por lo menos en aquélla, todo lo que hoy pretende enseñarse. Pero se enseñaba.

No aparecían aún en el programa esas

rumbosas asignaturas con que ahora se viste la instrucción primaria y se harta la inteligencia del niño; no había nada de principiosde higiene, ni de elementos de geometría, ni de astronomía, ni de agricultura, ni lecciones objetivas, etc.

Se enseñaba simplemente á leer, á escribir, la aritmética, la gramática, principios de dibujo lineal y de geografía.....nada más. Pero se enseñaba bien.

También se enseñaba como hoy la religión, mucha religión, demasiada religión: pero eso es propio de la raza, de las costumbres, del sistema, y hoy como entonces hay que conformarse con que la Iglesia mantenga su dirección sobre la escuela.

Don Joaquín (1) era

(1) D. Joaquín Ruíz de Austri.

un obrero infatigable, un verdadero *gañán* del magisterio; jamás escatimaba las horas del Reglamento, y si lo quebrantaba era prolongando las horas de trabajo y engolfándose en él con verdadero ardor, sin desmayo ni ansia de reposo: disputaba al almanaque los días festivos, y para transigir con los católicos, no obstante el refunfuño de los alumnos y comprofesores, daba sólo medio día de asueto en los de fiesta que no reputaba de gran solemnidad.

Levantábase con el alba; recibía él mismo á los alumnos; vigilaba la hora del estudio; desempeñaba su clase,—la primera, ó sea la de los educandos más adelantados,—desde las siete hasta las nueve, sin interrumpir un instante los trabajos; almorzaba frugalmente, comenzaba de nuevo la labor de las diez á la una, cuidaba la penitencia y á lo sumo permitíase una ligera siesta antes de la comida, como el almuerzo, sencilla y frugal; á las cuatro volvía á la faena y nos despedía cuando el sol apagaba sus últimos resplandores entre las brumas del horizonte.

Al quedarse solo tal vez era presa de la melancolía aquel *cancerbero* que no tenía más ideal, más recuerdos, más esperanzas ni ambiciones que su modesta escuela.

Había nacido para maestro y sólo para maestro de escuela. En su pueblo natal, un pueblo de Burgos, se educó con un tío sacerdote y maestro, á quien desde muy temprano ayudó en la tarea de enseñar, y el que á la vez le enseñó todo lo que sabía.

Nada de filosofía, nada de las teorías pedagógicas que hoy privan, nada de esas discusiones estériles que están haciendo de la generalidad de nuestras escuelas fábricas de eruditos á la violeta.

Él sabía que su misión era enseñar á leer, escribir y contar á modestos hijos de obreros, y cumplía su misión en conciencia.

Cuando un alumno analizaba perfectamente un período, conjugaba los verbos, descomponía una oración, determinaba el régimen y concordancia, escribía una carta con buena letra y mejor ortografía resolvía un problema aritmético de aligación en números enteros y quebrados;

llamaba al padre y le decía:—Su hijo sabe ya bastante; enséñele ahora un oficio.

Y para llegar á ese resultado ¡cuánta labor, cuánta abnegación había tenido que desplegar el viejo y honrado maestro!.....

Aquel carácter laborioso no dispensaba nunca las faltas de cumplimiento de los demás en sus deberes.

Era terrible repartiendo *cocotazos;* el alumno que llegaba tarde á la clase, el que no sabía su lección, el que no fijaba su atención en la pizarra cuando se analizaba un período

ó se resolvía un problema, el que manchaba su plana, el que de cualquier modo incurría en desorden, de seguro que pronto sentía en

la piel cabelluda, el contacto violento y doloroso de unos dedos crispados, ó las puntas de una correa de dos tiras sacudida sobre las espaldas.

Pero, en cambio, ¡qué afable, qué bondadoso, qué cordial era aquel buen hombre con sus alumnos cuando después de un repaso general en la semana, en el que todos se habían afanado por alcanzar notas, se persuadía de que sus trabajos habían sido fructíferos!

Daba entonces una ó dos horas de *asueto;* mezclábase en los juegos de los escolares, repartíales dulces ó frutas, y era un amigo jovial, que no obstante sus manías, sus antiguallas, sus cocotazos, sus disciplinas, y el calabozo donde encerraba á los más rebeldes, sabía ganarse de todos veneración y cariño.

En la época de exámenes generales ¡qué afán, qué animación, cuánto empeño en preparar lucidos y brillantes ejercicios!..... Las horas de clase se prolongaban; preparábanse planas escritas con la mejor letra en papel adornado con viñetas de colores; vestíanse los mapas con cintas; se barnizaba la pizarra, ¡la gran pizarra donde se habían desvanecido tantos cálculos matemáticos resueltos por cerebros infantiles! se da

lechada á las paredes; y alumnos y profesores, á quienes él, don Joaquín, comunicaba su entusiasmo y su ardor, trabajando sin cesar, esperaban con ansia el día de la gran ceremonia.

Asistía á ésta la Junta local de instrucción pública, aquellas Juntas de instrucción anteriores á 1868, compuestas de los abogados y médicos de la localidad, que tanto hicieron—á pesar de las malas leyes—por el fomento de la enseñanza pública y de las que son un remedo ridículo las actuales, compuestas de mercaderes ignorantes enriquecidos!

Presidíalas el Teniente de Gobernador que concurría con su vistoso uniforme, cubierta de cintas y cruces la solapa. Llenaban el salón los padres, las familias, el público, y en aquel concierto, don Joaquín, vestido con su mejor traje, sentíase feliz y rejuvenecido!

Artista de la enseñanza, aquel salón era su escena, su teatro, su poema, su cuadro. Si la humanidad ha de conceder laureles á los oradores, á los poetas, á los genios..... para él, sencillo maestro de escuela, no había más ambición ni más lauro que el que podía discernirle la asamblea congregada en el salón de una escuela primaria de un pueblo

modesto y ante la cual exponía con orgullo el resultado de sus trabajos: el adelanto de sus alumnos.

Á cada signo de aprobación, á cada triunfo de un escolar, él sonreía satisfecho; con una sonrisa infantil, espontánea, que reflejaba en el semblante, el santo orgullo de que estaba entonces llena el alma de aquel dómine sencillo y venerable.

Hace ya treinta años y este recuerdo permanece vivo en mi memoria como si aun estuviese tomando parte en aquella escena memorable!

Habían terminado los exámenes generales y tratábase de discernir entre dos escolares igualmente aventajados un primer premio, consistente en una medalla de oro, única, costeada por el Ayuntamiento. Don Joaqúin, reservado, esperaba la decisión de la Junta: el público con sordo murmullo, cuchicheando, tomaba parte en la deliberación, y como acontece en todo dualismo, dividía con pasión sus opiniones; el Presidente, el Teniente de Gobernador, (1) callaba..... ¡era su hijo uno de los candidatos!..... Un vocal, más locuaz

(1) D. Juan Huerta y Sostre.

que los otros, propuso que se esforzase el certamen entre los dos escolares propuestos para el premio..... Fuimos llamados de nuevo al salón mi contrincante (1) y yo..... los dos sonreíamos..... ¡apenas habíamos cumplido los ocho años!

Respondimos serenos, imperturbables, á las nuevas preguntas; ratificamos nuestro triunfo..... mantuvimos sin cejar nuestras respectivas posiciones.....

Pero no había más que una medalla de oro!..... era preciso resolver el serio conflicto en que se engolfaba la solemne asamblea de villareños.....

—¡Sortear el premio!—exclamó de súbito el mismo vocal locuaz (2) que había propuesto la oposición. Se eligió una *baraja*, y tallada y ordenada se colocó en el centro de la mesa.

Mi opositor alzó las cartas y mostró una *sota*. Tocábame alzar. Allá, entre la multitud que seguía con mirada ansiosa, excitada por ese atractivo que siempre tienen el azar, las peripecias del juego, vi á mi padre, convulso, levantándose sobre las puntas de los

(1) D. Luis Huerta, actualmente Coronel de Ejército.
(2) Lcdo. D. Patricio Sarmiento y Barceló.

pies, fija su mirada en mí, medio sonriente, medio temeroso, como si en aquel montón de naipes que yo iba á cortar se encerrase mi destino. Alcé al fin las cartas; mi padre se dejó caer sobre su silla con la miraba radiante de gozo.....

—¡El *rey!* gritó la multitud.....Siguió un murmullo prolongado.....el vivo cuchicheo de comentarios y felicitaciones..... y en tanto don Joaquín, estrechando una de mis manos entre la suya gruesa y velluda, me decía al oído con una profunda entonación de protesta y de paternal cariño:

—¡Era tuyo!!.....

¡Ah! sí, era mío aquel primer lauro, que trae á mi memoria el nombre del varón modesto que me enseñó á leer y á quien, así como á mis padres, consagro las primeras páginas de este libro de recuerdos.

25 de setiembre, 1890.

# II

# Mi Hogar

Una noche del mes de marzo de 1863 vistióse de luto el hogar tranquilo donde corrieron apacibles, sin privaciones ni miserias, mis primeros años. Mi padre acababa de morir: el obrero que había edificado con sus propias manos aquella casa, el techo que daba sombra y abrigo á una familia numerosa; que sembró á su alrededor, para embellecerla, árboles y flores; que había llevado á ella diariamente, con el calor de su cariño, tesoros

de abundancia noblemente ganados en su labor ímproba, sucumbió á una edad prematura, sin haber llenado su misión paterna.

Cuando al caer la tarde del día siguiente, su cadáver fué conducido al cementerio del pueblo, y al apagarse los últimos blandones, despidiéronse de mi madre las amigas oficiosas, vestidas de negro, que acuden siempre solícitas, aunque inútilmente, á presenciar esos dolores profundos que nada consuela y de que es teatro el hogar que pierde uno de sus miembros, que le daba luz, animación y vida; yo, muy niño, sin darme aún verdadera cuenta de aquel suceso, experimenté una sensación de pavor, de frío, de tristeza infinita, al oir el largo sollozo de mi madre que, reunida en una sola alcoba con sus seis hijos .....como para alejar de sí la idea de soledad á que quedaba condenada.....decía abrazándonos indistintamente y bañándonos con sus lágrimas: ¡Hijos, hijos, ya no tienen padre!.....

Once años contaba yo entonces y aún conservo impresa en mi memoria, imborrable, como grabada en acero, la imagen de mi padre.

Oigo su voz, recuerdo sus ademanes, le veo

tal como era, doblado sobre su mesa de trabajo, silencioso, infatigable; percibo su pisada, siento el calor de su mano callosa cuando tomaba la mía y me llevaba á paseo, ó á comprar un juguete, á menudo un libro, premios con que recompensaba y estimulaba mi aplicación en la escuela.

Mientras trabajaba los domingos, ó por las noches,—para él no había reposo,—poníame en su taller á leerle en voz alta los periódicos del día, ó los libros de moda, recreándose con el asunto, y sobre todo, oyendo vanidoso, con placer vivísimo que se reflejaba en su rostro, las celebraciones que los demás obreros de su taller, sus dependientes, absortos también con la lectura, acordaban unánimes al tierno y correcto lector.

Interesábanle entonces los sucesos de la guerra civil de los Estados Unidos y en la lectura de los diarios que los relataban me ocupaba especialmente. Comentaba después los hechos, hacía en alta voz la apología ó la crítica de los personajes; daba rienda suelta á sus entusiasmos, á sus convicciones abolicionistas, y en tanto que le escuchaban con admiración y respeto sus compañeros de trabajo, yo, que no comprendía el arduo pro-

blema político que se resolvía en una gran nación vecina, aprendía, sin embargo, de mi padre esta gran lección: ¡El hombre debe ser libre!.....

Había sufrido persecuciones en 1852 por sus ideas patrióticas, y muchas veces cuando hablaba con sus amigos de los asuntos políticos, en voz baja, recatándose de todos y de todo, como se hacía entonces—decía señalándome con tono de profeta:—Éstos, éstos son los que debemos preparar para el mañana.!!

No era un obrero vulgar. Había recibido alguna educación literaria en su juventud y en sus conversaciones y ademanes revelaba ese sello especialísimo de distinción que presta la cultura intelectual.

Complacíase en nombrar á algunos hombres de letras, notables en la capital, de quienes había sido condiscípulo y á los cuales solía visitar. En estos viajes, á que le obligaban con frecuencia los negocios, llevábame algunas veces, como premio prometido por mis adelantos en la escuela. Me presentaba á aquellos amigos y me contaba cómo por medio del estudio habían alcanzado fama, consideraciones y bienestar.

Me mostraba y describía los edificios

públicos; las estatuas y monumentos históricos; los teatros y espectáculos, y me hacía referir luego, cuando regresábamos á casa, lo que había visto y aprendido. Llevóme una vez á una Sala de Audiencia para presenciar una vista pública notable (1). El aspecto del salón; los señores togados; la voz de los abogados que peroraban con ardor y elocuencia; el público nutrido y silencioso, me impresionaron vivamente.—¡Yo quiero ser abogado! le dije con infantil vehemencia, obedeciendo á la impresión del momento.—Estudia, me contestó con su constante estribillo y llegarás á ser lo que quieras!.....

En mi casa, durante las horas de sobremesa, que son por lo regular en los hogares donde reina la paz, la felicidad y la abundancia, aquellas en que la familia reunida esparce el ánimo, en que se dispensan las gracias y se comunican todas las alegrías y los proyectos; se hablaba á veces de lo que cada uno había de ser. El hermano mayor pretendía ser mecánico, y pensaba llevarlo á un buen taller.—Á ti, me decía, con la seguridad del que confía en sí mismo, en su esfuerzo, te

(1) La célebre causa contra D. Pío Díaz.

pondré á estudiar en un colegio en la Habana!

¡Ay! el grito angustioso de mi pobre madre—¡Ya no tienen padre! sintetizando en cuatro palabras todo un largo período próximo de orfandad, de miseria y abandono, que sólo ella podía medir y comprender, ponía término á tantos ensueños y esperanzas!

Cuando el tronco del árbol se derrumba, ¿qué será de las simientes regadas y perdidas en el suelo?

*
* *

Como faltaba el jefe que le había comunicado impulso y vida, fué preciso vender el taller donde mi padre había ganado medios bastantes para rodearnos de satisfacciones y abundancia.

Más tarde..... más tarde fué preciso desprenderse de sus joyas; de las alhajas de su uso guardadas como caras reliquias que consagraban su recuerdo!

Despidiéronse los criados; suprimiéronse todos aquellos gastos que en las casas acomodadas dan satisfacción á gustos superfluos, pero no por eso menos necesarios, y lentamente, ¡qué digo!..... ¡demasiado pronto!

tomó mi casa en todos sus detalles, en el lecho, en la mesa, el aspecto desolado y triste de los hogares pobres; más triste aún en aquellos que han disfrutado largo tiempo de la riqueza y la pierden de improviso, arrebatada por la bancarrota, la catástrofe, la desgracia ó la muerte.

Pero, en aquel hogar sombrío, abandonado y pobre, aun quedaba en pie, serena en la adversidad, fuerte en su dolor, heroica en la lucha, dispuesta á todos los sacrificios, mi madre!

Érale preciso conservar el pequeño patrimonio inmueble heredado y cuyas exiguas rentas apenas alcanzaban para cubrir las más estrechas atenciones de la familia; era preciso mantener sobre nosotros la égida protectora del techo propio, edificado por el padre eternamente ausente, y sustraerlo al peligro de la venta forzosa, á la reclamación de un acreedor inexorable.....era necesario doblar el cuerpo débil á la labor ruda, sustituir la endeble acción femenil con el viril esfuerzo, y todo eso supo hacer ella.

¡Oh! los estadistas que estudian y resuelven los más arduos problemas financieros; los economistas que debaten sobre los pro-

fundos principios científicos, no conocen en sus mínimos detalles esa sabia, sutil, previsora y fatigosa práctica de las leyes económicas que realiza en el hogar doméstico una pobre viuda, madre de seis niños huérfanos, repartiendo el jornal diario ó la escasísima renta, de modo que para todos alcance el miserable pan cuotidiano; restando las partidas que han de cubrir el gasto indispensable del vestido, el lavado, el libro para la escuela..... y á veces, escatimando á aquellas una porción escasa para invertirla en un juguete, en un capricho infantil del más pequeñuelo de los insaciables consumidores.

Aunque muy niño—tenía once años—ayudaba á mi madre en sus labores. Levantábame con ella muy temprano é iba al mercado y las tiendas á hacerle las compras. Indicábame los efectos que había de comprar; hacíamos una lista, y en tanto que yo escribía y sumaba los centavos, las pesetas ó reales que debiera invertir, me hacía invariablemente sus recomendaciones sobre la cualidad, la medida, los precios.—¡Era preciso que no me dejase engañar!.....

Mezclábame en el mercado con la turba de domésticos: discutía con el tendero sobre el

valor del artículo, sobre el peso, que me sisaba; deteníame á escoger lo más barato, lo mejor, y cuando al regresar á casa, doblado con el peso de la cesta repleta, cuyos broches apenas podía abarcar mi mano, hacíamos el recuento, sentíame satisfecho, casi orgulloso, si aprobaba ella lo que yo había hecho y resultaba que había tenido acierto en mis operaciones.

A esa hora estaban ya en pie mis hermanas, compartiendo su faena: la mayor practicando el aseo de la casa, las más pequeñas ayudándola en lo que permitían sus años escasos.

En seguida, después de apurar la taza de café, preparado y endulzado por ella, me hacía marchar á la escuela.....que ni en los días de mayores escaseces excusó el cumplimiento de ese deber.

Al regresar la encontraba aún en su *cocina*, en aquel obrador caloroso donde consumía su juventud y combatía la miseria, recibiendo en el rostro encendido las oleadas que irradia-

ban los fogones ardientes, pero sin sentir su espíritu apocado ni débil.

Distribuía los manjares en tableros ó cantinas que servía á dos ó tres parroquianos vecinos, (viejos sin familia, ó familias que excluyen los cuidados de la cocina,—y de quienes por este servicio ganaba una retribución periódica); y terminada esta tarea, en que me tocaba llevar á su destino los encargos, se sentaba con nosotros, con sus hijos, al rededor de la mesa, contenta, satisfecha, radiante de gozo por podernos dar sustento abundante, ganado con su trabajo y su esfuerzo.

Qué grande! qué heroica! qué buena la contemplo á través de los años, á la luz de mis recuerdos, en aquellos días aciagos de luchas y miserias!!...

Así corrieron tres años de mi infancia. Pero se había enseñoreado de mi espíritu una ambición prematura. Los consejos, los estímulos de mi padre habían engendrado en mi ánimo una aspiración persistente: el medio estrecho en que vivía me ahogaba.

Ser obrero como lo había sido mi padre, como habían de serlo, ó lo eran ya, algunos compañeros escolares, era idea que me entristecía, que me abrumaba. ¡Cuántas

veces, tendido sobre la hierba, bajo los árboles, á la orilla del arroyo que cruzaba el extenso patio de mi vieja casa, dejaba caer el libro en cuya lectura me había engolfado, y seguía mi imaginación vuelo fantástico á través de un mundo más brillante, más agitado, más amplio y glorioso que el que me rodeaba.....!

Como todos los que sueñan, aunque sean niños, y no alcanzan á ver en la realidad las creaciones de su fantasía, dióme por escribir versos.

Mis composiciones tempranas tuvieron su público y sus lectores; el primer admirador de ellas ¡cómo no!..... fué mi madre! Y se le unieron en los aplausos, los parientes y los amigos.

Este éxito diminuto excitó mis entusiasmos. Publiqué un periódico manuscrito y lo vendía á mis compañeros escolares. Empleaba en esta tarea, en hacer las copias, todas las horas de descanso en la semana; de la escuela llegaba el ejemplar á las casas de los educandos. ¡Causó gracia!..... El periodista liliputiense se ganó celebraciones en la villa: la edad excusaba los errores y las faltas!

—Haga usted estudiar á este muchacho! decían á mi madre los amigos más entusiastas!

y cuando escuchaba esta frase, el corazón se me oprimía y mis sueños exaltados se renovaban.

Para estudiar era necesario ir á la Habana, á aquel colegio soñado, nunca visto, que mi padre me había hecho vislumbrar en el calor de sus promesas y esperanzas!.....

Pero ¿en qué colegio podría tener albergue el huérfano pobre y ambicioso, si sólo para los hijos de los ricos había tales colegios en la Habana?

—Busque usted, pida usted una beca para este niño, decían sin cesar á mi madre los que con más ardor avivaban mis ambiciones.

Hablábasenos de un gran colegio y de un educador caritativo.

Un día mi madre consumó el mayor de los sacrificios.

Conservaba como tesoro santo, salvado de todas las alternativas, una última reliquia del pasado, una joya usada largos años por mi padre. Bañándola con sus lágrimas, se desprendió de aquel caro recuerdo de los días felices y con su producto emprendimos el viaje ansiado..... ¡aquella peregrinación exploradora en busca de un colegio gratuito, en solicitud de un protector desconocido y nunca hallado!.....

Conocí en ese viaje á don Ramón Zambrana: teníamos para él eficaces recomendaciones; su influjo había de vencer todos los obstáculos.

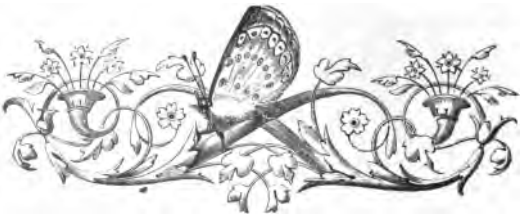
Recibiónos con afabilidad, apoyó las pretensiones de mi madre mientras la oía: oyóme recitar mis versos.....y al fin nos dió carta de introducción para aquel educador caritativo en cuya beneficencia cifrábamos todas nuestras esperanzas, en cuya magnanimidad también él confiaba.

Dueños de su carta, casi seguros del éxito, deplorando ella de antemano la separación que traería el internato, soñando yo con libros y diplomas y años académicos ganados, llegamos tímidos, anhelosos, á las puertas del plantel entrevisto en mis delirios y en mis poéticas cavilaciones.....

El director, el educador afamado estaba allí.....le contemplé con admiración secreta; quise adivinar lo que pensaba cuando leía la carta; oyó severo, frío, todo el relato vacilante de mi pobre madre, y luego con tono seco, rígido, que no admitía aclaración ni réplica, ni aplazamiento, ni nada, le dijo:

—No puedo complacer á usted, señora..... y no habló más; ni siquiera la despidió con complacencia ceremoniosa.

De este modo regresamos á Güines, á la pobre casa paterna, tristes, desolados, perdida toda ilusión, frustradas las más bellas esperanzas, y con ellas.....vendido y ya para siempre irrecuperable, el caro alfiler de brillantes de mi padre!



# III

# Mis Protectores

Una ilusión que se desvanece ¿qué importa en el hermoso enjambre de alas doradas que llena la imaginación de un adolescente.....?

Pero, al par que crecían y hermoseaban con espléndidas visiones el porvenir quimérico, crecía también el cuerpo del niño soñador: ese crecimiento físico que hace nacer

nuevas necesidades, nuevos anhelos, y aumentaban en mí las estrecheces de la vida pobre y los sacrificios de la madre apasionada y amante.

Cansábame ya la escuela donde oía repetir año tras año las mismas lecciones, resonando con monótono repiqueteo en mis oídos y reflejándose en mi memoria como estereotipadas. Buscaba algo más con que alimentar la sed de mi espíritu. Comedias, novelas, historias, cuanto libro de cualquier clase y tamaño llegaba á mis manos, lo devoraba con ansia: recitaba los sonetos de Argensola y Lope de Vega, las obras de Fray Luis de Granada, actos enteros de Calderón y Moratín; conocía las novelas en boga de Dumas, de Sué.....

Una mañana, ayudando la misa,—pues que por ser algo y vestir traje talar, y por participar del honor.....y hasta de las ganancias que eso suele dar en los pueblos á los hijos de familia, fuí monaguillo—oí leer al cura una bula de excomunión del *Santo Padre* contra Víctor Hugo, autor de "Los Miserables," y sus lectores.....El mismo día encontré en la habitación de un viejo amigo un ejemplar de esa obra monumental, robusto sustentáculo de la reputación de un genio, y

fuí allí todos los días á leerla furtivamente, con curiosidad, con ardor, poco preocupado de aquella excomunión que no cegaba mis ojos ni atraía rayos del cielo sobre mi cabeza infantil.

Paseé la Grecia con Anacarsis.....leí las Memorias de Napoleón en Santa Elena, á Lamennais, á Volney, hasta las historias del carlismo y del General Cabrera.

Pero estas lecturas prematuras, sin método, sin dirección, hartando mi inteligencia temprana y dándome una erudición ligera y pedantesca, iban al par habituándome á una vida demasiado muelle y soñadora, de la que se jactaba mi buena madre, envanecida con mis vocaciones, en tanto que le hacían coro amigos y parientes que debieron contribuir á moderarlas.

Entre estos amigos, había uno sobre todos, que con mayor ahinco daba alas á mis exaltaciones. (1) Hijo de un rico labrador de la comarca, gastó sus primeros veinte años en la vida campestre, preparándose para seguir en la heredad paterna los oficios de su

(1) José Trujillo y Armas, hijo de D. José Trujillo y Cabrera, que fué uno de los cubanos deportados á Fernando Poo en 1869.

padre. Pero él no había nacido para surcar con el arado los senos de la madre tierra, sino para cantar las bellezas de la feraz campiña y la exuberante naturaleza que le rodeaba. ¡Era poeta! En las alegres *juntas* de los *guajiros* había revelado su estro con felices improvisaciones; luego necesitó más ancho círculo y llevó al periódico de la villa cercana sus espontáneas inspiraciones, realizando ese noble anhelo del escritor y del artista de consagrar sus obras con el bautismo de la publicidad. Su buen padre, encantado con estos éxitos, decidió, aunque tarde, enviarle á un colegio de la Habana.

Mas el poeta no se resignaba fácilmente á la prisión del internato. Echaba de menos su libertad de campesino, las tertulias diarias del apacible villorrio y la vista de la mujer amada; el estudio forzoso, metódico, la asistencia á clases, el examen académico, eran otras tantas trabas para su espíritu independiente. En las vacaciones, ó en las que él con excesiva

frecuencia se tomaba, nos reuníamos á menudo; leíame sus versos y yo le consultaba los míos. Aquel corazón generoso y entusiasta de quien me separaban lo menos ocho años, sentía por mí afecto casi paternal: yo le miraba como á un hermano mayor que se ama y se respeta.

—Es necesario que estudies, me decía á menudo, ama los libros. Y para probarme su cariño, ambicionaba para mí la cárcel del colegio que él abominaba. Este deseo llegó á ser su pesadilla, su sueño dorado. Hablaba de mí en todos los círculos que frecuentaba; leía mis artículos, mis versos, el periódico manuscrito que semana tras semana y con perseverancia seguía yo repartiendo, no ya sólo en la escuela, sino entre los amigos y personas que se habían consagrado á estimularme.

En sus gestiones encontró pronto un colaborador importante, un hombre de letras, profesor reputado, su amigo y consejero (1).

Había llegado á Güines, su pueblo natal, después de largos años de peregrinación, de estudios y trabajos en el extranjero, para recibir la herencia ya mermada de sus padres.

Como traía consigo tesoros de cultura,

(1) Francisco Calcagno.

caudal de ideas y de aspiraciones nobles, quiso propagarlas en el lugar donde había corrido su niñez y á donde volvía pobre de fortuna. Fundó el primer periódico que tuvo la comarca; estableció la primera imprenta, abrió un curso de idiomas; inició una biblioteca pública. Pero estas simientes prometedoras abortaron en aquel terreno estéril ó mal preparado, y emigró de nuevo para buscar en la capital más ancho campo y librar la subsistencia en el profesorado.

Este fué el auxiliar decidido y eficaz que encontró en sus proyectos el poeta soñador que ambicionaba separar los abrojos que rodeaban mi existencia y abrirme anchos y luminosos derroteros.

Reunidos en el colegio donde mi amigo sobrellevaba su penoso confinamiento, el uno como profesor, el otro como alumno, departían á menudo sobre sus proyectos.

Idearon una suscripción pública, funciones, certámenes: la población de Güines debía en su concepto, contribuir con óbolo generoso á costear mi enseñanza; llevaron á la prensa con levantadas excitaciones su iniciativa y sus planes..... Y en tanto yo, bendiciéndolos, soñaba y esperaba!

Una mañana al regresar de mi tarea ordinaria en el mercado, sorprendióme la agitación desusada que reinaba en mi casa. Habían acudido varios amigos ansiosos de participar la buena nueva; mi madre, mis hermanas, todos, me recibieron alborozados. Un periódico de la capital recibido en el correo de la mañana, con largo preámbulo en que se encomiaban los merecimientos del benefactor esclarecido, insertaba un oficio dirigido al Ayuntamiento de Güines por el Director propietario del gran colegio (1) que servía de prisión á mi amigo, ofreciendo darme educación literaria gratuita en su plantel.

La noticia inesperada colmaba todos los anhelos en mi casa. Los transportes de alegría son inenarrables!

Más tarde el viejo cartero que repartía á domicilio la correspondencia diaria, trajo á la puerta una carta para mi madre.

Sencillo y modesto en su estilo, mi amigo el poeta daba cuenta á mi madre del feliz é inesperado desenlace de sus gestiones: su plan había marchado solo; la publicidad fué su palanca, la publicidad era el corona-

(1) D. José Alonso y Delgado.

miento.—Ven á estudiar, me decía; deja los versos, trabaja, afánate, hazte hombre y no sigas mi ejemplo.....

¡Noble y generoso amigo! ni entonces ni después se creyó con derecho á mi gratitud; juzgó muy natural y simple lo que había hecho y hasta la hora en que nos separó el torbellino revolucionario, y tomó cada cual para cumplir con su deber, el rumbo que el destino le marcaba, día en que rompió los lazos que le ataban á la vida de colegial y recobró como soldado de una noble causa su natural independencia, fué siempre para mí el hermano mayor, afable, cariñoso y solícito.

Después de la notificación oficial á mi madre de la feliz noticia, ¡qué agitación! qué afán! cuánta diligencia que practicar! cuánto pequeño detalle á que atender! Escribir las cartas de gracias, ampulosas, hinchadas, en las que todo resultaba sincero, menos el estilo; despedirse de los amigos; oir los largos consejos de las viejas matronas y de los ancianos!—Que no se diga, hijo mío, que no has merecido lo que por ti hacen!—ir á decir adios al viejo don Joaquín, jubilado ya de su escuela, rendido al cabo de cuarenta años de magisterio, envejecido antes

de tiempo, caduco, y que sonreía alelado al escucharme.

Pero los cuidados mayores eran los de mi madre.

Era preciso preparar el equipaje al nuevo pensionista; hacerle el ajuar, surtir la maleta de modo que el pobre huérfano pudiese alternar decorosamente con tanto señorito rico que habría en el renombrado gran colegio. ¡Aquí de los problemas financieros, de los cálculos económicos, del empleo del ahorro, de las combinaciones y los empréstitos! Tantas camisas, cuantos calcetines; los pantalones de diario y el traje de gala: el botín charolado, el sombrero de moda.....y las corbatas.....los pañuelos, las toallas, el neceser.....oh! una suma fabulosa entre tantos enseres indispensables! un caudal inmenso en el capítulo de imprevistos del miserable presupuesto doméstico!

Residía en Güines un médico popular y afortunado, tan favorecido por su clientela cuanto eran proverbiales sus rarezas y excentricidades (1). La primera que se le atribuía era la de tener un corazón bueno, puesto que esta cualidad se cree poco generalizada. Cansado muchas veces de hacer curas prodigiosas, dábale por comerciar en géneros distintos. Unas veces abría un almacén de víveres; pero, con menos suerte como tendero que como Galeno, realizaba pronto y liqui-

(1) D. Nicolás Menéndez San Pedro.

daba pérdidas: otras veces se dedicaba á la quincalla ó á los lienzos y siempre con el mismo éxito, volvía á la medicina que era su proveedora inagotable.

En aquella época mi médico estaba consagrado al comercio de telas y miscelánea.

En su almacén hizo mi madre las compras indispensables; abrigo, telas, pañuelos, todo; hasta separó un pequeño cajón, medio baúl, medio maleta, y cuando lo hubo pedido y separado todo, averiguado los precios, discutiéndolos, escatimándolos, preguntó: ¿Cuánto debo.....?

—Llévalo, contestó con sonrisa bondadosa aquel médico excéntrico; y tú, me dijo con tono cariñoso, cuando seas abogado me pagarás esa cuenta!

¡Oh! Las obligaciones de gratitud no se extinguen nunca; pero, el destino quiso darme vida bastante para compensar con reconocimiento aquella deuda.

# IV

# El Colegio

Situado sobre la meseta de una verde colina, en las afueras de uno de los barrios más distantes de la ciudad, circundado por prados naturales y árboles frondosos, dominando un hermoso paisaje agreste, elevábase el edificio que daba abrigo en sus amplias galerías á cerca de trescientos pupilos y era centro donde se reunían las más grandes ilustraciones de la época.

Era, indudablemente, un gran plantel, donde no sólo en la parte material, de *comfort*, de higiene, de habitación y luz, sino en la parte pedagógica, científica, se hallaban

reunidos y bien concertados todos los elementos de adelanto modernos.

Formaba un extenso paralelógramo, cuyas cuatro grandes alas, con anchos corredores interiores, cerraban una superficie de doce mil metros planos: el frontis, severo y elegante, sostenido por larga hilera de columnas toscanas, mostraba tres grandes bustos de Carrara, que representaban tres eminencias científicas del país: en el interior el gran salón de recepción y ceremonias, pavimentado de mármol, suntuosamente decorado y adornados sus testeros con los óleos de cien notabilidades clásicas en la historia de Cuba: á la izquierda las habitaciones del Director; á la derecha las oficinas de secretaría, los espléndidos gabinetes de física, química, zoología y mineralogía y el salón de música. El ala derecha, de ciento veinte metros de longitud, estaba ocupado por el gran salón de estudios, atestado de carpetas uniformes, amarillas, alineadas simétricamente, donde en las horas reglamentarias trescientas bocas juveniles, prontas siempre á gritar y reir, guardaban un silencio grave, profundo y solemne, sólo interrumpido por el ruido de las hojas de los libros al volverlas el lector ensimismado y silencioso,

por el frote de la pluma al escribir el copista de temas, ó por la gangosa voz del pedagogo despertando ó llamando al orden al estudiante soñoliento y perezoso. A continuación el sencillo oratorio y luego el taller de pintura y escultura, las aulas, los numerosos departamentos de clases separados unos de otros por delgados tabiques y comunicados entre sí por una puertecilla que daba acceso á las diversas secciones cuando al toque de hora, con perfecto orden, nunca interrumpido, se pasaba de una á otra cátedra, para alternar en las distintas lecciones.

En la parte baja, á la que se llegaba por fácil y corta escalinata abierta en la galería exterior, se hallaba el refectorio, fresco, luminoso, alegre, con dos hileras de grandes mesas vestidas de blancos manteles y en las que se servían tres ó cuatro platos, sencillos, sanos, no del todo bien condimentados, pero siempre devorados con infantil apetito por los alegres comensales, cuyas frases y risas ahogaba el ruido de la vajilla puesta en constante movimiento.

El ala derecha estaba destinada al dormitorio; extensa, monótona galería de una sola nave, sin celdas ni separaciones, con sus

cuatro filas de camas cubiertas de mantas multicolores, separadas unas de otros por el breve espacio necesario para una silla que hacía veces de velador ó mesa de noche, con sus grandes ventanas, altas y abiertas, que dejaban entrar una brisa saturada de aromas del campo y permitían ver el cielo tachonado de estrellas, ó las pardas nubes de ribetes plateados iluminadas por la luna; salón al que se llegaba después de haber tomado ligera y frugalísima cena y de haber repetido en alta voz, haciendo coro al alumno de turno, la perpetua oración aprendida desde el primer día del ingreso. Allí tras breves minutos empleados en deshacerse de las ropas, reclinábanse en sus almohadas respectivas, en apacible comunismo, aquellos centenares de cabezas rubias ó morenas, pero todas jóvenes, infantiles, frescas, y se dormían— repitiendo la lección bien aprendida del día siguiente, cavilando como futuros literatos, ó llevando la memoria, la bendición y el último pensamiento del día al hogar lejano, donde junto al de la madre querida y de los hermanos inolvidables estaba su lecho vacío.....

El ala del fondo la ocupaban todos los departamentos del servicio, profesorado, enfer-

mería, ropero, despensa, y en el centro del gran cuadrilátero el extenso patio donde se alzaban los adminículos y aparatos del gimnasio; el picadero, el hermoso jardín cubierto de palmas, arbustos y flores que embalsamaban el ambiente y encantaban la vista con sus colores.

Más allá, en el exterior, á que daba acceso una puerta cochera proyectada en el ala del fondo, el parque, el extenso parque alfombrado de césped, donde corrían alborozados en las horas de recreo el gran montón de niños retozones, desquitándose de la sujeción disciplinaria; prado limitado por el enverjado de madera de la huerta, y por el río, en cuyas ondas cristalinas y corrientes, en los ardientes días del verano, bañábase triscando y lanzando alaridos de gozo la multitud estudiantil y bulliciosa.

Á los umbrales de aquella mansión que yo contemplaba revestida de toda la augusta majestad de un templo, llegué solo, provisto de una carta de introducción y de gracias de mi madre.

Sentado frente á la puerta de entrada del salón de estudio, severo, majestuoso, dominando como desde un trono con su mirada de águila las extensas galerías donde se agitaba la populosa grey estudiantil de que era pontífice, y á la cual vigilaba con exquisito cuidado, encontré al Director, cuyo filantrópico rasgo, encomiado en todos los tonos por la prensa periódica de la época, uniendo al suyo mi nombre de niño menesteroso, habíame abierto los senos de aquel dorado paraíso de mis sueños.

Tomé su mano, y torpe y muda la lengua, incapaz de hacer frases en esa edad inocente, en que el corazón y el pensamiento están desnudos de artificios.....acerqué á ella mis labios y estampé un beso tímido, ligero, casi imperceptible, pero saturado con todas las efusiones de la gratitud espontánea, sincera y ardorosa de un niño.

Después de asistir á la instalación de mi equipaje y de mi lecho en el dormitorio, se

me condujo al salón de estudio y se me entretuvo en la designación de mi carpeta. La carpeta!.....ese pupitre pequeño de cuatro patas largas y escuetas, sobre cuya tabla inclinada se pasan las largas horas de meditación y de estudio: en la que se escribe la primera carta á la familia distante y nunca olvidada, refiriéndole las tristezas de la ausencia; donde junto con los libros, los lápices, el tintero y los cuadernos de temas, se guarda como rico tesoro el paquetito de cartas recibidas de la madre, los hermanos y los amigos; cartas que se abren con delicia en momentos de cansancio y se guardan de nuevo con cariño para releerlas al día siguiente..... La carpeta!.....mudo secretario que repercute el eco de la risa del estudiante feliz y satisfecho, ó recoge el suspiro del pupilo lastimado por una injusticia del pedagogo y á veces se humedece con las lágrimas que la envidia, la intriga, la malquerencia y las bajas pasiones provocan también con frecuencia en ese diminuto cuerpo social que constituye el colegio y en el cual se refleja incipiente, pero no menos repugnante y amarga, la existencia mundana.

La carpeta es el obrador; el todo.

Allí están los instrumentos de trabajo; los objetos útiles que á todas horas se emplean en la labor y en el descanso; el borrador de la composición empezada é interrumpida por el sonido de la campana que llama á clase; la colección de vales ó diplomas ganados en la semana.....hasta oculta en una hendidura imperceptible á que no llega la mirada vigilante del profesor, el juguete, prohibido, el haz de cigarrillos que ha de fumarse furtivamente, con sigilo, con inquietud y zozobra durante los escasos momentos en que puede burlarse la inflexible policía pedagógica.

¡Oh! cuidado con la designacíon de la carpeta; es el domicilio; la casa.....Si vuestros vecinos son huraños, pendencieros, tendréis que á cada hora os buscan un motivo de camorra. Si son bulliciosos, interrumpirán con frecuencia vuestro trabajo; si la pereza es su vicio, os estarán mirando con grandes ojos alelados, mientras recorréis las hojas del libro, invitándoos á participar de su molicie; si la envidia los devora, os hablarán de todos sus demás compañeros tan mal como hablarán á ellos de vosotros; y ay! si al vecino le da por registrar la carpeta de su colega y llevarse el papel, los lápices, los

libros, todo lo que él no ha sabido ordenar y guardar en la suya.

Pero si os toca la vecindad de un compañero formal, asiduo, juicioso ¡cúanto camino allanado! Os estimula con su aplicación; os ayuda á vencer la dificultad que conturba en la tarea; explica el pasaje un tanto incomprensible; discute la opinión errónea que habéis formado; os presta su tema, su problema ya resuelto, acude á vosotros en demanda de iguales auxilios, y en las horas de reposo departís cariñosamente sobre los trabajos, sobre los placeres ó las delicias de la vacación próxima, anudándose y fortaleciéndose esas afecciones dulces, fraternales, sencillas y arrobadoras, que no se olvidan nunca, cuya memoria conforta y dulcifica los amargos sinsabores de la edad madura.

La noticia de mi llegada cundió prontamente en el colegio. Miradas curiosas se me dirigían de todas partes; los alumnos más distantes de mi carpeta estiraban el cuello, alzábanse sobre las puntas de los pies para conocer al recién llegado ó con cualquier pretexto se dirigían hacia el lugar que yo ocupaba, clavándome desde lejos una mirada escrutadora; algunos me sonreían, otros más

expansivos me saludaban, reflejándose en los rostros, según el temperamento, simpatía, admiración, simple curiosidad, ó á veces cierta expresión compasiva.....Se había hablado tanto de mí, de mis disposiciones literarias, de mis talentos precoces, de la generosidad del Director que me había admitido, de mi pobreza, que con razón era el objeto de la curiosidad general; hasta los pedagogos participaban de ese frívolo deseo, infantil y novelero.

Á mis oídos llegaba el rumor apagado de las voces, el cuchicheo, los comentarios á la sordina, la conversación de unos y otros comunicándose la impresión producida por el nuevo compañero acogido desde entonces entre ellos, como un expósito á quien la caridad lacta y vigoriza.

¡Ah! entonces me dí verdadera cuenta del peso enorme que, á partir de aquel momento, gravitaba en mi existencia!

Qué compromiso tan serio! ¡qué responsabilidad tan extensa!.....

¡Has penetrado por esa puerta, abierta sólo á los hijos de los ricos, á título de niño precoz, de talento y juicioso! Es preciso que esas credenciales no se desluzcan, ni se ajen,

ni se empequeñezcan! es preciso eclipsar á los demás, ó por lo menos, brillar entre los más preclaros! es necesario suplir la deficiencia natural con la mayor suma de asiduidad, de trabajo y de esfuerzo: ¡que el libro jamás caiga de tus manos! que no escojas ni te disgusten las materias! que todas te sean igualmente adaptables y fáciles! que no experimentes ningún desmayo: que jamás se dibuje en tu rostro el descontento, ni nunca formules la más leve queja; que destierres de tu labio la risa! que contengas tus ímpetus infantiles, vivarachos y bulliciosos: que te despojes, en suma, de todas las puerilidades propias de tus catorce años y avances algunos más en la vida! que te conviertas prematuramente en hombre grave, sesudo..... ¡Que no se diga nunca, hijo mío, como advertía el anciano amigo de Güines, que no has merecido lo que por ti hacen!

¡Ah! vosotros los felices pensionistas á quienes padres amorosos y pudientes colman de atenciones y regalos, vosotros disfrutáis de una libertad plácida é inestimable! En vosotros la aplicación, la asiduidad, el recto comportamiento, el premio conquistado, es el esfuerzo libre, tanto más noble y valioso

cuanto más espontáneo. Vosotros sólo tenéis que compensar el sacrificio paterno; dar satisfacción á vuestra propia conciencia. Si faltáis al deber, no habrá un benefactor que pueda echároslo en cara: no dirán vuestros mismos compañeros que no sois acreedores al favor alcanzado: no os preocupa el pueblo lejano de donde salisteis sin pomposos encomios y al que no tenéis que dar cuenta de vuestros actos: ¿qué más? no os amargará el temor de que vuestra madre pueda saber un día que no habéis sido fuertes para la lucha, la contrariedad y los trabajos.....

Cuántas veces ¡ay! se renovaron y acentuaron éstas y otras reflexiones más tarde! Poco después fuí llamado para sufrir el examen de ingreso.

Cada vez que llegaba un nuevo alumno, se le sometía á este ejercicio previo para adscribirlo á una de las seis secciones en que por razón de los adelantos y orden de estudios, estaban divididas las clases.

Estas secciones, á que se consagraba preferente atención, funcionaban independientemente de los cursos académicos y á ellas estaban adscriptos todos los educandos, con el propósito de cimentar una sólida instrucción

primaria y superior, que suplía ventajosamente las deficiencias de la enseñanza oficial.

Por lo regular ese examen de ingreso lo sufría el recién venido ante un solo profesor, y era un acto puramente reglamentario, que no despertaba interés ni atraía la curiosidad de nadie.

Mi examen de ingreso—y ésta fué una observación que hice más adelante—revistió un carácter extraordinario.

Constituyeron el tribunal tres profesores: el Director, con su aspecto rígido y severo, solemnizó con su asistencia el acto; los alumnos mayores de la primera sección y del quinto año de filosofía, solicitaron presenciarlo; por la puerta abierta del aula asomaban los rostros curiosos de otros menos afortunados, con el oído alerta, como para no perder una palabra!

Yo estaba pálido, convulso, presa de profunda emoción y con la conciencia llena de la gravedad de aquel acto, en el que desde el primer día, la opinión escolar,—como si dijéramos, la opinión pública,—ponía á prueba la reputación con que insensatos reclamos periodísticos me habían exornado.

Durante una hora sufrí el largo y minu-

cioso interrogatorio; tal vez por el mismo carácter excepcional del acto, el tribunal quiso llevar la prueba á su último extremo... Gramática, Aritmética, Geografía, estudios de esferas y de planos, dibujo geométrico..... principios astronómicos, sistema decimal..... todo lo que en las modestas aulas del villorrio natal y á solas había formado mi modesto bagaje literario.....

—Corresponde á la sección primera! declaró al cabo, ostensiblemente satisfecho, el tribunal; y mientras lanzados hacia mí por el atractivo simpático que ocasiona siempre el éxito, se acercaban á felicitarme los alumnos adelantados de cuyo grupo ya formaba parte, yo enjugaba en mis ojos una lágrima, pensaba en mi madre y bendecía el nombre del viejo maestro don Joaquín, cuyos esfuerzos me habían preparado aquella diminuta pero dificilísima victoria.

# V

# Los Escolares en 1868

Tres años transcurrieron. La vida colegial deja grabadas en el alma tan indelebles memorias que con sólo narrarlas pudieran llenarse las páginas de un libro ameno é interesante. Si el narrador fuera un pupilo de mis antecedentes, de mis condiciones, la obra resultaría además patética y filosófica. Pasaré por alto esos pormenores.

Mi nombre inscripto en el cuadro de honor,

premio reservado á los alumnos de ejemplar conducta y aplicación no desmentida; las altas calificaciones alcanzadas en los exámenes académicos, los premios, los diplomas disputados con febril empeño en los exámenes generales y que no sólo los profesores sino los alumnos por aclamación discernían, eran los trofeos con que, año tras año, volvía orgulloso y satisfecho á llenar de regocijo á mi buena madre, á escuchar las felicitaciones de los amigos y á disfrutar bajo el techo paterno, en las tertulias y paseos del apacible pueblo natal, el dulce reposo, las delicias inefables del anhelado período de vacaciones.

Mi cualidad de auxiliar de los profesores de instrucción primaria y de los encargados de la vigilancia, de ayudante del preparador de los gabinetes de física y ciencias naturales; de depositario y ordenador del material de las diversas secciones, y otras funciones diversas con que á los pocos meses de mi ingreso en el colegio se me fué investiendo, al par que acentuaban la gravedad de mi carácter y me imprimían un sello de madurez prematura—puesto que me hacían parecer medio alumno, medio maestro, mitad educando, mitad pedagogo, un sí es no es empleado ó

pupilo,—me habituaban al trabajo serio, constante, y me producían la íntima satisfacción de retribuir con ellos, siquiera fuese parcialmente, aquella pensión,—de que yo estaba exento,—que no preocupaba á mis demás compañeros, pero que, en mi conciencia, marcaba entre ellos y yo la desigualdad más penosa.....¡desigualdad social en aquel pequeño mundo, que alguna vez ¡ay! con palabra dura, con frase implacable, un labio cruel me recordó para humillarme y entristecerme!

Pero, aparte de mis trabajos, de mis cavilaciones y tristezas, vivía en un medio luminoso que daba alimento abundante á mis aspiraciones, á mi ansia de saber y de crecimiento.

Aquella juventud con la cual me codeaba, llena de nobles anhelos, estudiosa, inteligente, bien dirigida, saturada de sanos principios democráticos, de espíritu expansivo; aquel profesorado selecto compuesto de literatos cultísimos, de sabios, filósofos y maestros consagrados con ardor y vocación á las tareas de la enseñanza, aquella profusión de elementos, de útiles, libros y objetos científicos cuya vista sola y uso diario comunicaba intuitivamente los conocimientos; constituían una sociedad

cuyos medios, agitación y movimientos naturales mantenían en constante actividad el ánimo, proporcionando simultáneamente á la labor las más agradables recreaciones.

Parecía como que se moraba en un pequeño pueblo de literatos, de artistas y de pensadores. El numeroso grupo de alumnos mayores, muchos de los cuales habían cumplido ya los veinte años, departían sobre los más graves problemas sociales y filosóficos; los aficionados á las ciencias naturales operaban por sí mismos difíciles experimentos; los émulos de Flammarión pasaban largas horas pegados á un telescopio anotando sus observaciones; en las clases no se repetían las lecciones sino se disertaba sobre las materias; los presuntos literatos hacían gala de su estilo y de su imaginación en la cátedra de gramática y retórica; oíanse conversaciones entre los grupos de alumnos en varios idiomas, y en los certámenes mensuales, en los que se peroraba desde lo alto de una tribuna y se argumentaba sobre asuntos de metafísica, economía ó sociología, ejercitábanse con ardor en la polémica y esgrimían sus primeras armas futuros y brillantes oradores (1).

(1) Ejemplo: Rafael Montoro.

Los adscriptos á la sección de bellas artes exponían sus cuadros en el salón de dibujo; los *dilettanti*, en ciertas horas, ejecutaban agradables conciertos en la sala de música; publicábase un periódico, una revista mensual, cuya redacción estaba encomendada á los premiados de la sección de retórica (publicación que de Real Orden prohibió el Gobierno, más tarde) y entre esa diversidad de estudios serios, ordenados, atractivos, fáciles; en medio de la corriente de ideas que producían, estimulados los unos por los otros, á cual más ganoso de brillo y de éxito, en aquel medio social consagrado á las especulaciones del entendimiento, á las ciencias, las letras y las artes, se trabajaba y se avanzaba con ardor, con placer, con alientos y entusiasmo, sin sentir desfallecimientos, ni recurrir á esfuerzos extraordinarios.

La nota dominante en aquella animosa muchedumbre era el patriotismo. Allí se conocían, se estudiaban, se comentaban y sentían los males de la patria. La vida de sus próceres, el martirio, la proscripción de las grandes víctimas; los sacrificios estériles realizados en nuestra historia, eran asuntos que se trataban á menudo en las tertulias

que permitían las horas de recreo, y en las que se manifestaba, sin embozo, odio acentuado á la opresión y la tiranía.

Sin ser esta materia tema tolerado ¿que digo tolerado? estando prohibido en lo absoluto, permitíanse los más locuaces y ardorosos, en plena aula, ante el profesor que los escuchaba sonriente, pero que les ordenaba callar fingiéndose encolerizado, hacer intencionadas alusiones á la política local cuando algún tema histórico, económico ó sociológico podía tener con ella alguna relación de semejanza.

Circulaba de carpeta en carpeta, de mano en mano, y se leía con fruición, con vehemencia, ese gran poema de Alfonso Lamartine, Los Girondinos, en el que la prosa y la historia ceden á los arrebatos del lirismo; aquellos hombres que mueren cantando la libertad de la patria, aquellos tribunos exaltados; todas las grandezas del período revolucionario, excitaban á la juventud y la hacían desear iguales tiempos, idénticos heroísmos, los mismos sacrificios por su patria.

En la clase de Historia, pintando las desgracias de Siracusa, las expoliaciones y la expulsión al cabo del tirano, un jovencito

bayamés, fresco, rosado como una grana (1), exclamó al terminar su peroración con una voz firme, argentina, vibrante:—¡Un Timoleón es lo que hace falta entre nosotros!! A sus palabras siguió un estrepitoso aplauso. El hecho era grave!

La clase entera fué penitencida; pero el profesor enternecido la dispensó más tarde, no sin amonestarla *severamente* con la frase más reticente.....y con un tono en que parecían repercutir las vibraciones del aplauso.

Cuando en los ejercicios de composición y estilo se ofrecían temas libres, no era raro que alguno escogiera por asunto la vida de Wáshington ó la de Bolívar, el Libertador, ó la de Lincoln, el redentor de los esclavos, y cuando esto acontecía, el maestro, á la mitad de la lectura, que hacía en alta voz, corrigiendo las faltas de aquellos párrafos en que se pintaba á oprimidos y opresores, con cualquier pretexto interrumpía los ejercicios, que en tal sazón se animaban con las exclamaciones y los comentarios, y guardaba en su carpeta la atrevida composición.....para saborearla á sus solas más tarde!.....

Un día, á fines de 1868, velada por mil

(1) Maximiliano Céspedes.

sombras, encubierta con diversos artificios oficiales, pero confirmada, cierta, cundió la noticia de que allá, por Oriente, se había iniciado la lucha por la independencia de la patria. Aquello fué como el sacudimiento producido por la descarga eléctrica.

¡Qué agitación! qué animados comentarios! cuántos planes y ensueños ardorosos!..... Se leían con afán los periódicos que como *El País*, burlando artificiosamente la censura previa, lanzaban embozados llamamientos á los amantes de la libertad y las numerosas proclamas clandestinas que circulaban profusamente en aquellos días de excitación febril y de vertiginoso entusiasmo.

Los alumnos que procedían de Oriente partieron á reunirse con sus familias. ¡Cuánta resolución revelaban sus palabras!—Adiós! nos decía abrazándonos el bayamés recitador de las desgracias de Siracusa, con las mejillas de grana más encendidas que de ordinario, esbelto y delicado como una dama; adiós! pronto han de saber ustedes lo que yo haga!

Muy pronto ¡ay! supimos que había muerto atravesado por un bayonetazo en las orillas del río Bayamo, aquel héroe malogrado que había soñado ser un Timoleón para su patria

y era uno de los primeros en regarla con su generosa sangre.

Un joven principeño, robusto como un gladiador, alto como una palma, que partió

para los Estados Unidos, regresó al Príncipe, enviando antes una carta sentida á un compañero predilecto (1).—Voy á cumplir mi deber, decía después de sencillos y afectuosos encargos,—allá te espero: si he muerto, te acordarás de tu buen hermano: si me hallas,

(1) G. Bals.

pelearemos juntos; pero, no faltes!.....

También los periódicos dieron pronto su nombre entre las primeras víctimas de aquella santa cruzada! Una bala homicida le rompió el cráneo en uno de los combates del Camagüey.

El que recibió la carta no llegó á tiempo para reunírsele; pero tuvo suerte no menos gloriosa más tarde; fué uno de los expedi-

cionarios fusilados en las inmediaciones de Holguín y Gibara (1).

En medio de tanta agitación producida en aquellos primeros meses de fervor revolucionario, los catedráticos acudían taciturnos, perezosos, á las horas de clase. Pero, ya no

(1) Nicolás Álvarez.

se estudiaba ni se disertaba. Tenían que responder á las reiteradas preguntas de aquel montón de presuntos insurgentes, de decididos simpatizadores del incendio inesperado, prendido en Oriente y cuyo calor se extendía, contagiaba y abrasaba.

Un profesor serio y reflexivo, químico eminente, de fama (1), que hablaba poco y sonreía mucho, pero que oía con gozo nuestros reclamos, nos dijo un día con acento firme y bondadoso: "Hasta otra vista!.....ya yo no vuelvo á clases!....."

Los que le comprendimos apretamos con amor su mano. Ése salió del país; organizó un club conspirador en Cayo Hueso, se dejó confiscar sus bienes, fué condenado á muerte.....y murió, en suelo extranjero, presa de la fiebre revolucionaria.

Otro catedrático, joven, ardoroso, entusiasta, orador brillante, abogado, que á los veinte y un años enseñaba retórica, economía y metafísica; popularísimo entre los alumnos, que empleaban para llamarle el diminutivo de su nombre (2), terminó un día la serie de preguntas y de comentarios sobre las noticias,

(1) Fernando Valdés Aguirre.
(2) Antonio Zambrana.

que sustituía forzosamente á la lección ordinaria, poniéndose de pié y echando sobre nosotros con su verbosidad habitual, con acento nervioso y los ojos centellantes, un borbotón de frases viriles, arrebatadoras, ardientes; como si fuese una llama cada palabra!

—No es este momento, dijo, de satisfacer una curiosidad pueril ni de ofrecer al ídolo un culto romántico, sino de que cada cual cumpla con su deber, y yo pronto les daré el ejemplo.

Aquella fué su última lección. No volvió á clases.

Pocos meses después figuraba entre los representantes de la soñada República en la Cámara de Guáimaro.

El más seriamente preocupado era el Director. ¿Cómo contener las manifestaciones de aquel patriotismo subversivo, pero franco, abierto y espontáneo? ¿Cómo sustraer su casa de las sospechas, de las denuncias y de la vigilancia?

Cuando se efectuó la ejecución en garrote vil de los primeros reos políticos sacrificados en la Habana en aquel nuevo período revolucionario,—de León y Medina, los dos valientes

guardadores de un depósito de armas en la calle del Carmen,—los colegiales declararon el día de duelo y se negaron á asistir á clases; permanecieron todo el día en el salón de estudio, silenciosos, tristes, huraños.....fué preciso *hacer la vista gorda*, respetar aquella solemne protesta de patriotismo juvenil y elocuente.

Otra ocasión los profesores y el mismo Director tuvieron que acudir presurosos á librar de sendos mogicones, de tremendas puñadas, á dos serviciales del establecimiento, recién inscriptos en los nuevos cuerpos de voluntarios y que osaron, ante dos colegiales, calificar groseramente á los insurrectos cubanos. Los hombres rodaban por el suelo, brazos y piernas entrelazados; el montón de asaltantes crecía. ¡Qué tumulto! ¡qué vocerío! ¡qué campo de Agramante!

—Yo soy vuestro padre, vuestro hermano,—nos decía á solas en su despacho el Director, con tono más cariñoso que reprensivo,—pero, tengan juicio!, calma!, no me comprometan!

El gran salón de estudio iba poco á poco vaciándose: unos marchaban al campo á luchar y á morir; otros iban al extranjero

á compartir con sus familias el pan amargo de la emigración forzosa.....alguno figuraba entre los malaventurados proscriptos á la mortífera isla de Fernando Poo (1).

Mi amigo el poeta sonaba ya entre los iniciadores del movimiento de las Villas, y su nombre aparecía en los partes oficiales como jefe civil del distrito de Colón.

Aquel Colegio reflejaba con vivos colores el cuadro tristísmo de lo que ocurría en todos los extremos de la sociedad cubana.....el éxodo! el orden desquiciado! las familias divididas! la preocupación en los semblantes! la zozobra y la inquietud en todas partes!.....

Al regresar de la casa paterna, después de corta vacación, un colegial cardenense, (1) nos refería con lágrimas en los ojos la lucha cruel que había sostenido en el seno de su familia. En las horas de sobremesa comentaba su padre anciano, á quien idolatraba, los sucesos del día; peninsular meritísmo que había hecho su fortuna en el país y creado una familia, á la que consagraba amorosamente sus desvelos, condenaba, sin embargo, con dura frase, con adjetivos severos á los

(1) Manuel Trujillo y Armas.
(2) Carlos Quian.

separatistas en armas. El hijo, respetuoso siempre, no podía contener sus exaltaciones patrióticas; la discusión llegaba á ser disputa; la atmósfera se caldeaba.....y á presencia de las hermanas, que lloraban, gritaba al fin el anciano:

—Yo soy español y soy tu padre!.....

—Pero mi madre era cubana! replicaba el mozo, apelando como último argumento al recuerdo santo de su madre muerta!.....

Volvió al colegio con firme y secreta resolución. Traía el importe de las pensiones de un semestre, dinero que debía entregar al Director por orden de su padre. Lo invirtió en proveerse de un pasaporte falso, de una boleta de pasaje en un vapor extranjero; los que estábamos en el secreto le ayudamos á preparar el equipaje; lo sacamos sigilosamente por una de las puertas traseras, y al despedirse le abrazamos llorando.....

Dejó escrita una carta: "Marcho á donde mi deber me manda; el día del triunfo,"—decía al autor de su vida,—"vendré á poner mi espada á tus pies para honrarte y defenderte.....!"

"Eres mi padre!"

Era el último de mis amigos predilectos que

se marchaba..... Hubiera querido seguirle!

Pero, me detenía la falta de recursos, y sobre todo, la gratitud, el deber para con aquel Director atribulado, cuya casa, antes tan animada, como un árbol cargado de frutos y retoños que se desgaja, iba quedando desnuda, desolada.

¡Cuántas veces en los días frecuentes de asonadas en las calles de la Habana, cuando los voluntarios desfogaban su cólera sobre los vecinos inermes, atacando los teatros, los cafés, ó el palacio de Aldama; pegado á una de las ventanas de aquel edificio, que era ya mi cárcel, con la vista perdida hacia la ciudad de donde llegaban los ecos intermitentes de los disparos, solo, recordando á los caros compañeros cuya suerte ignorada envidiaba, cuyo ejemplo me enardecía, sentía que el corazón estallaba en mi pecho y que algo superior á mí me acusaba de tímido y cobarde.

¡Oh! mi resolución estaba formada! no agregaría mi nombre al de los prófugos que habían comprometido y puesto en evidencia al Director contrariado, á quien tantas consideraciones me ligaban!

Llegaron las vacaciones de verano..... tímidamente, temeroso de que mi pensamiento

se trasluciera, demandé y obtuve licencia para marchar á mi casa.

Al atravesar los umbrales, que acaso no volvería á pisar nunca; al cruzar la alameda orillada de árboles que daba acceso al colegio, volví enternecido la última mirada de despedida á aquella mansión que me había dado abrigo, calor é ideas cerca de cuatro años.

—¡Adiós! yo no vuelvo! murmuré con cierta vacilación en el ánimo.....con algo de duda interior sobre la rectitud de mis intenciones.

Pero, parecióme que los tres bustos de Carrara que coronaban el frontispicio, como si oyeran y juzgasen mi despedida, rompiendo la rigidez del mármol, se sonreían y me animaban.

99347

# VI

# Reclutas para la guerra

El levantamiento de Yara fué un suceso concebido, hondamente deseado; pero inesperado. Se pensaba en ello, se estaba de acuerdo en que era necesario; pero no hubo concierto ni plan. Fué un estallido que sobrecogió lo mismo á los simpatizadores que á los adversarios.

Al primer momento de estupor siguió la excitación.

Los antiguos dominadores tuvieron miedo; se sintieron débiles; temblaron como si un escalofrío les penetrase en las entrañas. Los dominados, por el contrario, se fortalecieron; se hallaron aptos y prontos para el combate, se enardecieron con todos los recuerdos del pasado y creyeron en un triunfo cercano.

Las amarguras añejas, de tantas humillaciones apuradas, los agravios, los odios, comprimidos tanto tiempo, se desbordaron.

Se hablaba de los sucesos en plena calle; se conspiraba en la plaza pública; se leían sin recato los periódicos y las proclamas clandestinas; se hacían corrillos en los cafés, en los teatros, en las aceras; se cruzaban las noticias, se comentaban; se miraba á los antiguos amos de arriba á abajo, se les provocaba, se les insultaba.....Oh! la cosa se daba por hecha! no era para esperar mucho rato!

En las poblaciones de Occidente, como Güines,—á cuyo lugar se refieren especialmente mis impresiones,—estaba toda la gente preparada. Había un club; los jefes, unánimemente reconocidos y proclamados por

merecimientos de posición, de cultura, de conocida filiación á la causa, estaban en relación con los prohombres de la Habana. Los adscriptos se juramentaban; recibían una medalla de latón, cifrada, numerada, y orgullosos de poseerla, ambicionando la hora de honrarla en glorioso combate, aguardaban la cita, la consigna, el instante de lanzarse al campo.

Se esperaban armas; habían de depositarlas en un paraje marcado; todos los días se recibían noticias contradictorias que aumentaban las impaciencias ó defraudaban las esperanzas.

Una noche, en la plaza, un joven exaltado propuso terminar aquella angustiosa expectativa é incertidumbre (1).

—Cada uno de nosotros que se encargue de un sereno; les quitamos los revólvers y las lanzas y damos *el grito!* decía, y se empeñaba en acompañar la acción al proyecto. Fué preciso disuadirle, contenerle.

—¡Calma! calma! decían los jefes, ó el movimiento fracasa!

El que poseía un revólver, un cuchillo, un arma cualquiera, la llevaba consigo á todas

(1) Manuel Castellanos.

partes. Un vieja patriota armero (1) compuso todas las antiguas armas de su taller, y de restos de sables oxidados, casi inútiles, hizo puñales con groseros cabos de madera y los distribuyó entre los jóvenes más ardorosos.—Ya estoy muy viejo y no puedo pelear, nos decía, pero ayudo como puedo.

Yo llevé muchos días bajo la camisa, pegado á la piel uno de aquellos puñales oxidados.

El movimiento de Oriente secundado en el Centro, más tarde en las Villas, llevó hasta el paroxismo el entusiasmo.....—¿Á qué se esperaba? qué hacían los jefes de la Habana?

Salvo algunas bofetadas ó bastonazos cruzados durante un baile, en un café público, en la calle, con otros exaltados de significación política opuesta, por motivos más ó menos fútiles, aquella juventud belicosa no había hallado ocasión de desfogar sus sentimientos apasionados.

El patriotismo,—que tiene sus puerilidades sublimes,—se manifestaba en los trajes.

Las damas usaban el cabello destrenzado ó suelto, adornado con cintas azules y blancas

(1) Gregorio Salas.

que eran los colores revolucionarios; los hombres los ostentaban en las corbatas: nadie ocultaba sus ideas, su entusiasmo ni su esperanza. Pero las armas no venían! el grito no se daba!

Un día—durante el período ficticio de libertad y expansión concedido, acaso no sincera y lealmente, por el General Dulce, —se vió llegar por grupos á la casa del Gobernador Militar á los mercaderes y sus dependientes y salir provistos de fusiles y otras armas.

Se habían organizado los cuerpos de voluntarios!!

El enemigo hasta entonces inerme, descuidado, estaba ya preparado. El león afiló sus garras.

Poco después fueron sacados de sus casas y conducidos á las prisiones, á las fortalezas, al destierro, á los lejanos territorios de África, los jefes caracterizados que habían de señalar la hora, el momento ansiado del combate.

¡Oh! cómo cambiaron entonces los colores del cuadro!.....

¡Ay de los que no supieron disimular su patriotismo exaltado! ¡Ay también de los que lo disimularon en extremo! Fué preciso enmudecer, bajar los ojos, encerrarse en sus

casas, taparse los oídos para no escuchar aquellas diarias é irritantes algaradas! Fué preciso más todavía.....fué necesario exhibirse, ser testigo, actor mudo, hipócrita y contrariado, de todas las escenas en que el dominador, la turba armada, escarnecieron los más caros sentimientos de la familia cubana.

¡Mil veces más feliz el paladín que espiraba en el campo, en medio de la lucha, atravesado por una bala; mil veces más feliz también el que moría sobre el cadalso, que los ciudadanos inermes y las familias desventuradas que, bajo una paz armada, apuraron largo tiempo en nuestras poblaciones el tósigo de la humillación y de las amenazas!

Aquéllos sufrían una muerte cruel, pero pronta y gloriosa. Los últimos, en toda la plenitud de la vida física, sufrían la muerte moral, lenta, en que se marchitaban y deshojaban todas las hermosas florescencias del espíritu cívico y de la dignidad humana!.....

Pero, aun bajo presión de la fuerza, acechados por toda suerte de sospechas y de vigilancia, se pensaba en la patria; se consagraba el amor, la simpatía y el recuerdo á los que luchaban y morían por ella, y se conspiraba.

Aquella juventud impetuosa, que no vió llegar la hora de echarse al campo, que presenció cómo salían aprisionados ó emigraban al extranjero sus presuntos jefes, llena de bélico ardor, pero impotente, necesitaba cumplir sus deberes y dar satisfacción á sus generosos anhelos. Algunos, muy pocos, pudieron burlar la vigilancia que se desplegaba por los caminos, en los ferrocarriles y poblaciones, y llegar, á fuerza de astucia y de constancia, á reunirse con las filas insurrectas y figurar en ellas.

La mayor parte tuvo que seguir un camino más largo, más costoso, pero menos difícil.

La Revolución había situado su centro de operaciones en el extranjero. La Junta Revolucionaria de Nueva York atraía á su rededor á los proscriptos, á los emigrados, á cuantos simpatizaban con su causa. Los jóvenes acudían á alistarse en las expediciones que se preparaban,—y que en su mayor número fracasaron;—y á ese llamamiento respondían los que no habían logrado desde sus casas llegar al campo sin apelar á los gastos é inconvenientes de un doble viaje.

Casi todas las embarcaciones que salían

del puerto de la Habana, conducían ocultos bajo sus escotillas, en las bodegas, disfrazados de marmitones ó de fogoneros, multitud de jóvenes y patriotas que iban á formar entre los expedicionarios. Algunos lo hacían con recursos propios; los más con los que les arbitraban secretamente los antiguos miembros de los Clubs disueltos, los patriotas, los ancianos, los que no podían como ellos ir á tomar parte activa en la campaña.

De Güines habían salido de esta suerte para los puertos de la Unión, veintenas de jóvenes aptos y resueltos; muchos habían regresado ya al seno de la patria y se daban á conocer con rasgos de valor y arrojo entre los soldados libertadores (1).

Dispuesto á seguir la senda trazada por éstos, llegué á Güines al abandonar para siempre el colegio.

Me presenté á los patriotas reputados secretamente jefes; recibí de ellos el dinero necesario y cartas cifradas para algunos miembros importantes de la Junta de Nueva York.

Una amiga querida (2), cuyo dulce recuerdo siempre me acompaña, conocedora de mi secreto y cuya aprobación entusiasta me alentaba, puso á mi cuello, cubierta de raso, á manera de escapulario, como santa reliquia,

(1) Emilio Espinosa, por ejemplo, Ricardo Zamora, Pedro Govín, Francisco O Ryan, Ignacio Ayala, Nicolás Alvarez y otros.
(2) F. F.

una escarapela bordada por sus manos; sobre las listas blancas y azules en el fondo rojo del triángulo fulguraba la estrella de plata, símbolo de tantas hermosas esperanzas.

Faltábame comunicar mis proyectos á mi madre. ¿Cómo abandonarla sin recoger su última bendición y secar sus lágrimas?

Pero aquellos eran tiempos de resoluciones enérgicas y de firmezas espartanas.

—Antes que te maten como á un perro en las calles, me dijo entre sollozos, vete; vale más que mueras peleando!

El 21 de Agosto de 1869 zarpaba del puerto de la Habana el vapor *Missouri;* oculto en uno de los rincones más oscuros de su ancho vientre, oí el zumbido de la sirena que anunciaba la leva del ancla; sentí las trepidaciones de la hélice; experimenté esa sensación de incertidumbre y pesar que llena el corazón del hombre al abandonar la familia, el hogar y la patria..... pero, cuando creyéndome libre me halagaba la idea de que pronto saldría á cubierta á dar desde allí un adiós á aquellas orillas idolatradas, oí voces, ruido de pisadas, ese rumor que producen los que persiguen y que conoce siempre, desde lejos, el perseguido.

—¡Dése usted preso!—me gritó al descubrirme un policía mal encarado. Arriba, rodeados de guardias, junto al Capitán del buque que, con su libro de pasajes en la mano, mentía cobardemente y había consen-

tido en detener el buque ya en marcha, estaban alineados, silenciosos, pero serenos, mis cuatro compañeros de desgracia, á quienes contemplaban conmovidos las damas y caballeros que constituían el pasaje.

Una falúa del Gobierno se acercaba. Al bajar á ella, poniéndome groseramente sus dedos callosos en la cara, gritó el piloto:

—¡Qué buen refuerzo para el general Céspedes! ni bozo tiene!

Después, á impulsos de los remos que quebraban las ondas, nos llevó á tierra, prisioneros, aquella barca, en tanto que asomados á la borda del barco que se alejaba, los pasajeros nos miraban enternecidos y agitaban sus pañuelos en ademán de triste despedida!

# VII

# En las Cárceles

Tras largo y enfadoso interrogatorio transcripto en grandes hojas de papel sellado por un escribiente viejo y sentimental, que tuvo á bien reprenderme con dulzura mi *niñada*, y de sufrir alta la cabeza, sueltos los vestidos y abiertos en cruz los brazos, escrupuloso registro,—del que afortunadamente escaparon mi escapulario y mis cartas cifradas, ocultas en un doble forro del sombrero,—seguidos de

una turba que nos miraba torba y amenazante, penetramos al caer la tarde en la cárcel.

Hasta entonces todo había ocurrido sin que el ánimo convencido flaqueara. Pero, cuando á mis espaldas se cerró la pesada reja de gruesos balaustres negros, y rechinó el cerrojo, y resonaron en las manos del carcelero las llaves, al hacer funcionar el candado, sentí una emoción profunda, de dolor y de rabia, y me detuve extático, febril, con ansias de volver atrás, de huir, de estrellar mi cabeza contra la puerta de acero que me guardaba.... Ante mí veía un montón de cabezas pálidas, de ojos saltones que me miraban, de trajes andrajosos, de barbas largas y melenas desgreñadas, de tarimas cubiertas con objetos sucios, rincones repletos de catres, baúles y cacharros..... Oí silbidos, canciones, gritos, diálogos vivos, carcajadas, palabras obscenas..... y por mis fauces penetraba un vapor acre, tibio, fétido, malsano..... Oh! que sentina tan repugnante es una galera en la cárcel de la Habana!!

Mis cuatro compañeros, menos sensibles, menos soñadores, ansiosos de mostrar todo el valor que acaso no sentían, me tomaron de la mano.—¡No te acobardes!—exclamaban.

Es que yo había soñado luchar y sufrir al aire libre, bajo el sol, bañado por la lluvia del cielo; desafiar la miseria, las privaciones y el hambre del soldado, sintiendo las brisas del campo, y morir acaso, mirando por última vez las estrellas de la tarde.

Pero, no había concebido un momento verme tan niño ¡á los diez y siete años!..... encerrado entre cuatro paredes altas, sombrías, por cuyos elevados ventanillos de dobles hierros apenas penetraban la luz y el aire, en medio de un montón abigarrado de caras hoscas, de cuerpos enfermizos, entre mugrientos é infectos harapos, entre facinerosos y miserables!

¡Bien pronto me repuse! La animada conversación de mis amigos recordando las peripecias de nuestra prisión, imaginando de dónde hubiese partido la denuncia, poniéndonos de acuerdo para preparar en las declaraciones la coartada y la defensa, me llevó á otro orden de consideraciones.

En aquella primera hora de angustia, de peligro y zozobra, acurrucados en un rincón, pegadas las cabezas, los labios rozando los oídos, recelosos de los demás presos, todo lo concertamos. En primer lugar, ratificamos el

juramento de mantenernos unidos, de auxiliarnos, de hacer un fondo común de nuestra bolsa de compartir por igual los gastos, de

no comprometer á nadie en nuestras declaraciones, de sufrir y morir juntos.....

¡Oh! era aquél un grupo de pequeños patriotas interesante. El mayor no había cumplido aún los veinte años. Nos habíamos conocido en la niñez, en la escuela; ó alguna vez en las calles de nuestro pueblo, en las fiestas, ó en las plazas habíamos cruzado algunas palabras. Pero la identidad de ideas, de sacrificio, de peligro, pronto nos había estrechado.

Eramos ya más que amigos, hermanos.

El uno, el mayor, (1) alto, fornido, moreno, elegante, había dejado á su madre viuda y á una hermana los salarios de la última zafra como maestro de azúcar en un ingenio, y se había reservado lo necesario para hacer el doble viaje de ida al extranjero y de regreso al campo de batalla. Como de más edad, más previsor, más serio, fué sin discusión ni preámbulos reconocido tesorero y le entregamos lo que cada uno llevaba: era gracioso ver cómo guardaba el montón de monedas en el doble forro de una ancha faja que ceñía á su cuerpo y cómo dormíamos y andábamos pegados á él, temerosos de que al menor descuido, á media noche, en aquel antro, nos robaran.

El otro, de oficio tonelero, (2) débil, enfermizo, pálido, de inteligencia escasa, tal vez había deseado ir á la guerra para dar á su patria una vida que.....había de disfrutar pocos años.

El tercero (3) tenía el semblante de una dama, ojos verdes, cutis terso, ligero bozo rubio que le sombreaba el labio, alto, esbelto, delgado: parecía que acababa de salir de la escuela.

Y sin embargo, tenía la dejadez, la in-

(1) Máximo Fernández.
(2) José Escasi.
(3) Antonio Correa.

diferencia de los que han vivido mucho. Hasta entonces su ocupación había sido holgar, vestir bien, llevar con simetría el lazo de la corbata, comer en la mesa de padres ó parientes, asiduo concurrente de los festejos y de las danzas.....Iba á la guerra porque ansiaba tal vez más ruido, más variedad, más emociones, porque el patriotismo encendía su alma, y entraba en la cárcel con su habitual despreocupación. Hubiera muerto indiferente, sin darse cuenta de la importancia de su sacrificio.

Oh! el cuarto era un bohemio (1). Desde los catorce años vivía emancipado de la tutela paterna.

Para subsistir con sus propios medios aprendió á torcer tabaco: el jornal era escaso, pero lo dividía en sus propias atenciones y en socorrer á sus hermanas. En el taller no siempre se hacen buenas amistades, y del obrador pasó al café y del café á la casa de juego. Desde entonces ganó el jornal con los naipes y los

(1) Manuel Montero.

gallos. Durmiendo unas noches sobre las mesas de un garito, otras en una mala fonda, vagando de feria en feria, presente dondequiera que se ajustaba una pelea ó se moviese una carta, parecía que aquel joven, casi niño, debiera ser presa de todos los rebajamientos morales que son secuela inseparable del vicio.....

Y, sin embargo, en aquel cuerpo regordete, mal conformado, cuyos miembros rígidos revelaban gran fuerza muscular, y sobre cuyos hombros levantados se alzaba una cabeza grande, de frente abultada, coronada por una melena espesa, erizada, cerdosa, no habían tenido cabida más que nobles y generosos sentimientos.

Al mirarle impresionaba mal su rostro adusto, su nariz levantada, sus pómulos salientes; pero cuando se le oía y se le trataba poco tiempo, se simpatizaba pronto con su palabra fácil, apasionada y elocuente; se hallaba uno con que tenía delante á un hombre inteligente y no se tardaba en conocer que en aquel exterior rudo, estaba encubierta un alma grande, sensible, capaz de todas las acciones buenas y de los supremos heroísmos.

Mientras hablábamos observaba yo á un preso de rostro marchito, ajado, cubierto de luenga barba, en el que las arrugas del pesar parecían haber impreso un sello de vejez anticipada y cuyo traje raído, viejo, pero llevado con elegancia, revelaba al hombre de distinción entre todos los demás que llenaban la galera de penados. Sentado sobre el borde de una tarima, clavaba en mí con fijeza su mirada, como si me reconociese y quisiera hablarme.—Yo recuerdo á ese hombre, dije á mis amigos, y ansioso de hallar un conocido en aquel lugar, me dirigí á él.

¡Oh, cómo le habían transfigurado las desgracias y la cárcel!

Nos habíamos conocido en el colegio, donde fué profesor algunos meses! ¡Qué pronto se reanudan las amistades en la hora de la desgracia!.....Cada uno refirió su desventura, sus temores; no cesamos de hablar en largo rato.

Conocido por sus ideas, su casa había sido asaltada por un grupo de voluntarios; se defendió: bien resguardado en una habitación cerrada hirió levemente á uno de los asaltantes, y no se entregó sino al Comisario del barrio que vino á poner orden.

Hacía cinco meses que estaba en la cárcel, pobre, sin recursos, su familia abandonada: la Comisión Militar le había condenado á presidio perpetuo en Ceuta y sería trasladado dentro de tres días al África.

Era el único preso político que había en aquella galera; ahora estábamos nosotros: de *los salones* le enviaban los compañeros alimentos y socorros.....¿por qué no van ustedes á los *salones*, ustedes que tienen dinero? me preguntaba.

—¿Qué son los salones? le pregunté á mi vez, poco conocedor de las diferencias gerárquicas y de la nomenclatura de la cárcel.

*Los salones* son departamentos de distinción en la cárcel; en ellos se permite usar cama y mecedores, recibir comidas de fuera, tener visitas, mantener abierta la puerta á un corredor enrejado y pasear y tertuliar en un rastrillo desde el que se contempla un pedazo de cielo pequeñito, cuadrado,—pero aire y cielo al fin,—limitado por las cuatro murallas del edificio; los salones, en suma, son para los que pagan setenta y cinco centavos diarios por ocuparlos y donde al menos no se vive en íntimo contacto con los facinerosos vulgares.

Al día siguiente decidí á mis compañeros

á trasladarnos y pagar aquel caro hospedaje; propuse más, propuse que lo pagáramos también por los tres días que le faltaban antes de emprender su largo viaje al pobre profesor castigado tan duramente por defender de un ataque violento é injusto, su vida y su casa.

***

Los salones estaban atestados de presos por causa política. La serie de calabozos proyectados en el ala del centro del gran edificio y el largo corredor exterior, eran pocos para contener á los infortunados detenidos acusados de infidencia. Sumábamos un total de doscientos treinta prisioneros; las camas se pegaban las unas á las otras; apenas había espacio para moverse.

Se dormía en el corredor exterior, en sillas, en las mesas, como se podía. Pero, allí, reunidos y fortaleciéndose en la desgracia, animados por la misma aspiración, se vivía en familia, en perfecta fraternidad. Abogados, médicos, escritores públicos, propietarios, comerciantes, hacendados, obreros, todo lo que representaba la sociedad cubana en la capital y en las poblaciones del interior, jóvenes y viejos, estaban amalgamados, confundidos, abrumados por la misma tremenda

desgracia, pero, alentados por los mismos anhelos é iguales aspiraciones.

También allí se leían los periódicos de la época y las proclamas clandestinas, se escribían cartas por claves, se comunicaba con los amigos y simpatizadores del exterior, empleando los ardides, todos los medios sutiles con que saben los prisioneros burlar la más exquisita vigilancia.

En los grupos que formaban los detenidos no se trataba de otro asunto que de la cuestión patriótica. Había fe ciega en el triunfo de la revolución, y cada cual daba por bien empleado el sufrimiento propio como holocausto debido á la dignificación de la causa.

El número de los prisioneros disminuía cuando por grupos y mediante simples decretos de la Capitanía General ó resoluciones de las Comisiones Militares, eran trasladados á la Península, á Ceuta, á Mahón, ó á la Isla de Pinos, ó, algunos, á la fortaleza de la Cabaña, donde fueron más tarde ejecutados al pie de las murallas silenciosas y sobre los fosos húmedos y sombríos.

¡Qué despedidas tan patéticas!.....qué abrazos tan apasionados y qué citas tan confiadas para los días serenos!.....

Los que se ausentaban eran sustituídos prontamente. De Sancti Spíritus llegaron una noche veinte y tres presos; de Trinidad, de Colón y Santa Clara más de cincuenta. Los hogares quedaban desolados. Los recién venidos penetraban en los salones, uno tras otro, callados, taciturnos, recelosos!.....la entrada en la cárcel les producía el estupor incomprensible, la sensación fría y desagradable de las cavernas!

Pero, pronto las miradas de inteligencia, los abrazos, las atenciones solícitas de los que ya estaban allí, antiguos vecinos de la casa, hacían asomar en sus rostros la expresión de confianza, la sonrisa sosegada del que se halla entre verdaderos amigos y cariñosos hermanos.

La confraternidad era inmediata.

Entre los presos había muchos procedentes de las filas insurreccionadas, vencidos, sorprendidos, ó presentados á la hora en que la falta de provisiones, de armas y pertrechos los había convencido del gran error de un movimiento mal preparado.

Allí estaba el periodista y tipógrafo que había hecho en la *manigua* la primera edición de *El Cubano Libre.*

Allí un viejo catalán de Morón que armó en guerra á sus dos hijos cubanos y los hizo salir al campo.—Si hubiera tenido veinte hijos, decía en su tono provincial muy marcado, los hubiera mandado también con los

*muchachos.* Allí, venerado por todos sus compañeros, que escuchaban con respeto su palabra dulce, evangélica, el joven sacerdote de mirada apacible, rubio, de frente ancha y rostro de ángel, que había bendecido el estandarte revolucionario y que pereció más tarde fusilado en Yaguaramas (1).

(1) Pbro. N. Esquembre.

Y allí, en suma, respetado, querido, reconocido por todos como el jefe, como el decano, como el patriarca de aquella numerosa tribu de conscriptos, el anciano abogado que había proyectado en los primeros días de la revolución un levantamiento cerca de Matanzas y que, denunciado, sujeto á un largo é interminable procedimiento, que siempre se enredaba, que su tenacidad no dejaba poner en claro, había *echado raíces* en la cárcel y conocía todos los secretos, los ardides de la prisión, y los ponía en juego auxiliando á sus compañeros y comunicando furtivamente con sus familias ó cómplices á los incomunicados. Él (1) era el consejero de los que tenían algún conflicto que resolver; se enteraba y conocía el caso de cada detenido; consultaba las declaraciones que habían de prestar; consolaba y alentaba á los que sentían debilitado su espíritu; arbitraba ó hacía colectas para socorrer á los menesterosos que salían para el destierro; enviaba alimentos y auxilios á los pobres presos de las galeras que no podían pagar las dietas de los salones; atendía á los que se enfermaban y era, en fin, á pesar de sus años y de sus pro-

(1) D. José Zarragoitia.

pios infortunios, que soportaba con varonil entereza, el padre cariñoso y solícito de tanto desgraciado.

Todavía me parece que siento el calor del beso que estampó en mi frente cuando oyó el relato de mi prisión, de nuestro viaje fracasado.

—Diez y siete años y *la flor!*..... decía, presentándome á los demás presos, como si con esta expresión indicase que las tempranas flores de la adolescencia también adornaban aquel marchito *bouquet* de provectos revolucionarios.

***

En los salones nos sentimos más anchos..... más satisfechos, como si estuviéramos menos presos que en la galera. Pero, esa satisfacción no duró tres días. Después de un nuevo interrogatorio ante un estirado comisario, nos condujeron incomunicados á las *bartolinas*.

La bartolina, esto es; un nicho grande! una caja! un sepulcro! Un espacio estrecho, cerrado por cuatro murallas, cuyas dos laterales se unen abovedadas á una altura de cuatro metros, en el que se penetra encorvándose—después de cruzar un corredor que recibe escasos rayos de luz y burbujas de aire

á través de altas y pequeñas ventanas,—por una puerta proyectada en el grueso muro y cerrada con una espesa reja de dobles balaustres.

Allí, aspirando vapores insanos, desprendiéndose de las ropas para soportar la temperatura húmeda, infecta y abrasante; transpirando incesantemente un sudor pegajoso, solo con su conciencia y sus pesares, no sabe el preso si vive en un mundo que tiene sol y cielo y aire, ó si es verdaderamente un cadáver que la sociedad ha sepultado!

Una noche sentí las ansias de la muerte; los ojos hundidos; la voz extinta; los miembros lacios; la piel húmeda y helada!

Aquella atmósfera viciada envenenaba.

Mis amigos me rodearon consternados; querían pedir socorro.—"No llamen á nadie, les dije, me llevarían al hospital." La idea de que nos separasen les contuvo indecisos. El bohemio, el exjugador, aquel hombrecito feo, de alma grande, lloró, frotó mis carnes, secó mi sudor, humedeció mis labios, me abrazó, se pegó á mí como si quisiera comunicarme el vigor físico que á él le sobraba, y volví al calor, á la vida, en sus brazos, rodeado de aquellos jóvenes compañeros atribulados, pero valerosos!

Once días duró aquel encierro! Once días de martirio!

Una madrugada recibimos la orden de levantarnos y hacer los petates. Se nos trasladaba, por *cordillera* (junto con un negro criminal empedernido que conducían á Bejucal) á Güines, donde habían de juzgarnos. Un soldado gigantesco, rudo, armado de los pies á la cabeza nos puso las *esposas*.....No era preciso abrirlas ni cerrarlas; mis manos de niño cruzaban fácilmente por el anillo de acero construído para puños más desarrollados. El soldado á quien con ligereza lo hice observar, gritó:—"No importa! llevo un

revólver con seis cargas ¡á tiro por cabeza!"

De dos en dos, atados, uno de mis amigos apareado con el negro asesino, precedidos y rodeados por la soldadesca, cruzamos á pie todo lo largo de la calle del Prado hasta la estación férrea de Villanueva. Dos horas después llegábamos á Güines y atravesábamos las calles del pueblo natal, hasta la casa del Gobernador, bajo las miradas de los vecinos, los parientes y los amigos, que nos saludaban silenciosamente con la cabeza ó las manos, de los chiquillos que se asomaban á las puertas con rostros en que se retrataba la curiosidad y el temor, de los tenderos que nos clavaban los ojos con evidente furia y odio, ó de atribuladas mujeres que no tenían miedo, al mirarnos pasar, de que se vieran sus lágrimas.

Después, otra vez á la cárcel, real y efectivamente incomunicados.

Como las bartolinas eran escasas, los calabozos se improvisaron. Servía de prisión hasta el pabellón del cuerpo de guardia. Á mí me encerraron en la capilla, el lugar en que se asiste en su último día á los que van á ajusticiar..... Separado ya de mis amigos, en aquel lugar sombrío, tétrico, privado de libros, de papel y plumas, solo, ¡cuán largas

me parecieron las horas durante los cinco días que duró el aislamiento! Por los intersticios de la gran puerta de madera, del todo cerrada, veía todos los días pasar el rastrillo y dirigirse á los calabozos, pálidos, rodeados de guardias, nuevos presos, antiguos conocidos, correligionarios y amigos, complicados en nuestra causa! Regularmente los traían de noche; á media noche; habían interrumpido su sueño; los arrancaban de los brazos de las familias atribuladas en la hora del sosiego y la paz en los hogares!

El Tribunal fungía hasta la madrugada. Sentíamos descorrer los cerrojos; chocar la culata de los fusiles en las baldosas, y medio dormidos se nos llevaba á sufrir nuevos y largos interrogatorios.

Armados de pies á cabeza, mirándonos iracundos, hallábamos á aquellos jueces improvisados, mancebos ó mercaderes que nos eran conocidos desde la niñez, que acaso tuteábamos, y á quienes el nuevo uniforme, la espada y los galones, llevados con afectación marcial imprimían un aspecto presuntuoso.

Se nos hacían mil preguntas en que se barajaban los nombres de las personas más significadas. El afán era dar lugar á reticencias, embrollar, complicar á cuantos les eran sospechosos! Preguntaban á la vez, se exaltaban, increpaban! La negativa, la habilidad tenaz del preso los enfurecían! A la noche siguiente, vuelta á despertarnos, vuelta á la carga; nuevas preguntas, nuevos nombres! nuevas imprecaciones!

Se necesitaron las bartolinas para otros presos: una noche nos trasladaron y reunieron, en montón, en una galera estrecha, de veinte varas planas, capaz para dar mal albergue á un hombre solo. ¡Éramos trece!.....pero la alegría de vernos juntos, la satisfacción de compartir reunidos las amarguras de la prisión, de salir del aislamiento penoso y sacudir el tedio profundo propio de la incomunicación, compensaba las molestias consiguientes á aquel hacinamiento de seres humanos.

Mis cuatro amigos y yo volvimos á abrazarnos.....abrazamos además á ocho nuevos compañeros complicados en nuestra causa, jóvenes unos, ancianos otros, de posiciones sociales diferentes, pero allí, hermanados,

confundidos, identificados por la común desgracia. Las primeras horas se pasaron en animada plática, refiriéndonos mutuamente los accidentes de la prisión, los interrogatorios del jurado, las respuestas dadas al tribunal, comunicándonos nuestros temores, haciendo conjeturas y sin dejarse halagar ninguno por infundadas esperanzas.

Poco después atraía nuestra atención el espectáculo que ofrecían los nuevos presos qne cruzaban el patio para ser incomunicados en los calabozos que acabábamos de dejar, ó los que de éstos llevaban al Tribunal, constituído siempre á la media noche con el más militaresco aparato.

Nos miraban sonriendo, con expresion de inteligencia y simpatía y nos saludaban con un gesto.

Esa noche vi llegar entre los detenidos á un querido amigo de mi infancia, compañero de estudios, poeta, soñador, identificado conmigo en aficiones y gustos literarios (1). Había sido detenido en la calle después de separarse de su amada, al retirarse á su casa.

Entraba en la cárcel vestido con exquisita elegancia. Iba entre cuatro soldados, sereno,

(1) José García Montes, hoy distinguido abogado.

con la frente alta, casi con orgullo de verse preso por revolucionario! Le sepultaron en un calabozo y le tuvieron incomunicado diez y nueve días.

Yo me valí de un desgraciado, de uno de esos presos que sirven de domésticos á cambio de andar *sueltos* en los patios de las cárceles é hice llegar á él papel y lápiz. Nos escribíamos á menudo. ¡Es tan agradable recibir en la incomunicación una carta!..... Es como la luz y el ruido, el eco de conversación lejana que viene del exterior. De este modo le hacía comunicar también con su madre y preparar las citas de sus declaraciones.

Llenos ambos del fervor revolucionario de la época, firmábamos con un pseudónimo nuestras epístolas.

Él suscribía *Lanjuinais*, yo *Ducos*. Habíamos tomado por modelo á los hombres de la Gironda y anhelábamos igualarnos á sus próceres y sus mártires.

También vi pasar otro amigo querido (1). ¡Des-

(1) José Matilde Trujillo.

graciado! Le enterraron en la cárcel durante diez meses. Era el único sostén de dos padres ancianos, de un hijo pequeño que constituía su encanto y de una hermana desvalida.

El padre septuagenario iba todos los días á verle, apoyándose en un báculo. Llegaba triste, mustio, fatigado; llevaba á su hijo alimentos, ropas y tabacos. Á sus años había vuelto al taller para llenar en su casa con su trabajo el hueco que había dejado la falta del jornal del hijo prisionero.

Un día no se vió venir más al pobre viejo: el dolor y la fatiga le habían postrado. Murió. ¡Oh, coincidencias fatales! ese mismo día un ataque de croup fulminante arrebataba la vida al tierno niño hijo del preso infortunado.

¡Dos tumbas juntas en el mismo hogar! el abuelo y el nieto! el padre y el hijo del prisionero! Cuando le dieron la doble noticia se arrojó al suelo con desesperación, pegó su rostro á las frías baldosas del pavimento y lloró y sollozó largas horas sin pronunciar una frase, maldiciendo acaso en su conciencia á los que no le permitieron ir á besar por última vez las frentes pálidas de aquellos dos muertos queridos, del padre venerado, del hijo de sus entrañas!

Para nosotros los días se hicieron largos, monótonos, interminables! Amontonados, arrebujados en el reducido calabozo, durmiendo trece hombres en seis camas, pegadas unas á otras, sin espacio para movernos, sentíamos ansia de ver terminada de un modo ú otro nuestra causa y conocer de una vez la suerte que nos aguardaba.

No recibíamos visitas para librar á las familias del registro previo y de las humillaciones que se les imponían en el cuerpo de guardia! Hasta las vasijas en que se nos enviaban los alimentos eran removidas y registradas. No nos permitían cubiertos. Las cartas que recibíamos y las que contestábamos llegaban á nosotros, ó salían de nuestras manos abiertas. Tenía que censurarlas el jefe de la cárcel.

Jóvenes y fáciles en olvidar las penas ó dispuestos siempre á mitigarlas, entonábamos á veces en coro las canciones populares. Se nos prohibió cantar. Aquellas notas tristes—que parecían alegres ó sarcásticas—hacían daño á los guardianes.

Una noche llegó á nosotros el rumor siniestro de que se nos haría fuego en el mismo calabozo por un grupo de voluntarios exalta-

dos. Deshicimos dos catres, preparamos en un rincón las barras para intentar defendernos y pasamos la noche en vela reclinados en nuestras camas, silenciosos, fingiendo que dormíamos, y á ratos hablándonos en voz baja, sobresaltados.

Nuestra causa instruída por una Comisión Militar, como se hacía en aquellos días anormales, se había elevado á la Capitanía General. El fiscal, decíasenos, se mostraba inexorable, había pedido contra nosotros, presidio, trabajos forzados.

Y así corrieron cuarenta días de sufrimiento, angustias, humillaciones y sobresaltos. Al cabo, impresa en la *Gaceta*, llegó á nosotros la noticia del fallo. El destierro, el confinamiento para los unos, la libertad para los menos, á quienes no se logró que nuestras declaracíones perjudicaran.

Con estas nuevas, los que habían de salir libres y los que habíamos sido condenados, nos felicitamos y nos abrazamos; alegres ellos por la libertad que alcanzaban ¡que es siempre tan cara! tristes al par por nuestra desgracia; nosotros contentos por su buena suerte y con la nuestra resignados.

Ese día celebramos, en la última comida

que se hacía, siempre en común,—reuniéndose los platos que cada cual recibía de su casa, y colocando sobre las sillas las bandejas,—el fin, adverso y favorable, del proceso.

Á los postres, se interrumpió el animado banquete; fuimos conducidos á la sala de justicia para que se nos notificara el fallo ante la Comisión Militar.

Al levantarnos de la improvisada mesa deshicimos un pequeño *bouquet* con el que, para festejar su libertad próxima, había sido obsequiado por sus familiares uno de los presos, y tomando una flor cada uno de los siete condenados al destierro, llevándola en los labios ó prendida en el ojal de la levita, llegamos ante el fiscal serio y grave, rodeados de guardias y centinelas; y de esa manera adornados, oímos la lectura y firmamos sonrientes, con la frente alta, con orgullosa afectación, la notificación de la sentencia.

# VIII

# Mi confinamiento Isla de Pinos

La triste despedida de la familia y de los amigos que acuden llorosos al pie de la reja, en la hora reglamentaria, trayendo las últimas piezas del modesto equipaje, dinero, socorros, regalos y más que todo, frases de aliento y consuelo para los próximos proscriptos; recibir y escribir las últimas cartas de adiós; hacer los postreros encargos, pensar con amargura si se volverá ó no, á pisar

aquellos lugares donde la vida en los primeros años fué tan grata.....secar á veces con la punta del dedo la lágrima importuna que asoma á la pupila y que quiere ocultarse para no revelar con ella un desmayo cobarde; esas fueron en resumen nuestras ocupaciones durante las últimas horas que pasamos en la cárcel.

La multitud se apiñaba en la estación férrea para vernos salir; algunos amigos resueltos sin temer las consecuencias de su ostensible manifestación de simpatías,—que los exponía á las sospechas y á la persecución en aquellos días aciagos,—penetraban por entre las filas de soldados y nos estrechaban las manos con los ojos llenos de lágrimas.

En Bejucal separaron á los desterrados á España, que seguían á la cárcel de la Habana, de los condenados á confinamiento en Isla de Pinos, que íbamos á probar nuevo hospedaje en una tercera cárcel.

Aquí nos encerraron en un calabozo estrecho, desamueblado, sin camas ni tarimas ni una mala manta donde echarnos.

Recordé que en aquella ciudad existía un antiguo amigo y paisano de mi padre, bien acomodado, que me conocía, que parecía esti-

marme, que me tuteaba. Le escribí dos líneas pidiéndole que nos auxiliara con dos camas.

—"Estoy enfermo y no puedo ver á *usted*," me contestó secamente, librándose de todo contacto con nosotros por medio de esta excusa cobarde.

Al caer la noche nos dispusimos á tendernos en el suelo, haciendo almohadas de las maletas. De súbito sentimos descorrer el cerrojo y vimos por la puerta entreabierta penetrar un hombre cargado con dos camas, sábanas, almohadas..... Desprendióse de ellas y me tendió los brazos.

Era un pariente mío, un pobre amigo que no veía hacía largos años! (1)

En la población se había hablado de nuestra llegada, oyó mi nombre, corrió á la cárcel; se enteró de nuestra situación y nos traía lo que él, pobre obrero sin recursos, podía darnos; su propio lecho y el de sus familiares. No querían admitirle á aquella hora, pero había instado y suplicado! ¡Oh! él no se sintió enfermo ni excusó mi trato como el antiguo amigo de mi padre!

Al salir de la cárcel para ser trasladados á

(1) Mariano Cabrera.

la Isla de Pinos, en la calle, un joven apuesto, (1) elegante, se acercó á mí y á media voz, para que no lo oyeran los guardias, me dijo, poniéndome en la mano una moneda de oro:—Para ayudar á mis hermanos!

El patriotismo crea la familia en todas partes.

En el wagón nos agregamos á la nutrida cordillera de confinados. Con nosotros eran treinta y siete los que de diversos puntos de la Isla iban á ser arrojados en una isla pobre, despoblada, sin industria, sin agricultura, sin trabajo.

Trasladándonos de un tren á otro, de éstos al vaporcillo que hacía los viajes de travesía entre Batabanó y la isla de los baños termales, llegamos á ella al caer la tarde.

Apiñados junto á la borda de la embarcación, hablando cada uno de su familia, de su proceso, del porvenir sombrío, de la patria, los pobres confinados dirigíamos una mirada escrutadora á la escarpada cresta de la Sierra de Mármol, á las extensas y estériles sabanas cubiertas de pinares que se extendían á su falda, donde no se descubría el techo pajizo

(1) D. N. Crespo; antiguo empleado del ferrocarril de la Habana.

de una sola choza, ni cercas, ni campos cultivados, y nos preguntábamos qué nuevas angustias y miserias nos tendría allí reservadas la desgracia.

Avanzaba lentamente el vaporcillo por el estrecho canal navegable de más de tres millas que forma el río, sin que á nuestros ojos aparecieran señales que denunciasen la existencia de un pueblo agrícola ó laborioso. Por el contrario, parecía que penetrábamos en el corazón de un país salvaje, desierto, inexplorado.

De pronto, á la orilla derecha, tras el follaje de los pinos y las enhiestas *palmas-canas*, en

una planicie que limitan á ambos lados dos cadenas de montañas, surgió á nuestros ojos disperso caserío de blancas paredes y de

techos bajos y colorados, Nueva Gerona, la ciudad presuntuosa, la metrópoli de aquel país casi deshabitado.

Sobre el raquítico muelle,—destinado á la importación de vagabundos y míseros confinados, y por donde nada se exporta,—á campo raso, agrupábase una multitud ansiosa de ver llegar el escuálido bajel, único medio de comunicación que cada ocho días les llevaba noticias del mundo exterior, recordándoles en aquella isla desolada que muy cerca, á diez y seis leguas, como si fuese en un continente lejano, había imprentas, ferrocarriles, periódicos, vida, agitación y movimiento.

Esa multitud se acrecentaba ahora con los centenares de infelices proscriptos que antes que nosotros habían transportado á aquel país, más que estéril, abandonado.

La larga fila de presos custodiada por los guardias cruzó desde el muelle por las anchas y rectas calles de la ciudad liliputiense hasta la casa del Gobernador militar, situada junto á una plaza anchurosa, cuadrada, rodeada de casas bajas separadas entre sí por solares yermos.

Sueltas las ligaduras, alineados sobre el

pavimento, sellado de hierbas, á la vista de los curiosos que nos seguían ó de los vecinos que desde las puertas inmediatas atisbaban, oímos la alocución que con el acento más militaresco nos dirigió el Jefe de la plaza.

—"Deportados: Tenéis la ciudad por cárcel; ninguno podrá alejarse medio kilómetro de ella sin mi permiso escrito. Debéis *dar parte* dentro de veinte y cuatro horas de vuestro alojamiento. Los domingos tenéis la obligación de presentaros aquí á las nueve de la mañana á *pasar la lista.* La isla es pequeña y solo tiene ochocientos habitantes; pero, la guarnición á mis órdenes es sobrada para mantener el orden: no hay que soñar con revueltas. Si os conducís bien el Gobernador será vuestro padre: para los que cometan faltas seré inexorable! ¡Podéis marcharos!!"

No fueron las conminaciones, los mandatos, el tono preventivo de este discurso, los que nos conmovieron; lo que nos impresionó vivamente fueron las dos últimas palabras: *¡Podéis marcharos!!*

Los que no habéis estado prisioneros, encerrados largos días en estrechas celdas, respirando la atmósfera infecta de inmundos calabozos, vigilados de cerca por carceleros

y por guardias, durmiendo amontonados con la muchedumbre en limitado espacio, presa de languidez mortal, en una molicie forzosa que produce fiebre, no habéis experimentado esa emoción intensa que llega hasta los más profundos senos del alma y que produce la noticia, la convicción, la seguridad de la libertad recobrada!

¡Podéis marcharos! es decir, podéis cruzar solos bajo el cielo abierto á vuestros ojos la ancha calle, respirar el aire puro, pasear la plaza, visitar á los amigos, elegir vuestro alojamiento, dormir solos en vuestra cama, comer en la habitación propia, en la fonda, á la hora que os plazca, sin que nada de eso esté ya sometido al reglamento estrecho de la cárcel ni á la fiscalización del cuerpo de guardia!!

¡Podéis marcharos!!.....no era aquello la libertad, pero, á lo menos era el fin del encarcelamiento.....la relativa libertad del confinado!.....

¡Ah! no para todos eran motivo de alegría aquellas palabras.—"¡Señor Gobernador!"—exclamó un pobre viejo, vestido de harapos, destacándose del montón de prisioneros que ya se lanzaban á los cuatro vientos de la

plaza;—"Yo no tengo á donde ir, se me ha sacado de mi pueblo, y de mi casa! tenía dos hijos, se marcharon y no sé de ellos! hace cuatro meses que estoy preso! no tengo un centavo! mándeme otra vez á la cárcel!"—"Amigo mío,—le dijo con dulzura el Gobernador,(1)—el gobierno no mantiene aquí á los presos."

—Véngase V. con nosotros, le gritó enternecido mi amigo el bohemio!

***

Después de la primera noche empleada en apurar con delicia la satisfacción de no estar presos, sin dormir, en un mal cuarto de una pobre posada, llenos de esa alegría, serenidad, despreocupación y confianza que son patrimonio espléndido y exclusivo de los primeros años, mis cuatro amigos y yo nos ocupamos en nuestra instalación y en procurarnos los medios de asegurar la subsistencia.

(1) Comandante Sr. Llinos y Manso.

Se alquilaría una casa; el maestro de azúcar, que entendía el oficio, regentearía una dulcería, el tonelero le ayudaría en la preparación de los almíbares, mondar las frutas, cocerlas; el bohemio torcería tabaco y cocinaría para la familia; el rubio, el que parecía una dama, auxiliaría en lo que se ofreciera; el buen viejo, que no tenía un centavo, en suma, quedaba agregado á la casa para hacer la venta de los dulces en la calle.

Yo..... me ofrecería á las familias como profesor de enseñanza y si no hallaba empleo, también serviría de marmitón á aquellos buenos muchachos.

—Tú, con las letras te morirás de hambre!—me gritaba el rubio, desperezándose.

Nos ocupamos inmediatamente en la obra; se alquiló una pequeña casa, alegre, amplia; reunimos nuestros fondos que entregamos al gerente, y entre los más festivos comentarios, charlando y riendo, se hizo el pertrecho de cacharros, cacerolas, mesas, azúcares, frutas y demás materias primas con que debían dar comienzo las operaciones industriales.

¡Bravos corazones! con cuánto denuedo iban á afrontar la desgracia!

Deseándoles buena suerte, me despedí de ellos al día siguiente de nuestra llegada, por la tarde, y caballero en un mal jaco, acompañado por un guía, atravesando ríos, extensas sabanas selladas de pinares, recorrimos un camino de cinco leguas largas con objeto de presentar recomendaciones eficacísimas (1) á un labriego acomodado que necesitaba un maestro ó ayo para sus pequeñuelos.

Entrada la noche cruzamos á lo largo extensa y pintoresca guardarraya de cocoteros y naranjos y saludados por los ladridos de dos mastines respetables, cuyos ímpetus contenía un campesino dando voces, echamos pie

(1) Del Dr. D. José de la Luz Hernández.

á tierra á la puerta de sencilla, rústica y bellísima choza de blancas paredes, de pavimento enlosado y de techo de guano.

Cuatro chicuelos, prendidos, pegados á la falda de una campesina morena de ojos verdes, correctamente peinada y acicalada, á la luz de las candilejas que colgaban del techo nos mostraban sus rostros sonrientes, curiosos y azorados.

El jefe de la casa, alto, fornido, (1) vestido con el traje habitual del guajiro cubano, sujetó cortésmente el estribo y me estrechó la mano.

Saludar, sentarme, y entregar tímidamente mis cartas, fueron actos simultáneos.

Mientras las leía aquel buen hombre á la luz de una vela y sentado junto á una mesa de pino en el centro de la ancha sala, clavaba en él mis ojos, ansioso de penetrar en su rostro, naturalmente afable, si daría acogida al pretendido ayo de diez y siete años, cuyo aspecto casi infantil, era de por sí tan poco recomendable para el cargo.

Terminada la lectura, volvióse á mí sonriente y me preguntó:

—¿Cómo quedan las cosas en Cuba?..... y

(1) D. José de Jesús Márquez.

sin tratar del asunto que me interesaba, emprendió una conversación animada sobre los sucesos políticos, sobre las últimas noticias, las expediciones y los combates. Mientras nos servían un café confortante, que su misma mujer nos presentó con los más exquisitos modales, se exaltaba el buen campesino y empleando las frases más ardorosas y á la vez cultas, con una locuacidad que me cautivó, se mostró, sin ambages, ardiente simpatizador de la causa revolucionaria.

Se enteró del motivo de mi prisión y destierro y me acompañó al cuarto que me destinaba para pasar la noche, hablando siempre de la revolucíon y sin ocuparse un momento de las pretensiones del ayo.

¡Oh! primera noche pasada solo, sobre un lecho de sábanas blancas, bajo un techo hospitalario, después de tantos días de prisión y de comunismo en las cárceles! El cansancio consecuente al ejercicio á caballo, el aspecto de aquel hogar limpio en el que parecían albergarse la felicidad, la sencillez y la abundancia; la franqueza y cordialidad de los campesinos, todo, producía en mi ser agradable sensación de bienestar y confianza y cerré mis ojos; y por primera vez, después

de tantas noches de inquietudes y amarguras, el cuerpo halló reposo y vagó en deliciosos ensueños el espíritu extasiado.

Al romper el día salté contento del lecho y saludé á través de la ventana el verde prado, el cielo azul, los pájaros que trinaban en las ramas y al sol que doraba con sus primeros rayos el pintoresco paisaje! ¡Oh, libertad! qué hermosa eres, qué grata!

El jefe de la casa vino á saludarme. Después del desayuno pasamos á la sala donde la esposa me presentó á sus cuatro chicuelos; dos bellísimas niñas de trece y doce años, dos muchachos de diez y de ocho, respectivamente, alegres, picarescos y sanos.

—Examínelos usted, me dijo el padre. Y con grave continente, á la vista de los esposos, sumamente interesados en el acto, comencé mis funciones de *magíster* con toda la prosopopeya de un catedrático.

Pobres chicos! no estaban muy adelantados! les había dado lecciones un vagabundo, uno de esos infelices que el Gobierno envía á la Isla de Pinos, por *vagos*.

Al terminar el ejercicio me dijo el padre:

—¿Qué sueldo pide usted?

—Lo que usted pagaba antes, contesté sin saber cómo graduar mi honorario.

—Yo le pagaré el doble, exclamó.

Y quedé desde aquel día instalado en el seno de aquella familia adorable que endulzó con sus cuidados mis penas y sustituyó en mi destierro los tiernos, cariñosos y solícitos afectos de mis familiares.

***

Me consagré con placer y entusiasmo al trabajo. ¡Enseñar es una tarea tan noble y tan grata! Conducir las inteligencias infantiles de la sombra á la luz, explicarles el lenguaje, intrincarlas fácilmente, sin esfuerzo, en las difíciles combinaciones del cálculo; describirles la tierra; llevarlas extasiadas al cielo y hacerles ver las regulares evoluciones de los astros; rasgar, en suma, un día tras otro día, hilo á hilo, el velo de su ignorancia, no enaltece tanto al que recibe estas comunicaciones de ideas y con ellas va dándose cuenta de lo que es y de lo que vale, como proporciona satisfacción íntima, deleite y orgullo santo al que va regando con su palabra, con su esfuerzo constante, la savia vivificadora de la enseñanza. Como la madre que lacta da gozosa

la vida al niño, el maestro comunica con fruicíon al alumno toda la luz de su alma.

Dedicaba á mis lecciones las horas de la mañana y de la tarde. Durante el medio día, cubierto con un gran parasol,—cuyo nombre y oficio á veces cambiaba un aguacero importuno,—cruzaba á pie el largo trayecto de dos millas que separaba la finca (nombrada *Cuyo Bonito*) de la población próxima—Santa Fe—é iba allí á dar también lecciones á otros niños cuyos padres me solicitaron.

Las noches las consagraba á la lectura, á la tertulia del cortijo, sencilla y agradable, donde siempre se departía sobre la familia lejana y

sobre la suerte de la patria.

Si no feliz,—pues el destierro produce

siempre esa enfermedad del ánimo que se llama la nostalgia,—sentíame tranquilo, contento y satisfecho de poder ganar la vida con mi trabajo y de noticiar esta seguridad, como consuelo, á mi madre atribulada.

Los domingos al amanecer iba á caballo á la capital á pasar *la lista*, la revista de deportados.

Alineados en la plaza, ante el Gobernador y sus secuaces, los numerosos confinados, respondíamos á cada nombre leído en alta voz:—*Presente;* y nos marchábamos.

La ceremonia era humillante, propia de presidiarios; pero, acudíamos á ella riendo, charlando, como si fuésemos á una fiesta, á un punto de reunión plácido.

El destino ¡ay! quiso turbar con nuevos quebrantos el sosiego relativo de que disfrutaba en este estado.

***

Uno de los domingos en que salía de la finca para ir á Nueva Gerona á *la lista* de ordenanza, encabrítase el potro que montaba, da botes tremendos, corre desbocado y el inexperto jinete cae redondo sobre el campo.

Me había partido y dislocado un brazo. Corre la buena familia en mi auxilio, me

transladan al lecho, me despojan del ropaje .....lloran, gritan y producen en mi ánimo más pena sus sollozos que mis dolores.

Mas ¿quién ha de asistir al enfermo si no hay en cinco leguas á la redonda un cirujano?

Todo es moverse de un lugar á otro, lamentaciones y carreras.

Al cabo se piensa en un viejo setentón que en su juventud fué habilidoso barbero. El pobre anciano llega; apenas puede andar, el paso del caballo le ha molido; examina, cavila y más temeroso que el enfermo, opera: extiende el brazo quebrado; tira con fuerza hasta producir un estallido, un rechinamiento en los huesos. Entonces sonríe satisfecho; ciñe los vendajes y al terminar, exclama: —"Eso no es nada, ya está el hueso en su puesto."—Y se retira orondo, triunfante, como si hubiera operado un prodigio, sin comprender que me había dejado el brazo torcido y para siempre inútil é imperfecto.

Pero ¡ah! cómo compensaban los acerbos dolores físicos la ternura de los cuatro niños para su joven maestro! los cuidados, la solicitud de aquellos campesinos para el ayo, que más parecía en su casa otro hijo, un hermano de sus discípulos!

Los cuatro chicuelos se disputaban el deber de curarme, establecieron un turno; rodeadan mi lecho; me entretenían con su charla interminable en las largas veladas de inmovilidad que la lesión corporal me imponía; escogían del jardín las más bellas flores y engalanaban con ellas los muebles de mi alcoba; reflejaban

en sus frescos semblantes las angustias que el tormento me producía, y sonreían gozosos cuando me hallaban aliviado.

¡Angelicales criaturas! con qué suavísimos fulgores clarea las sombras de mi pasado su agradable recuerdo!

***

Solía, durante la convalecencia, visitar á

un viejo hostelero norteamericano (1) establecido en el vecino pueblo; pasaba con él largas horas departiendo sobre el porvenir político de Cuba, ó leyendo los periódicos de su país que recibía en cada correo y que daban cuenta de los sucesos corrientes.

Una noche la tertulia, compuesta además de tres huéspedes extranjeros, se aumentó con la visita de un industrial, un zapatero de la localidad, de aspecto rudo, de lenguaje vulgar y ademanes incorrectos.

Después de tratarse de asuntos banales, se llegó al tema permanente de actualidad, mientras yo guardaba un silencio discreto.

—Si yo fuera el Gobierno, exclamó el advenedizo, terminaría en breve la insurrección.

—¿De qué manera? le preguntó el yankee.

—Ah! replicó con jactancia y sin ninguna clase de miramientos, poniendo á los cubanos, cuarenta á cuarenta ante la boca de los cañones!

Los extranjeros sonrieron con pena; yo me puse de pie, miré á aquel desgraciado con

(1) Mr. Orc.

aire desdeñoso y me retiré del salón en silencio.

¡Tal era la cortesía de la época!

***

No repuesto de mis males; con el brazo lesionado sumamente adolorido, hice de nuevo á caballo el largo viaje á la Capital para asistir á *la lista* del domingo, formalidad imprescindible.

Mi amigo el bohemio se había impuesto la obligación de acompañarme en el trayecto, para ayudarme á montar y descender de la bestia y precaverme de un nuevo accidente.

Era la madrugada de un día de invierno; el camino rodeado de pinos, de zarzas, arbustos y malezas que formaban un callejón sumamente estrecho, descendía en acentuada pendiente hasta la márgen del río que debían vadear nuestras cabalgaduras; bajábamos paso á paso, yo á vanguardia, detrás mi compañero, sueltas las riendas, para que los expertos animales hallaran por sí mismos en aquella oscuridad el seguro sendero.

De súbito llega á mis oídos el sonido estridente que produce, al montarlo, el gatillo de un arma de fuego, al par que veo destacarse entre el sombrío follaje el contorno de un

cuerpo humano y oigo este grito lanzado con voz de trueno:—"Alto á la guardia civil!" —El hombre se acerca; tras él percibo otra sombra; veo brillar el cañon de una carabina, mientras la del primero está ya asestada sobre mi pecho: el crepúsculo matinal no me oculta su pequeña boca mortífera.—¿Es usted el maestro de Cayo Bonito?—pregunta aquel guardia civil cuyo uniforme distingo.—Yo

soy, respondo.—Pues eche pie á tierra..... Bajo, mejor dicho, desciendo del caballo y un dolor agudo penetra en la articulación de mi brazo enfermo, como si sufriese un nuevo descoyuntamiento. Pero, aquel dolor no es nada; no lo *siento*. Lo que me asalta, lo

que me agobia es la ira, la desesperación de verme indefenso y en la impotencia. El malvado me apostrofa, me increpa, me insulta, me llena de baldón, en tanto que mantiene clavado su fusil contra mi pecho.

Pero, el bohemio está allí; también ha descendido del caballo, se pega á mí; separa el arma con su brazo; se interpone entre el guardia y yo, como si intentase escudarme con su cuerpo; hace reflexiones, replica con calma, intenta contener la ira del energúmeno, haciendo gala de un raciocinio frío y sereno—¡Déjalos ir, grita desde lejos el otro guardia!

—Ande usted, exclama entonces, desmontando el arma, el agresor injusto; y si otra vez al oir hablar de *mambises* se levanta usted de su puesto, la guardia civil dará buena cuenta de usted.

¡Se había vengado de mi desdén el zapatero!.....

***

Informé de este suceso al Gobernador; me oyó con bondad; me ofreció poner remedio.

Una tarde, sentado con dos de mis amigos en rústico asiento de madera á la margen del río, que circundaba estrecha calzada ó alame-

da, entretenidos en dulce plática, vimos pasar montado en brioso corcel al Jefe militar de la Isla. Su Señoría andaba de paseo. Á pocos pasos vuelve bridas, se acerca, contiene al potro y grita con imperativo acento:—"¡Ponerse de pie! quítense ustedes los sombreros! ¿No han visto ustedes que pasaba el

señor Gobernador?"—Y clavó de nuevo las espuelas y nos quedamos con el cráneo descubierto y henchidos de ira y de vergüenza!

***

Para efectuar mis forzosos viajes dominicales pasé á la oficina á renovar el permiso escrito que se me extendía, valedero por meses, cada primer domingo de mes.—Necesita usted renovarlo todas las semanas, me dijo el Gobernador.

Objeté que se me había ortorgado siempre por meses.

—Calle usted, prorrumpió echando de sus ojos miradas iracundas y por sus labios un borbotón de imprecaciones y desvergüenzas!— Si replica usted nuevamente lo mando al correccional y al cepo!!

Oh! qué amargo sabor dejan en el alma tantas humillaciones y sufrimientos!!

***

Existían en Isla de Pinos dos grupos de confinados.

El de los *deportados comunes*, compuesto de rateros, presidiarios cumplidos, reincidentes, hombres de mal vivir incorregibles, vagabundos y ebrios consuetudinarios, la hez, en suma, de las ciudades de Cuba. Echábanlos en aquella Isla á montones, como se suelta un ganado en un prado para que él mismo elija y paste su hierba; pero con una diferencia en este caso en perjuicio del hombre, y es que su prado era estéril. Aquellos desgraciados pululaban por las calles harapientos, casi desnudos, descalzos. El Gobierno no los alimentaba ni les daba ocupación.

Se los penaba por *vagos* y la pena consistía en mantenerlos *vagando* en un país pobre y deshabitado. Se los veía en las esquinas, echados sobre las aceras ó en medio de las calles, pálidos, cadavéricos, escuálidos. ¡Feliz el que venciendo el natural recelo que su origen producía, lograba entrar en una casa donde por servir de doméstico, soportando la labor más ruda, sin más retribución, alcanzaba á título de limosna el sustento diario!..... Para los demás no había otro recurso que recoger como perros hambrientos los desechos, los despojos inmundos, en las puertas de las casas.

Era aquella ciudad diminuta, el centro de la mendicidad más repugnante!

Pero, al mismo tiempo estaban sujetos estos infelices á la más severa disciplina. Se les prohibía salir de la ciudad. Al toque de oraciones debían recogerse en

la *prevención;* un salón largo y estrecho donde dormían sobre las baldosas, amontonados y encerrados. ¡Ay del infeliz ebrio ó valetudinario que no llegaba á la hora de constituirse en el encierro! Los soldados de la guarnición recorrían en grupos las calles y repartiendo sendos garrotazos conducían á la galera á los retrasados.

Sus disputas, sus frecuentes faltas, sus gritos, se corregían diariamente, en plena calle, á palos. ¡Cuántos caían rendidos sobre la vía pública ó espiraban en la *prevención,* á donde eran conducidos, de resultas de aquel tratamiento inhumano!

¿Qué resultado podía producir este sistema de penalidad horrendo?..... El vicio, la relajación, el más absoluto rebajamiento de los seres humanos!

Algunos de esos desgraciados habían inventado un medio expedito para poner término á su suplicio. El crimen.

—Yo sé cómo salir de aquí,—decía un negro robusto, ágil, condenado á aquel confinamiento por camorrista y por vago;—al primero que pase, le doy una puñalada; me llevarán á Bejucal, á la cárcel, al presidio después, y allí á lo menos me dará de comer el Gobierno!

Este convencimiento de mejorar de suerte agravando la delincuencia, producía frecuentemente sus resultados.

Narro, y omito comentarios.

***

El segundo grupo de deportados era el de los infidentes.

Lo que de mí mismo he referido indica cuál era su miserable condición.

No eran encerrados en la *prevención*, pero vivían bajo un régimen arbitrario, y aquel salón infecto, aquella guarnición armada de palos, eran también para ellos constante amenaza.

Su número aumentaba todas las semanas. Los que tenían bienes de fortuna se proporcionaban las comodidades, las consideraciones que el dinero ofrece en todas partes. Pero, los más eran pobres. Los obreros vivían en la inacción más tediosa, en una tierra desprovista de toda clase de establecimientos fabriles; no había otro recurso que inventar pequeñas industrias y comerciar entre ellos mismos.

Unos pocos arrendaban pequeños lotes de terreno y se dedicaban á las faenas del campo, otros se empleaban como domésticos,

como mancebos; hubo quien, antiguo papelista, avezado á las luchas forenses, fué durante aquel destierro, modestísimo amanuense de un celador pedáneo!

¡Cuántas angustias sufridas! ¡Cuánta lágrima derramada! ¡Cuántos padres infelices, lamentando el abandono en que habían quedado en Cuba sus familiares, recibían á veces miserables socorros más amargos que confortantes, cuanto que suponían mayores privaciones y sacrificios de los que se los enviaban!

Pero, al fin, este grupo constituía una familia: entre todos existía un lazo de parentesco estrecho; la identidad de causa; el patriotismo. Auxiliábanse los unos á los otros; compartían el albergue; distribuían entre todos su pan; la caridad, la fraternidad en toda su augusta sencillez se practicaba naturalmente entre el montón de oprimidos á quienes hacía *unos* la misma aspiración y desgracia. El enfermo tenía siempre á su redor á los compañeros que sustituían con ternura á los familiares; y si alguno moría, lejos de su hogar y de la patria, hermanos cariñosos habían cerrado sus ojos, y en larga procesión acudían todos á llevar en hombros el féretro y á arrojar tristes y llorosos sobre

el cadáver, pedazos de aquella tierra de proscripción inhospitalaria.

***

Un *cañonero* abordó un día inesperadamente las costas de la isla. Las vibraciones de la sirena anunciaron su llegada á lo largo del río silencioso y tranquilo, cuyas ondas desde luengos años no había cortado la quilla de un bajel de guerra.—¿Qué trae? Se preguntaban las gentes y el mismo Gobernador de la plaza.

¡Oh! traía bastante cargamento. Traía setenta y siete deportados. Venían desde el Camagüey: prisioneros de la guerra, presentados, procedentes de diversas cárceles.

Llegaban sin equipajes, sin dinero, en la mayor desnudez, pálidos, desencajados, enfermos. Como nosotros oyeron en la plaza el discurso estereotipado del jefe y las dos palabras finales.

¡Podéis marcharos!

¿Á dónde podían ir aquellos desgraciados? Se miraron consternados! ¿Qué sería de ellos?.....

Pero, allí, en la calle, cerca del grupo, enterándose de sus cuitas, de sus penas,

había un hombre de corazón.—El bohemio!

—Vengan ustedes conmigo, les dijo, y los

llevó á una casa vacía que alquiló en el acto y los alojó en ella. Y fué de puerta en puerta pidiendo auxilios, camas, dinero, ropas, medicinas y alimentos para aquellos infelices que tuvieron en él durante muchos días, mientras se orientaban y se valían por sí mismos en el destierro, un amigo, un hermano, un padre, un director, un consejero!

***

Tan excesivo número de confinados, las miserias á que estaban sometidos, la ociosidad forzosa, la presunción del deseo natural de combatir el sufrimiento, llegaron á producir recelos. El Gobernador pidió y obtuvo que

un *cañonero* estuviese permanentemente en el río, anclado junto al muelle, mostrando como amenaza á los deportados el cañón silencioso, largo, bruñido, cuyo peso parecía hundir la quilla del frágil barquichuelo.

No sé si fueron ó no justificados esos temores; no sé si en verdad la desesperación ó un patriotismo exaltado hizo concebirlos. Sé que un día (ausente yo de aquella isla) fueron acusados y encerrados en la temida prevención presuntos jefes de un movimiento; sé que la justicia tremenda ejercida en aquel asilo del despotismo y de la miseria, se cebó cruelmente en los desventurados detenidos; sé que uncidos al potro, no por balas homicidas, sino recibiendo en las espaldas humillantes garrotazos, prodigados por los soldados de la guarnición empedernida, expiraron ay! muchos que ó fueron víctimas de acusación injusta, de un ensañamiento salvaje, ó de un deseo patriótico, valiente y generoso.

De todas suertes, guarde la historia el recuerdo de su martirio.

***

Mi madre, á quien en cada correo llevaban mis cartas revelaciones sentidas de la nostalgia mortal que me consumía, luchaba en

tanto tenazmente por redimirme. Había pedido audiencia á todos los Generales propietarios ó interinos que se sucedieron en el gobierno de Cuba en aquellos días anormales; había gastado con sus huellas, en constante subir y bajar, los peldaños de las escaleras; permanecía largas horas en las antesalas para lograr ser oída.—No es inocente, pero tiene diez y ocho años, decía llorando, vengo á pedir la libertad de mi hijo.

No la recibían, no la escuchaban; le daban una resolución negativa y regresaba á Güines, triste, abrumada, pero no vencida. Volvía!

Su tenacidad llegó á ser fastidiosa: si no movió á piedad, se quiso tal vez librarse de ella, y el gobernante firmó al fin el decreto y se conmutó por la Habana el lugar de mi confinamiento.

***

Sentado sobre la cubierta del barquichuelo que me conducía vi con tristeza desaparecer en el horizonte las verdes orillas, los brumosos picos de las montañas de aquella isla, á la cual llegué, diez meses antes, preso, con las rosas de la infancia y los resplandores de la salud en las mejillas; de donde partía

enfermo, inválido, con el rostro enjuto y pálido de un tísico; y mis ojos se llenaron de lágrimas recordando que quedaban en ella sufrientes mis cuatro amigos, mis caros compañeros de infortunio, cuyos últimos abrazos de despedida aun me conmovían, y aquel sencillo hogar de campesinos en cuyo seno cariñoso viví consolado por el amor de una santa familia!

# IX

# Una carta al Bohemio

Habana, junio de 1870.

Ofrecí escribirte á mi llegada y cumpliré periódicamente mi promesa. Sé lo que vale una carta en el destierro; sus palabras llevan el calor de la mano que las traza, el aliento de la persona que las dicta, la imagen de los que están lejos y no nos olvidan. No habré de escatimarte este consuelo.

Llegamos á puerto de noche; el vaporcillo atracó silenciosamente en el ancho muelle y

yo descendí en el acto para pisar de nuevo esta tierra querida, causa de nuestras penas. Recorrí la pequeña población (Batabanó) oscura y desierta. Ni una cara amiga; en algunos bodegones grupos de jugadores ó de ociosos cubiertos con el jipijapa adornado de imprescindible escarapela. Hasta el cielo me pareció sombrío, oscuro, faltas de luz y esplendor las estrellas.

¿Por qué la vuelta á la patria me infundió tan honda melancolía?

Pasé la noche á bordo, agitado, nervioso, en un molesto insomnio. El sol de la mañana, nuestro cielo azul y brillante me hallaron despierto y esperando sus resplandores.

El silbido de la locomotora que había de acercarme á mi madre acabó de reanimarme. La pobre me aguardaba en la estación cercana. ¿Quieres que te pinte la efusión de sus abrazos y que te trasmita el calor de sus besos?.....

Seguimos el viaje juntos; mi mano entre las suyas; hablándonos á la vez, oyéndonos poco por el afán de escucharnos mucho; cruzándose una y otra y otra preguntas antes de terminarse las respuestas.

Nos hospedamos en una casa amiga.

Á medio día acudí al Gobierno con mi boleta de confinado. Subí una alta escalera; me detuve ante un portero que me miró desdeñosamente después de leer mis papeles y que sin duda enterado de *lo que yo era*, me tuvo media hora de pie aguardando, sin moverse de su asiento. Al cabo me hizo pasar á un despacho atestado de estantes y mesas, en el que fumaban, reían y hablaban en alta voz de silla á silla, empleados y escribientes. Uno de ellos, vestido de uniforme, tomó *mi credencial*, la leyó, le dió dos ó tres vueltas, se levantó, habló con sus compañeros, que echaban sobre mí miradas significativas, como si fuese cosa curiosa, y así estuve una hora larga, de pie, abochornado y en silencio.

—Lleve usted al inspector del distrito, me dijo el militar entregándome otro pliego.

Pues que estaba abierto, lo leí en la calle. Me *remitían* y yo mismo llevaba mi recomendación, á dicho funcionario: "Infidente *sujeto* á la más estrecha vigilancia."

El inspector del distrito fué más cortés. Tampoco me dió asiento, pero me proveyó de una cédula que llevaba impresas dos grandes letras *V. P.* y me cobró unos reales de derechos.

—Se presentará usted todos los días en la

oficina hasta nueva orden, me dijo. Y salí con un certificado de presidiario en los bolsillos.

Tengo, como ves, la ciudad por cárcel, pero, al cabo, es una cárcel de calles largas y anchas, con plazas y teatros y vehículos y luces y ruido, donde tropiezo á toda hora y en todas partes con militares y pelotones, con bayonetas y sables..... ¡Todo el mundo es voluntario! Por las mañanas música y clarines y tropas recorren las calles; es que se distribuyen las guardias. Por las noches están los parques ocupados por los bisoños en ejercicio. No se oye más que el penetrante silbo de las cornetas, ni se ve otra cosa que fusiles. Las gentes van á las oficinas de uniforme; los mancebos de tiendas despachan de uniforme; los porteros de los teatros están de uniforme; ¡maestros de escuela con uniforme!, hasta algunos niños llevan al colegio la carpeta sobre las correas del uniforme (1).

Mi madre regresó á Güines, á la vieja casa donde quedaron ansiosas de verme y abrazarme mis hermanas.

Ahora verás todo lo que prevé una madre.

---

(1) Este espectáculo lo dió, entre otros institutos de enseñanza, el llamado *Colegio Español de Santiago Apóstol*, fundado en aquellos días "para españolizar," según lo proclamaba en sus mismos estatutos.

Me dejó instalado en una casa amiga mientras me coloco ó establezco; una buena familia.—¡Cuidenlo mucho!—decía.—Está tan flaco y tan pálido! Estas buenas gentes, que me aman desde niño, hacen lo posible!

El jefe de la casa es un viejo montañés, hombre sano, pero adusto.

Como es peninsular, mi madre ha querido dejarme á su guarda, para que á su sombra esté libre de asechanzas, persecuciones y peligros (1). Dormimos en una misma habitación; su lecho pegado al mío. ¿Qué tarea crees tú que se ha impuesto de la mejor buena fe este excelente sujeto? ¡La de hacerme cobrar aversión á la causa porque fuí preso!

Me supone arrepentido, y mientras yo callo, agota con gangosa voz el tema. Paréceme que sufre desvelos y los entretiene conmigo. Me lee las noticias de los periódicos; los partes oficiales de la guerra. ¡Qué comentarios y qué calificativos!—¡Con qué gentes ibas á juntarte!—me decía.

Como comprenderás, esta tertulia no sólo me contraría, sino me subleva.

(1) D. Tomás Rodríguez: vive aún: mi gratitud le alcanza y no se disminuye porque haga resaltar sus preocupaciones políticas.

Esta mañana recogí mi maleta.—Estoy colocado, he dicho, y me he marchado.

Lo que es esta noche no tiene á quien convencer el buen viejo. Estoy seguro de que, desvelado, va á echar de menos mi ausencia.

Pero no tengo colocación ninguna. He quemado las naves. Sigue leyendo y entérate.

Todos los días á las tres de la tarde acudo á la Inspección á presentarme. Entro, me descubro.—Buenas tardes!—digo; el señor inspector me mira si está ocioso ó me deja de pie un buen rato.—Vaya usted con Dios,—dice al fin,—y me marcho. A veces he ido hasta tres veces sin hallarle.

—Cuando no esté yo, me ha dicho, preséntese usted al portero.

En la Inspección encontré á un amigo; otro infeliz que también viene á presentarse. ¿Te acuerdas de aquel joven barbero que en los primeros días de excitación política, en nuestro pueblo, interrumpió el orden en un baile, riñendo con un oficial de milicias que penetró de uniforme en la sala?

Pues este es mi compañero. Viene á la *presentación* bufando; el acto le irrita, le exaspera; padece de rabia (1).

(1) Juan Tournié.

El portero del inspector es un buen chico; fuma tabacos y toma á todas horas la mañana. Con dos ó tres *convidadas* nos hemos entendido. Si alguna vez falto á presentarme, él me guardará las espaldas.

Falté un día y no hubo novedad; falté otro, é incurrí en el abuso. La impunidad es tentadora. Dejé pasar tres días sin presentarme. Cuando recordé que había inspectores y consigna, volví. Al portero lo habían separado; el señor inspector (1) me recibió con cara de turco, me llenó de desvergüenzas; le faltó poco para pegarme.—He estado enfermo, dije,—y esto sirvió para que se aplacara.

Al salir entraba el barbero; le esperé para compartir su furia cuotidiana y consolarnos.

Entonces me fijé en un cartelito clavado en la puerta de la inspección con cuatro corchos atravesados por gruesas puntillas de hierro:—una á cada ángulo del papel,—*Se alquila un cuarto á hombres solos*,—decía.

—¿Quieres hacer una buena? le dije al émulo de Fígaro. Alquilemos los dos ese cuarto; viviendo en la casa, el inspector nos

(1) D. José María Araujo.

verá á menudo y estaremos constantemente presentados.

Dicho y hecho; vimos y ajustamos el local, entregamos un anticipo y nos metimos en la jaula del león, para estar de cuerpos presentes y evitarnos la humillación de las presentaciones.

Así salí de los desvelos y consejos del excelente montañés y maté de un tiro dos pájaros.

Aquí me tienes, pues, instalado en un pequeño gabinete alto; dos camas, dos baúles, dos sillas, un candelero; el mes de alquiler pagado; en el bolsillo escasísimos reales y en el alma no sé cuántos proyectos ni cuántas juveniles esperanzas.

Por la ventana entreabierta, mientras te escribo, miro al cielo, siempre azul, siempre bello, siempre ancho; abajo, en mi propia casa, oigo la voz y miro á veces la faz adusta de mi casero.....y carcelero.

Recibe un abrazo.

# X

# Otra carta al Bohemio

Habana, setiembre de 1870.

No te escribo hace tiempo: ¿te he olvidado?.....¡ah! no lo creas.

Mis asuntos han venido á menos. La sociedad está disuelta; el barbero encontró un destino y se marchó. Yo no podía pagar solo el alquiler y también he recogido mis trastos. Vivo ahora un cuartito más reducido; una zahurda, una barbacoa, una especie de agujero. Debajo están las caba-

llerizas de un establo; por la ventana que da la patio, penetra un aire saturado de aromas.....poco agradables; la vecindad compuesta de turba abigarrada, blancos, chinos y negros, peones, caballericeros, lavanderas, que ocupan la larga serie de cuartitos construídos sobre el techo de las cuadras, no es muy selecta (1). Sus diálogos animados, su vocerío, sus disputas, crispan mis nervios; las pisadas de los animales durante la noche, clavando las herraduras en el piso de madera, turban el sueño, pero.....aquí me tienes tranquilo, resignado, hasta contento, aguardando tiempos más bonancibles.

Quiero estudiar, recuperar los meses perdidos, ganar años académicos. Ahora que estoy manco, que de nada sirvo, vuelve á despertar en mí el deseo de ser algo, de no quedarme en la vida en el número de los inútiles.

Aquí, sobre el baúl que hace de diván, sobre la silla, en mi lecho, están mis libros; me convidan, me incitan; me dicen:—estudia; no te quedes rezagado; aspira, lucha, elévate.

(1) En la calle de la Amistad número 78 existía, en la época á que me refiero, este establo y casa de vecindad. Después se ha construído allí una elegante vivienda.

Pero, no tengo dinero. He consumido todo lo que mi pobre madre ha podido enviarme.

Pedirle más, referirle mis estrecheces es aumentar las de aquel hogar querido que ella con su abnegación y sus heroicos empeños difícilmente sostiene.

Todos los días salgo á la calle en solicitud de ocupación, de un empleo que me permita acometer á esos libros,—que parece que me miran entristecidos,— asistir á clases y ganar los cursos universitarios.

Todas las noches vuelvo á mi cuartito con los zapatos más descosidos, con la levita raída más llena de polvo, con la camisa de cuello y puños desgarrados, humedecidos por el sudor y ribeteados con un tinte negruzco que me repugna y que me entretengo en limpiar cuando están secos, para estar más presentable al día siguiente.

Como es natural, solicito emplearme como ayo ó profesor en los colegios. Esto se compadece con mis aspiraciones de estudiante. Procuro las recomendaciones: llego.—No hay plaza vacante, me dicen.

Algunas veces tropiezo con un director expansivo; me hace preguntas, se entera de las asignaturas que puedo enseñar, veo el

cielo abierto; pero cuando sabe que soy un *vigilado político*, frunce el ceño, se asusta y me mira temeroso, como diciendo:—Váyase usted; usted me compromete.

¡Ah! Estas dos letras *V. P.* de mi cédula, son como la lepra; hay que ocultar la mancha; cubrir la piel; que no se vea.

Ya que no hallo colegios donde me admitan por un pobre sueldo, hay que pensar en otra cosa; con este brazo torcido, que todavía me duele, ni siquiera sueño en ser escribiente. Se puede ser cobrador de cuentas; agente de negocios, pasante de corredores..... no, lo que es de holgazán no me quedo. Y buscando en qué ocuparme y cavilando pasa el tiempo.

Pero, el empleo no viene; y hay que buscar modo de no morirse de hambre!

Uno de esos días me desperté mal humorado, ¡no tenía un centavo! tendido sobre la cama, mirando al techo, me llegó la hora del almuerzo. Había pagado una quincena adelantada al fondista y los quince días transcurrieron. ¡Si vieras la fonda! Un saloncito cuadrado, atestado de mesas, en el Mercado; mucha gente sin blusa, mucho gañán hambriento! Se come barato, abun-

dante; la sociedad no es muy buena, pero el que tiene el plato delante, bien lleno, no necesita conversar más que con su cubierto!

Como no tenía al despertar los nueve pesos de la segunda quincena, quedéme acostado.

Podía convidarme á casa de un amigo; del viejo montañés, por ejemplo; pero ¿no crees tú que eso de ir á almorzar á casa ajena el día en que no se tiene dinero es desagradable?..... Se llega indeciso, cortado, parece que en la cara le conocen á uno que está hambriento!

¡Nada, no voy; no tengo apetito.....para acallarlo, si aprieta, me pongo á hacer versos!

Á mediodía tuve una visita; un pobre amigo; un pariente desventurado (1) á quien desde la niñez han perseguido todas las calamidades, las miserias y las penas y que sin embargo conserva el ánimo siempre juvenil, siempre alegre. Á los diez y seis años, porque era un remolón y un mala cabeza y no aprendía oficios, su padre lo hizo soldado. Sirvió al rey y cumplió.....mal acaso, porque no tuvo ascenso; se casó luego, tuvo hijos y en un día el cólera le llevó toda su familia. Ahora recorre las calles ejerciendo no sé

(1) Manuel Valdés, hijo de Güines.

cuántas industrias.....y creo que sigue siendo tan mala cabeza como cuando su padre lo afilió en un regimiento.

Pues este desgraciado, que siente por mí un cariño que raya en idolatría, que me visita á menudo, que me refiere sus penas riendo, ha sido ayer mi Providencia.

—Tengo un destino para ti, me ha dicho al entrar, y he saltado en el acto del lecho!

Hay ahora en esta capital, que parece un cuartel ó plaza sitiada, una mala importación de las costumbres europeas; un café cantante. Hasta hace poco en materia de espectáculos teníamos los teatros, la plaza de toros, los circos, los panoramas; ello bastaba al refocilamiento del pueblo habanero. El café cantante es cosa completamente nueva.

Como los madrileños lo tomaron de los parisienses, aquí se ha tomado de los madrileños.

Pero, la novedad ha llegado hasta nosotros transformada, empobrecida, repugnante, como todo lo que pasa de París á Madrid y de Madrid á la Habana.

Figúrate un ancho salón en el piso bajo de una casa que hace esquina á dos calles: las puertas que dan á ambos frentes se mantienen cerradas, dejando abiertos solamente unos ventanillos

en la parte superior, por los que, si penetra poco aire, llegan los ruidos de la calle, muy transitada, el estrépito de los vehículos y la

vocería de los aurigas. La puerta principal está entornada, dejando el paso necesario para la entrada de los espectadores que tienen acceso después de haber satisfecho á un portero,—mal vestido, en mangas de camisa, con los puños remangados,—veinte y cinco centavos que les dan derecho á tomar un refresco y á presenciar el espectáculo.

La sala está atestada de mesas y de sillas, ocupadas en la más revuelta confusión, por una multitud abigarrada.

¡Qué público, Dios mío! si puede llamarse público á la chusma! Marineros con sus blusas azules y sus gorras con anclas y letreros

pintorreteados echadas hacia atrás, con la pipa humeante entre los dientes, el vaso de ron delante, aspirando las delicias de la tierra firme y exhalando su gozo con gritos y carcajadas. Peones, jornaleros, carreteros; la *crême* de los descamisados, sin blusas la mayor parte, con camisetas de punto muchos, manchadas por el sudor, el polvo y la grasa; bebedores todos de buena ley, ávidos de risa, de algazara; soldados, reclutas recién llegados que se preparan para salir á campaña y apuran los placeres baratos que la ciudad tiene en su seno, contando los minutos para retirarse y llegar al cuartel á la hora de la consigna; voluntarios que vienen de los cuerpos de guardia y ostentan su uniforme limpio, sus correas embetunadas, ante aquellos bisoños mal vestidos que los miran asombrados; algunas mujeres descocadas con el seno abierto, que también fuman, beben y gritan; mercaderes desocupados del barrio que en chanclas, la levita suelta, van á reposar de la labor del día y están allí con aire aristocrático, medio graves, medio sonrientes..... ese es el público cuotidiano que llena, por las noches, el salón del café cantante. Á la derecha la cantina donde chocan y suenan

constantemente las bandejas y los vasos que traen y llevan por entre las mesas y sillas mozos sin levita; más adentro un billar en el que los jugadores se ejercitan y chillan durante las representaciones, ó sueltan el taco é interrumpen la partida para no perder una escena interesante ú oir los gorgoritos de la tiple. Mucho humo, mucho calor, mucha algazara, mucho ruido, y en el fondo un pequeño escenario, un telón mal pintado..... ¡¡el Templo de Talía!!

Allí se entonan canciones alegres; se ejecutan bailes picarescos; se representa todas las noches un acto de zarzuela ó de comedia: mientras más grosero y más burdo el chiste, mayor la alegría del patio y más sonora la grita y el aplauso (1).

El apuntador de aquella *troupe* de comediantes se había marchado; mi amigo el *licenciado* de ejército, tertuliano del salón y amigo del empresario presentó mi candidatura; estaba aceptado y venía por mí. Setenta y cinco centavos diarios; una hora de ensayo por el día, otra de función por la noche, y héteme aquí que ingreso, sin pen-

(1) Existió este salón algún tiempo en la calle de la Habana esquina á la de Amargura.

sarlo ni soñarlo, en esa gran familia de bohemios que se dan el nombre de artistas dramáticos!

El oficio me pareció al principio fácil; pasar por debajo del tablado con el libro en una mano, la vela en la otra; sentarme bajo la *concha*, leer en alta voz el diálogo, sonar un pito al terminar el acto..... y más nada.

Pues, no! tú no sabes todo lo que tiene que hacer y sufrir ese desventurado apuntador, metido en un agujero entre los artistas que declaman y los espectadores que no lo ven. No ha de leer solamente; ha de repetir la frase al actor que se descuida, que ganguea, que no lo oye; señalar con el dedo al que ha de replicar; comunicar á su voz la inflexión que el cómico debe darle; tener los ojos en el libro y en la escena; indicar con el gesto las salidas, los apartes, los paseos, los gestos, los actos; realizar allí en su concha todos los papeles, el de característico, el de dama joven, el de galán, el gracioso, el del criado, todos; él es, en suma, la obra, el responsable del éxito que de él depende, que á él se debe siempre en gran parte; y, sin embargo, como no está visible, nunca participa de los aplausos! Y después, hay que oir lo que lo vapu-

lean entre bastidores. La dama que no obtuvo un aplauso en el instante que ella soñaba, lo atribuye al apuntador que no fué oportuno; el barba que no se sabe el papel y trabucó la frase, echa pestes contra el apunte que fué confuso y tardío; el galán joven que es un presuntuoso y se comió una redondilla en un momento de lance, no tiene más recurso que decir:—El apuntador es un animal! ¡Todos le tiran, lo punzan y descargan sobre él la culpa de sus errores é incapacidades!

Afortunadamente, el único que no le culpa es el empresario, que sonríe..... y sabe que los malos artistas tienen esas excusas en todas partes.

Por las noches llego; atravieso con la cabeza baja la sala repleta de bebedores y descamisados; sepulto en mi pecho la vergüenza, la repugnancia que me produce su contacto; entro en el escenario, ocupo mi puesto, apunto, oigo al salir con mal gesto ó calma la lluvia de acusaciones de los cómicos malvados, recojo del empresario los siete reales y medio del jornal y vuelvo á mi cuarto, no sé si contento ó si triste de haber ganado en tan mala compañía el mísero salario.

Á veces hablo algunas palabras con el maestro de la *orquesta*; un profesor de violín que ameniza los entreactos y acompaña á los cantantes junto al piano.

Es una persona distinguida por su porte y sus modales (1). Paréceme que él también se siente mal en aquel templo del arte rebajado; paréceme que también penetra allí con la cabeza baja y que en su casa, como yo, no sabrá si su salario es dulce ó amargo!

Ayer he concurrido por última vez al ensayo.—Vaya usted leyendo eso: me dijo el empresario, que hace las veces de director de escena, de cómico, de cartelero, de ecónomo, de todo.....

Y puso en mis manos un libreto manuscrito.....

*Lo que pasa en la manigua.* ¡Dios mío! ¿cómo he podido leer todas esas páginas! ¿cómo he podido después apuntarlas sin arrojar con ira y desprecio el libro.....ese aborto literario que seguramente alcanzará un gran éxito!

Lugar: un campamento insurrecto, bohíos,

(1) Es un artista verdaderamente distinguido. No lastimaré su susceptibilidad si escribo aquí su nombre, D. Anselmo López: el que lucha en la adversidad y triunfa como él ha triunfado, no puede condenar estos recuerdos.

hamacas. Personajes: una partida de insurgentes famélicos, abigarrados, viciosos; que sólo sueñan con el robo y el pillaje; indisciplinados, cobardes; un cabecilla insurrecto que ha raptado una joven á quien requiere con ansias libidinosas y la cual, á su vez, ama á un jefe del ejército, dechado de todas las perfecciones; llegada de este oficial en busca de su amada, solo; escena violenta entre los dos rivales; el primero, es de rigor, exhibe toda su monstruosidad y cobardía. El segundo está perdido.....mas, se acercan las tropas del Gobierno. Suenan disparos, huyen los insurgentes, el raptor muere y la niña se echa en brazos de su amante ensalzando á sus salvadores!

No me ocupo de los personajes secundarios sino de los versos. ¡Qué versos! patrióticas declamaciones, insultos, dicterios, el fango de las calles, del cenagal inmundo; toda la escoria del universo arrojada sobre los defensores de la insurrección cubana; baba inmunda echada á chorros sobre su bandera!

Al terminar el ensayo me he sentido con fiebre! Miserable, pensaba, que no tiras ese papel y no protestas! Mi voz ha debido expresar, mientras leía, la borrasca que

agitaba mi cerebro! ¡Oh, no, basta con lo que he sufrido.....maldito sea el jornal que me impone tales humillaciones! Anoche no he asistido al espectáculo, ni vuelvo más! que busque otro apuntador el empresario! No tengo un centavo, no sé qué hacer..... pero ¿no procederías tú del mismo modo?

¡Oh, sí! tú, como yo, preferirás á la indignidad las privaciones y la miseria.

Hasta otro día.

# XI

# Carta del Bohemio al Autor

Isla de Pinos, octubre 20 de 1870.

No me escribas más á esta Isla endemoniada, donde, desde que te fuiste, he vivido como alma en pena.

Vienen por la salud muchos enfermos, y yo en ella hace dos meses que estaba muriendo.

Pero al fin me marcho; ni siquiera llevo

equipaje, aunque no me queda más que las ropas pegadas al cuerpo.

¿Cómo, me preguntarás, tú que no tienes amigos, ni influencias, ni nadie que pida y haga por ti, has alcanzado que te conmuten el confinamiento? Pues es muy sencillo. Estaba desesperado; los treinta centavos diarios que me pagaba un tabaquero *cicaterón* por pasar nueve horas doblado á la mesa torciendo toda una *tarea*, no me alcanzaban para el bocado que dividía con otros deportados más míseros que yo. ¡Qué jornal! Sin ropas, sin dinero, era para echarme al río.

Pero, me ocurrió una idea. El vapor partía por la tarde. Compro una hoja de papel sellado; me siento á una mesa y con esta mala letra que Dios me ha dado y con este estilo que es más claro que la letra, escribo un memorial ¿á quién te figuras?..... al Capitán General en persona!—"Me estoy muriendo de hambre ¡aquí no hay trabajo! soy un hombre honrado! Concédame vuecencia el traslado á Cuba, á la Habana, á Matanzas, á donde quiera!". Pongo en su cubierta el papel; escribo la dirección á Su Excelencia; le estampo un sello y para que aquí no me la intercepten, la echo yo mismo.

en el buzón del vaporcito anclado en el muelle.

¡Allá va mi carta; sabe el cielo qué será de ella!

—¿Quién me escribe?—se preguntaría el General al abrir el pliego. ¿Le hizo gracia? ¿Le conmovió el estilo claro, la verdad dicha sin rodeos?.....

No lo sé; pero, á correo vuelto, sin tramitación, sin informes, sin nada, mi memorial volvió decretado: "*Como se pide;*" ni más, ni menos.

Marcho, pues, á Matanzas; me confinan en la ciudad de los dos ríos, y desde allí..... quién sabe!.....ya veremos.....Adiós! digo ya á los pinares monótonos para los que tú, poeta, tuviste sentidos cantares; adiós á la Sierra de Mármol que tiene el aspecto de losa sepulcral..... ¡Isla miserable, donde hemos sufrido tanto!.....ahí te quedas!

# XII

# Tercera carta al Bohemio

Güines, diciembre de 1870.

¡Dichoso tú que tienes ánimo varonil y que disfrutas el vigor de la juventud; las riquezas de la salud y del hombre fuerte! Yo siento ya el espíritu apocado y mi rostro está cada día más pálido y mi cuerpo más endeble!

Puesto que es una crónica nuestra correspondencia, lee. Tengo ¡ay! tantas cosas que referirte.

Libre ya del café cantante, dediqué las

noches á mi amigo el barbero; pasaba en su compañía la velada; leía en un rincón del obrador mientras él trabajaba, y cuando concluía charlábamos. En estas tertulias tomaban parte sus compañeros; son jóvenes alegres, demasiado alegres, y su trato me deleita; me hace olvidar mis disgustos. El salón es muy concurrido; ocupa un lugar céntrico y su dueño (1) pretende ser el *Fígaro* de moda: es un sujeto decidor, francote; conoce mi situación y me hace el obsequio de interesarse por mi suerte. Como soy un ocioso, un vagabundo, un perdulario, paso allí largas horas, recogido, con la cara mustia y la mayor parte del tiempo leyendo.

No tengo gas en mi cuarto y utilizo el que se consume de más en la barbería. Allí donde tantas gentes entran y salen y hablan y ríen, yo siempre guardo silencio. Todas las noches viene á hacerse la barba un personaje; un alto empleado del Gobierno (2), robusto, bien plantado, locuaz, con aire perfectamente satisfecho. Cuando entra, los aprendices corren solícitos á quitarle el sombrero, el dueño le sonríe; los oficiales lo

(1) Regino Cabrera. Antiguo Salón América.
(2) D. Manuel Crespo Quintana.

saludan.....todos á cual más afanosos y corteses. Mientras él está allí nadie ríe, nadie alza la voz: orden perfecto; hasta los sillones parecen orgullosos de que se siente en ellos aquel parroquiano excepcional.

El buen señor se ha fijado en mí; llámale la atención el mozalbete que halla todas las noches en un rincón, el libro en la mano, engolfado en la lectura; pregunta al dueño, que no cede á nadie el honor de afeitarle; le cuenta mi historia, le habla de mi deportación, del brazo roto, de mis estudios; de mi pobreza, de mi madre ausente, y el personaje se enternece.....vuélvese á mí, me llama, y como si me conociera desde mucho tiempo, dice:—Vete mañana al gobierno y tendrás lo que quieras.

¿Qué he de pedir, Dios mío, más que licencia para volver á mi casa, al viejo hogar donde al lado de mi madre y mis hermanos será mayor la pobreza, con una boca más, pero menor la mía: ¿dónde hallaré cuidados y cariño; dónde podré esperar más tranquilo que la fortuna ó el azar disipen las nieblas de ese porvenir que ahora me parece tan sombrío?

El buen señor cumple su palabra; obtengo la licencia.

Pero, para ausentarme se ofrece otro serio inconveniente. Quiero matricularme, seguir los estudios en casa para volver en la época de exámenes á ganar los años académicos. La asistencia á clases es obligatoria.

¿Cómo ganar el curso estando ausente?

Visito al antiguo profesor y amigo (1) que con el poeta logró en otro tiempo abrirme las puertas del gran colegio, y que siempre ha tenido para mí cariño, estímulo y palabras de aliento! Por su mediación la cosa está resuelta. Logra que el Director de un instituto privado (2) me matricule entre sus alumnos; la obligación de asistir á clases será por él excusada. Mas, debo entregar el importe de las matrículas.....¡veinte y cinco pesos! y no los tengo!

Ah! sí; llevo en el bolsillo una prenda valiosísima! Un lindo reloj de oro que al partir, me dieron como recuerdo aquellos cuatro ángeles de Isla de Pinos; delicado obsequio inspirado y preparado por los padres campesinos para significar el amor de los discípulos á su joven maestro.

¡Prenda conservada con cariño uno y otro

(1) D. Francisco Calcagno.
(2) D. Esteban de Sotolongo.

día, disputada tantas veces á otras necesidades urgentes! la pierdo! Allá queda en las voraces alacenas de un prestamista! ¿Quién la recuperará del empeño!

La matrícula está pagada!

Parto al fin! en la estación, sonrientes, gozosos, mi madre y mis hermanos me esperan. Oh! qué abrazos tan apretados; qué ardorosísimos besos!..... Pero, qué miro! mi hermano menor, que dejé de ver hace quince meses, lleno de vida, con la tez rosada, ágil, vivaracho, alegre ¿por qué tiene ahora la faz marchita, los ojos hundidos, las pupilas apagadas, la angustia en el semblante, la voz débil?..... Mi pobre madre apenas ha acabado de abrazarme y de disfrutar momentánea alegría por volver á verme, me dice con profunda tristeza:—¡Está enfermo!.....

No bien he llegado tengo que acudir á casa del Gobernador á presentar mis papeles.

En el trayecto, veo que salen á las puertas de sus tiendas los mercaderes; me miran; hablan entre sí; parece como que les irrita verme suelto. ¡Que les molesta que vuelva!... Paso con mi cabeza alta; sin saludar.

—¿Por qué has venido?..... No estés aquí; me dice inquieto alguno de los pocos amigos

que salen á saludarme al paso.—¡Ah! después de todas las humillaciones que he sufrido, no me queda otro peligro que arrostrar que la muerte! Vuelvo á mi casa! estoy en mi derecho!

El gobernador me recibe secamente, recoge mis papeles.

—Está bien: exclama: al marcharse vuelva usted por ellos.

¡Qué sabroso, qué placentero el primer almuerzo en la casa materna después de tan larga y penosa ausencia! La mesa está adornada con flores que mis hermanas han recogido del patio para festejarme; se han

sacado los más limpios manteles y la modesta vajilla reservada para algunos días selectos; mi madre ha aderezado los platos que sabe que han sido siempre de mi gusto. Ninguno

come: están todos oyéndome, pegados á mí; asediándome con sus preguntas, con sus cuidados; me acarician con la mano; cada uno me ofrece un bocado; quieren que coma de todo, á un tiempo; que engorde; que me ponga bueno! hasta el pobre niño enfermo se ríe y habla y me cuenta sus historietas!..... un perrillo que está en la casa hace muchos años también salta sobre mis piernas, y mueve su cola y ladra gozoso participando de la alegría de sus amos! Oh! un cuarto de hora de estos goces íntimos, sacrosantos, compensa sobradamente los largos meses de amarguras!

Pero..... ¡no ha acabado todo! un guardia llama á la puerta.—"El ama de la casa y usted que se presenten en el acto al comisario," me dice; y la zozobra y la inquietud suceden á la alegría de aquellos instantes.

—Quédate tú—digo á mi madre, después de tranquilizarla, yo voy solo á enterarme de lo que se trata.—Es muy sencillo. El comisario está intrigado por los mercaderes; hay que conservar el destino y darles gusto, ¡que sepa con quiénes se ha metido ese infidente! El funcionario me manifiesta que mi madre está incursa en una multa de cincuenta pesos por no participarle que me ha dado aloja-

miento; yo en otra de veinte y cinco pesos por no haberle presentado mi cédula. Como es natural, me defiendo:—He presentado al Gobernador mis papeles; á él estaban dirigidos, no tengo otros, él los tiene.

El comisario, aunque convencido, hace gala de benevolencia y por aquella vez absuelve; basta la amonestación (1).

Y vuelvo á casa convencido de que en ella y en mi pueblo será más penosa que en ninguna parte la vigilancia á que estoy sometido!

Pero, tengo pan ¡tengo techo! el cuidado y cariño de estos seres que tanto amo, y ocurra lo que se quiera me quedo con ellos.

Mis hermanas y mi madre han visto ya mis camisas rotas; mi levita raída, mis corbatas deslustradas, el calzado deshecho. Ellas que siempre se esmeraron en tener mi equipaje de colegial bien surtido, que tuvieron á orgullo verme correctamente vestido, limpio, elegante, que nada me faltara; como si fuera ya un letrado ó un hijo de casa rica. Han puesto manos á la obra! á comprar los géneros! á elegir los colores! vengan los

(1) Llamábase José López; fué más tarde mi cliente y mi amigo, y me confesaba con rubor las penas que su oficio le impuso en aquella época en que la autoridad era sólo un agente de las pasiones populares.

moldes de moda! ¿Cómo se llevan los cuellos? ¡Á cortar, á hilvanar, á coser! Mi madre encarga al sastre un *flus* nuevo; mi hermana la mayor, que pasa todas las horas del día doblada sobre las labores arbitrándose con ellas un jornal modesto, saca de un rincón del armario una cajita donde guarda sus pobres ahorros, cuenta el dinero y me presenta un par de botas relucientes, nuevas! la segunda ha bordado una corbata! La tercera, la más pequeña, ha dejado sus muñecas y también, después de mucha fatiga, de hacer y deshacer errores, me ofrece sonriente su primer marca en un pañuelo!!

¡Oh, dulce amor de la familia! tú eres en la tierra lo único verdadero!

***

No he de vivir á expensas de esos seres débiles y me ocupo en dar algunas lecciones á domicilio, con las que arbitro un honorario escaso.—No basta eso! el propietario de un periódico (1) me ofrece su redacción á partir

(1) D. Juan E. Petit.

las utilidades; pero es preciso escribir sobre las noticias de la guerra, de la cuestión palpitante, y no acepto!

Hay en la Habana una casa editora que reparte publicaciones nacionales y extranjeras (1); recibo para vender en comisión libros, folletos y otros papeles y acometo también con decisión esta empresa. La retribución es mezquina, pero, al cabo, libro con mi trabajo lo necesario para sobrellevar la existencia.

El resto de mi tiempo lo consagro al estudio; trabajo con ardor; endulzo así las amarguras del forzoso retraimiento á que estoy condenado y halago con más entusiasmo que antes la esperanza de ultimar mis estudios profesionales. Es preciso restaurar este hogar querido donde contemplo tantas estrecheces y tanta abnegación en la pobreza!

Alienta mis ensueños un buen amigo,

(1) *La Propaganda Literaria*, de D. Alejandro Chao.

maestro, literato (1), uno de esos hombres estudiosos y entusiastas llamados á brillar por sus talentos y que por razón de carácter, de fortuna ó de familia, se atrofian en oscuros villorrios de donde no salen nunca: su biblioteca, sus lecciones, sus consejos, me son tan estimables como su cariño.

El curso sobre materias varias es permanente; él ocupa la cátedra; yo soy el alumno.

***

Salgo á la calle sólo en las horas precisas; en ella veo siempre caras hoscas; oigo alusiones groseras; paréceme que vivo en un campamento y que me toman por espía. Al atravesar un día un portal, un zapatero entonó este cantar expresivo:

*¡Ay!.....porque hay muchos, mi madre, que deben ir á presidio!!*

De algunas tiendas salen silbidos, carcajadas!.....Se asoman á las puertas y me miran de hito en hito!

En estos días, al visitar su finca, distante de esta población pocas leguas, un padre de familia indefenso (2), acompañado de uno de

(1) Feliciano Ferráez.
(2) D. Francisco García Quijano.

sus hijos, un niño, ha sido asesinado y enterrado en el sitio, por venganzas personales, más que por provocaciones de índole política. El chicuelo ha vuelto á su casa, solo, aterrado. Juzga tú la desolación de esa familia! Se sabe quiénes son los asesinos! pero, acaso no es gubernamental el delito?

—Ese va de luto! decía señalándome un tabernero, refiriéndose á la levita negra que uso invariablemente!

¡Desgraciados! no ven que soy un enemigo sentimental, inútil, que no combate, casi un niño!

***

Mi pobre hermanito ha muerto. ¡Once años! ¡Cómo aumenta la tristeza de este hogar su eterna ausencia! qué inmenso vacío! Su agonía ha sido lenta; hasta que cerró sus hermosos ojos azules conservó la lucidez de su espíritu.

—Haz que mamá se vaya, me dijo, que no llore!—Hizo que abriera la puerta que da al patio, donde tantas veces había triscado y saltado como un pajarillo.....y clavada la mirada en el cielo azul de la tarde, espléndida y hermosa, quedó yerto.....

¡Feliz él! verdad?.....que deja para siempre esta tierra fatal erizada de penas.....que no tendrá, como nosotros, que apurar amargos tósigos.....pero ¡ay! ¿quién secará las lágrimas que corren por esas mejillas venerables? ¿Quién disipará las sombras de la noche eterna que se cierne sobre esa gran alma tan combatida? ¿Quién consolará tu dolor?..... ¡Oh, pobre madre mía!!

# XIII

# Ambiciones y empresas

Una mañana al leer, como de costumbre, con ansias de pretendiente, la sección de reclamos de los periódicos de la capital, hallé este anuncio: "Se solicita un profesor interno para un colegio.. Guanabacoa; calle de....." En el primer tren ferro-carrilero partí en pos de ese destino y llegué á tiempo. Previas las referencias de estilo que dió mi antiguo profesor (1), el amigo del poeta, quedé

(1) Francisco Calcagno.

admitido. Estaba realizado mi sueño; podía ganar la vida y seguir á la vez mis cursos académicos.

La institución era modesta: ochenta alumnos, seis internos, un cuadro de profesores reducido; el Director, un benemérito veterano en el oficio, casi retirado por su vejez y sus achaques de la diaria tarea. Tocábame dar seis horas de lecciones y alternar por días con otro pedagogo en el cuidado de la penitencia y de los pupilos. Un cuartito junto al dormitorio, mesa y dos onzas de sueldo! Oh! qué felicidad! cuánta riqueza!

Sentado ante mi pupitre, con mi cara de adolescente, sin pelo de barba, ni hombre ni niño, ante una treintena de muchachos que me miraban curiosos, con el aspecto más grave y más afectado comencé mi primera lección. El Director (1) acudió á presentarme é hicimos juntos el examen. Si ellos, los alumnos, asistían despreocupados al acto, yo, lleno de emoción, parecía ser el examinando. Pero, tenía que acreditarme y acometí de lleno; hice gala de mi mayor y posible erudición, de elocuencia, para mostrar que era ducho en el arte; y las miradas del

(1) D. Ramón Ituarte.

Director, sus movimientos de cabeza, me revelaron que había logrado cautivarlo.

Pocas semanas después me encomendaba otras clases superiores; estaba prendado de mí; no sabía dónde ponerme. Entonces tenía yo gran vocación por la enseñanza; hubiera sido al fin maestro si la suerte no me hubiese marcado otros derroteros.

Ese montón de chicuelos que ríen y gritan y hacen monadas; que os miran hoscos si los reprendéis; que os contestan airados, que á veces arrojan al maestro pelotillas de papel á la cara, que siempre hallan injusta la penitencia, y luego se os acercan cariñosos, sumisos, sin rencor ninguno en el alma; que repiten vuestras lecciones; que se afanan por comprenderlas y porque los recompenséis con un vale, con un puesto preferente, con una frase de estímulo.....son encantadores. El maestro que no los ame, que deje el puesto; ése no ha nacido para enseñar al que no sabe.

En las horas libres estudiaba; las tardes que no hacía guardias visitaba á una familia acomodada de amistad antigua, compuesta de dos señoras cariñosas, afables y de una joven encantadora; madre, hija y nieta; todas las bondades repartidas en una trinidad adorable.

Residían en las afueras de la población, en una quinta rodeada de flores y de árboles. Un pequeño edén y tres gracias femeninas; la ancianidad; la edad provecta; la juventud.

La madre tenía otro hijo de mi edad por cuya educación se afanaba. Pero, el muchacho que en otros conceptos era virtuoso, sentía aversión á los libros; en los colegios se enfermaba; los profesores privados que iban á darle lecciones á su casa se aburrían. No cabían halagos ni promesas, ni estímulos. No quería estudiar, la letra lo espeluznaba. La pobre señora que había soñado tener un doctor en la familia, lloraba su desilusión á lágrima viva. Lo envió á Londres á un instituto para que se hiciese ingeniero. Nada! el muchacho gastaba la mesada; se dedicaba á otras labores, y no había forma de que se diese á los libros.

Esa santa mujer estimulaba mi aplicación, mi consagración al trabajo; no tenía para mí más que ternezas y cariño. ¡Oh, si él estudiara como tú,—me decía sin ningún género de envidia—él á quien no le falta nada!

Colmábanme de atenciones; al llegar me tenían preparados dulces, frutas; me los

hacían llevar cuidadosamente envueltos. ¡En los colegios se come tan mal! decían.

En aquel hogar plácido, hospitalario, me sentía tan contento como en el mío!

¡Era feliz!

***

Una tarde, después de explicar en el colegio una lección de física recreativa á que el Director había asistido, terminadas las clases, despedidos los externos, quedamos los dos en tertulia; él profundamente satisfecho, yo, complacido; de pie ó en la banca cercana cuatro ó seis alumnos quedaban cumpliendo penitencia.

—No creo que sea usted profesor novicio; parece que está usted avezado á la profesión, me decía.

—¡Oh! yo sí he enseñado antes, le dije encantado, he dado muchos meses lecciones en Isla de Pinos.

—¿En Isla de Pinos?—preguntó azorado.

—Sí, mientras estuve allí deportado, viví de eso.....—y no me acordaba al decirlo que había enseñado la piel leprosa, mi cédula, las dos letras *V. P.* del presidio.

El buen hombre se puso pálido; se quedó mudo; miró con recelo á los alumnos peniten-

ciados, los fué despidiendo uno á uno y cuando salió el último,—asombrado de aquella absolución súbita,—se echó sobre mí y me dijo en voz baja, llena de miedo.....

—¿Por qué ha dicho usted delante de esos chicos que estuvo usted deportado?

Eso me preguntaba ya en mi interior yo mismo.—¡Imbécil! ¿Por qué lo has dicho?

A partir de aquel día noté que la cordialidad del Director había cesado, que estaba por mi causa inquieto, cohibido. ¡Si se supiera que en su colegio había un profesor infidente!.....

Una mañana, sumamente agitado, me dió á leer un editorial de *La Voz de Cuba.* ¡Cómo tronaba el periodista contra los maestros que habían sembrado, que sembraban la mala semilla! Ellos, desde *don Pepe* (1) habían traído el país al abismo! Era preciso *españolizar* con la cartilla!

Leí el papel y tuve lástima del anciano apocado y la tuve de mí mismo.

Pedí mi cuenta y salí de aquella casa en que me sentía dichoso, despedido, con mil protestas de estimación, hasta con lágrimas, por el buen hombre aterrorizado, indeciso,

(1) D. José de la Luz Caballero.

pero ya tranquilo. Y me hallé de nuevo en la calle, sin empleo, sin esperanza, desalentado y triste.

Me dirigí á la casa amiga, donde encontraba en las horas de ocio calor y alientos, para despedirme.

—Ya estoy harto de penas; no sé lo que me haga; pero dejo los estudios, dije.

—Tonto! exclamó la señora, la madre, ¿no faltan pocos días para tus exámenes? Quédate con nosotras; aquí tienes un cuartito; estudia, descansa y cuando te hayas examinado y ganado el año, ya verás lo que hagas.....Dios no ha de faltarte, hijo mío!

¡Oh, gratitud, graba aquí con letras indelebles el dulce recuerdo de aquella familia! (1)

***

Á principios del mes de junio solicité anticipación de exámenes académicos. El

(1) La señora Da Antonia Martínez de Fonteagudo.

instituto privado en que aparecía matriculado no celebraba los suyos hasta septiembre. Yo necesitaba ganar tiempo: ¡quién sabe lo que sería de mí en aquellos tres meses! El director accedió á mi petición, y ante un tribunal ad-hoc (1) sufrí en un solo acto examen de todas las asignaturas.

¡Oh, sabrosa victoria del estudiante, que compensas todos sus desvelos! Títulos, honores, cruces, blasones mundanales, dictados pomposos de excelencia! ¿qué valen al lado de esa nota expresiva, de esa palabra sonora ¡Sobresaliente! escrita junto á vuestro nombre, estampada sobre la tablilla que cuelga en las puertas del aula? Al leerla el corazón os palpita con violencia, sonreís con gozo inefable, inmenso, y oyendo al grupo de alumnos que la repiten en voz alta y os miran con aire de extremada consideración y respeto, creéis que sois dignos, que valéis algo por vosotros mismos, por propios y legítimos merecimientos! Luego vais á dar la noticia á las personas que os favorecen para que vean que no sois indignos de su valimiento; escribís á casa, á la madre que llora de placer cuando

(1) Lo presidía mi actual amigo y médico, el Dr. D. Manuel J. Cañizares.

lee la carta; lo decís á los amigos que os aprietan la mano con afecto y en suma, disfrutáis todos esos íntimos y supremos goces que proporciona siempre, después de la lucha, el éxito!

Acudí á dar gracias al Director (1) del instituto privado, en el que figuraba como alumno sin serlo, y á quien los profesores habían ya informado del resultado de los ejercicios.

—Ya tiene Vd. destino, me dijo; aunque es Vd. muy joven, queda entre los profesores de mi colegio.

—Señor, le contesté agradecido, no debo ocultarle la verdad..... yo soy un vigilado político.

—No importa, replicó; pero, no hable Vd. nunca de eso!

Aquel Director de un colegio acreditado—en el que dí lecciones á alumnos de mi edad, hasta mayores, durante algunos meses—murió al poco tiempo. Su plantel, heredado por parientes absolutamente desconocedores de ese arte difícil, casi sacerdotal, de la enseñanza, que no se concierta con el de la sórdida especulación, declinó en seguida como astro que va al ocaso. A la baja en el

(1) D. Esteban de Sotolongo.

número de alumnos siguieron las economías, la reducción del presupuesto, la disminución de los sueldos. Aquello se sostenía por honrar la memoria del difunto..... pero, el holocausto también estaba muerto.

Dos acontecimientos políticos, á cual más grave, acabaron de derribarlo.

La promulgación del plan de estudios de 1871, engendro abominable de la teocracia, del jesuitismo y de las más bastardas pasiones de clase y de partido; funesta rémora con que se quería atajar toda corriente de adelanto en el país, disminuir las cátedras, encarecer la enseñanza, embrollarla, estorbarla, impedirla, ya que hipócritamente se jactaban de fomentarla y no osaban prohibirla!—¡Dadme una palanca y moveré el mundo! decía Arquímedes.—¡Con esta palanca, diría el autor de aquel plan horrendo, (1) yo lanzaré esta sociedad americana que ha osado pensar y agitarse, á los antros de la barbarie y el oscurantismo!

El otro suceso fué el fusilamiento de los estudiantes de medicina: el sacrificio cruel de niños inocentes condenados por la turba con la sanción de la ley, que la historia recordará

(2) D. Ramón María Araiztegui.

perpetuamente como un remordimiento y cuya memoria imborrable es por sí sola la más penosa expiación!

Los estudiantes desertaban de las universidades é institutos; las aulas quedaban desiertas, silenciosas, como si un espectro aterrador se cerniese sobre ellas agitando una guadaña mortífera: los antiguos colegios de fama por sus elementos y métodos, languidecían, se arruinaban ó menguaban; las familias pudientes enviaban sus hijos á la Península,—no al extranjero, que esto bastaba para incurrir en delincuencia ó hacerse sospechoso—y sólo quedaban indecisos, en la incertidumbre y la angustia, los que como yo no tenían más recurso que arrostrar con ánimo

resuelto una situación tan azarosa, ó renunciar para siempre á la esperanza de labrarse una profesión.....que era entonces, y es ahora en Cuba, él único campo abierto á la actividad intelectual y á las legítimas ambiciones.

En tanto, en la Península se establecía por el Gobierno Provisional y el constitucional de Amadeo amplísimo sistema de enseñanza libre, que si dado al abuso y á las desnaturalizaciones que en España siguen siempre á toda institución, cualquiera sea su índole, facilitaba el acceso de las clases pobres á las profesiones y las artes liberales y daba aliento á las verdaderas vocaciones.

Ir á España á aprovechar las ventajas de ese sistema, á aprobar inmediatamente asignaturas que en lo privado había cursado; consagrarme exclusivamente al estudio para vencer las demás y abreviar una carrera que tantas penas y privaciones me ocasionaba; que en Cuba me era tan costosa y tan lenta y que probablemente me vería precisado á abandonar; imponerme lejos de mi país, de mi familia, mayores privaciones y sacrificios; vivir allí estrecho, con las ropas precisas, con el alimento tasado; sufrir frío, escaseces, todo, pero al cabo, ganar el diploma indispensable

para librar la vida, para conquistar una posición, un nombre, para rodear de cuidados y de goces la próxima vejez de mi buena madre..... ¡oh! eso llegó á ser mi anhelo constante, mi pesadilla.....

No soñaba otra cosa; no hacía más que cavilar sobre el viaje; no tenía otro tema en mis conversaciones; me desvelaba; sufría una verdadera obsesión!

Hacía castillos en el aire; indagaba cual era la ciudad de España en que la vida fuese más barata; apuntaba los precios, los datos todos como si ya estuviese para marcharme; formulaba el presupuesto, tanto el pasaje, tanto de pupilaje al mes; el gasto del lavado, los libros, las matrículas; medía el tiempo que debía invertir para alcanzar el grado; todo preciso, económico, sin asignarme un regalo, un gusto, un día de descanso, sin calcular nada para imprevistos, para una enfermedad ó un fracaso.....pero, así y todo, el presupuesto resultaba considerable. ¡Un caudal, Dios mío, para el pobre profesor cesante!!

Sin embargo, estaba empeñado en ello; no había que darle vueltas; era imprescindible marchar.

Una mañana en que paseaba distrayendo mi cesantía y halagando impertérrito mis sueños, me encontré de manos á boca, en la calle, con un antiguo conocido que había sido ayo en el gran colegio, y á quien no veía hacía mucho tiempo. Faltábale ahora la pierna derecha que le habían amputado y andaba con muletas. Á pesar de eso, llamaba la atención su alta apostura, sus anchas espaldas, su semblante simpático, varonil y bello. Cuando entró en el colegio acababa de llegar de Méjico donde se había batido por Maximiliano y pasaba por francés. Al empezar nuestra insurrección, deseoso de hacer carrera se alistó en una guerrilla de voluntarios y marchó á combatir en favor del gobierno.

Á la primera de cambio le clavaron una bala en el muslo y volvió á la Habana inútil, sin pierna, con una crucecita del

mérito militar en el pecho, sin pensión, pobre y convencido de que le había ido muy mal todas las veces que había combatido contra la libertad de un pueblo americano.—¿Y tú qué haces? me preguntó después de haberme referido sus desgracias.

—Yo, le contesté, me voy á España. —¿Cuándo?—Ah! no sé, pero, estoy en ello. Y á renglón seguido le referí mi situación y mis proyectos, de los que coligió fácilmente que todo estaba listo para mi viaje, pero, que me faltaba muy poco.....el dinero con que realizarlo!!

—¡Oh, yo tengo lo que te conviene, dijo, un gran negocio: me faltaba un muchacho listo como tú para explotarlo.....y, ya verás, dentro de seis meses, de un año á lo más, tendrás lo que necesitas.

Ciertamente que el negocio era brillante! Tenía establecida en una calle céntrica una agencia de colocaciones y solicitudes: una oficina de *memorialista.* No había más que sentarse en la carpeta, cercada por una rejilla de madera, cubierta de letreros. "*Alquileres. Ventas de esclavos. Criados. Se hacen memoriales*": tomar nota del nombre y domicilio de los que deseaban empleo y de los que lo

daban; cobrar las comisiones; y á la sombra, sin hacer nada, se ganaba todos los días un montón de reales. Partiríamos las utilidades: él, capitalista: yo, industrial: yo para la carpeta, él para combinaciones más vastas en la calle.

Héteme aquí instalado en mi nueva oficina y halagado por las prometedoras ofertas del industrioso cojo.

En el mismo zaguán de la casa que ocupaba aquella jaula, un joven gallego picado de viruelas, feo, taciturno, poco hablador, ejercía otro comercio: tenía un sillón encaramado sobre una grada de madera; ante el sillón un pedal estrecho, una caja de betún y tres cepillos; un ajuar de limpiabotas. Junto al sillón un pequeño estante atestado de libros viejos, que vendía y alquilaba, completaba su industria.

Arrellanado en mi silla, los codos sobre la carpeta, pasé el santo día aguardando comisiones. No hubo un alma que viniese á ocuparme. Algunos mentecatos ó curiosos se detenían á leer los diversos rótulos de la reja, pero no se acercaban á ella. Otro preguntóme si había plaza para un portero; pero, como la respuesta fué negativa, no hubo que cobrar nada por el informe.

Aquello no era agencia de colocaciones sino la más muelle ocupación de un ocioso. Un mulato zagaletón se acercó por fin para preguntarme cuánto le llevaba por hacerle un soneto. Quedéme atónito, indeciso: por dos razones; porque mi principal no me había advertido que el hacer sonetos era una parte de su brillante negocio y porque yo, que había hecho muchos versos gratis, invendibles, no conocía la tarifa del género. Pero, en fin, entré en ajuste con mi hombre. Deseaba un soneto amatorio; una queja contra su amada, lamentos, suspiros, lágrimas, ¡qué sé yo cuántas cosas! La obra era fácil; me bastaba copiar á la memoria cuartetos inéditos de mi colección erótica; lugares comunes, consonantes redondos. ¡Allá van catorce versos por un peso! Téngame en descargo Apolo que si dí tan barato un trozo de la lengua de los Dioses (?) lo hice por cuenta y cargo del *brillante negocio* del cojo.

Á no ser el sonetito, no tuve que hacer más nada; en la agencia dichosa no entraba un alma. En cambio, el gallego no cesaba de limpiar botas y de vender libros viejos. ¡Oh! á él sí le sonreía la fortuna! No en vano andando el tiempo instaló dos sillones y

más estantes. Y luego suprimió el salón de limpiabotas y ocupó todo el zaguán y la casa y se consagró á los libros al por mayor. Vaya V. á verlo ahora en su librería, (1) feo y picarazado y taciturno, como siempre, y sonreirá recordando aquellos tiempos y os dirá:—"*¡Desde cuándo hace* que nos conocemos nosotros!!" Pero, mientras él embetunaba y sacaba lustre con sus cepillos á los charoles, yo escribía sendas cartas á mi madre: el viaje á España era el tema: era preciso el último esfuerzo, quemar los cartuchos postreros.—Si no voy á España, le decía, abandono decididamente los estudios. Y esta amenaza debía llenarla de tribulaciones y decidirla á adoptar las resoluciones supremas.

Un día le saqué las palabras del pecho á aquel gallego silencioso.

—Diga V., ¿se han hecho en esta agencia muchos negocios?

—Ca, me contestó—ahí no se hace un real; el Cojo lo debe todo; ya el casero anda en pasos con la justicia para echar fuera esos trastos.

No quise saber más: tomé el sombrero; dejé solos y abandonados la carpeta, la rejilla

(1) "La Poesía" Obispo núm. 125.

y los rótulos, y renuncié para siempre, generosamente, al brillante negocio del iluso inválido.

***

Marché á Güines con otros proyectos. La antigua y pobre casa *solariega*, el techo propio edificado por mi padre, defendido con amor de todas las borrascas, debía costear mi anhelado viaje: empeñarlo, hipotecarlo. Yo libertaría la carga: yo pagaría la deuda cuando fuese abogado! Mi madre vacilante, temerosa al principio, cedió al fin. ¿Cómo resistir á mis razonamientos tentadores? y sobre todo, ¿cómo conformarse con que abandonara mis estudios, fundamento de tantas ilusiones y esperanzas?

En esa época residía en Güines un viejo abogado, popular, de muchos negocios, casado, sin hijos y sobre todo, rico (1). Aunque no lo era tanto como lo suponían sus convecinos y familiares, generalmente pobres, que—como acontece en todas partes y en igualdad de caso,—exajeraban su riqueza y la veían con cristales de aumento al extremo de tenerle por un Creso, estaba muy bien acomodado; de ahí que no hubiese necesitado en la

(1) Lcdo. D. Juan de Prado.

localidad que no acudiese á él para que remediara su escasez. El soñador que imaginaba plantear un negocio soberbio, deslumbrante, de éxito seguro, acudía á proponerle sociedad ó simplemente á pedirle un préstamo ó anticipo.

El que tenía un enfermo ó que enterrar á un muerto, ó bautizar á un hijo, ó que casar á una hija..... á él, siempre á él, á pedirle para las medicinas, para el entierro, ó en todo caso, el coche prestado para la ceremonia.

El deudor á quien el plazo apremiaba, corría á su casa á solicitar la salvación: el propietario que veía su finca destechada, arruinada, próxima á caerse, no pensaba más que en él para que supliese las reparaciones. Todo el mundo lo tenía por su banquero, por su proveedor, por su Providencia. Ya se ve; era tuerto entre ciegos y se le atribuían siete ojos.

El buen señor no era como el sol y no podía dar luz á todos: de ahí que contra él se cebaran las murmuraciones.—¡Qué ruin es! ¡qué cicatero!.... Así hacían su apología los muchos desairados; pero los favorecidos, —que no eran pocos,—esos no cuidaban ¡oh no! de proclamar los favores.

¿En quién si no en ese ricacho habíamos de pensar mi madre y yo—aceptado el proyecto de viaje—para levantar los indispensables fondos? ¿No éramos también vulgo?.... la preocupación general no dominaba en nosotros?

Una tarde, casi al oscurecer, llegamos á su casa: sentado bajo un ancho corredor que daba al patio, oyó pacientemente el largo exordio, las femeniles digresiones de mi buena madre, la exposición de mis proyectos, paseando su mirada de ella á mí á través de sus anteojos.

Yo necesitaba que me girase mensualmente á España diez y siete pesos durante dos años: él contraería esa obligación, mi madre le hipotecaría sus casas en seguridad del pago que había de efectuarse, con sus intereses, un año después de mi regreso.... ¡oh! era tiempo bastante para ganar honorarios.....!

Cuando mi madre hubo terminado su peroración, que él no interrumpió una sola

vez,—que yo en silencio acompañaba con los latidos violentos del corazón,—volvióse á mí y me dijo:

—Pero, muchacho, ¿qué vas á hacer en España con diez y siete pesos?.....

—Estudiar!—contesté resueltamente. Sus ojos quedarou clavados en los míos como dominados por la vehemencia de mi contestación, y un instante después, convencido, dijo:—¡Bien, cuenta con ellos!.....En cuanto á garantías, agregó interrumpiendo las expresiones de gracias, yo no necesito más que un recibo de tu madre..... y tu palabra!.....

¡Oh, viaje soñado, casi imposible, eras ya un hecho!

***

Mi madre y mis hermanas se consagraron al arreglo y preparación de la maleta; el hermano mayor empleado en un ingenio lejano, vino expresamente á despedirme y á entregarme treinta pesos, óbolo espléndido y generoso en su posición pobrísima y modesta; un amigo querido de la infancia, (1) alegre compañero de mis días felices, constante alentador de mis ambiciones, me dió la tercera parte de su sueldo de un mes; el bohemio,

(1) Cristóbal Castellanos.

confinado ya en la Habana, donde se preparaba para embarcarse otra vez, oculto, con dirección á los Estados Unidos y realizar,—como lo hizo,—su constante anhelo de alistarse en una expedición insurrecta, trabajó antes de emprender la fuga una semana y me dedicó el jornal entero; el médico excéntrico que un día me fió el menaje de colegial, hizo en mi favor una colecta; cuántos, ah! maestros, abogados, obreros, cuyos nombres no olvido, prestaron su concurso á la realización de mis proyectos, en el pueblo de Güines, que si no es lugar de mi cuna lo es de mis más caros recuerdos: una hermosa dama que desde la niñez habíame dispensado cariño y estímulos, me remitió con dos líneas sentidas unas monedas, menos estimables que la dulce expresión de su maternal afecto. ¡Oh! la vida ofrece muchas penalidades, guarda muchos desengaños, muchos males en su seno; pero, todo esto se olvida, desaparece, cuando se destacan y se recuerdan estas cosas que revelan todo lo que tiene de grato, de inefable, de bueno!

Llegó el momento de la partida. Acompañóme á bordo un buen amigo, (1) un pobre

(1) Antonio Mesa y Domínguez.

estudiante como yo, que envidiaba mi suerte;—que es hoy un abogado y un hombre público distinguido;—ayudóme á subir los diversos fardos y la maleta; bajó conmigo al oscuro y fétido sollado destinado á los desgraciados pasajeros de tercera; me dejó instalado en aquella bodega inmunda en cuyas numerosas tarimas de madera, que hacían veces de literas, yacían amontonados, en grupo conmovedor y repugnante, soldados inválidos y enfermos, cubiertos de vendajes y guiñapos, que volvían á la madre patria, inutilizados en la guerra!.....—Adiós, dijo luego abrazándome enternecido é impresionado á la vista de mi pobre alojamiento. ¡Buena suerte!

Y al quedarme solo, con tan demacrados y quejumbrosos compañeros, bajo la escotilla oscura, donde se aspiraba un olor acre, insoportable, cierto ya, por el principio, de la realidad penosa de mi empresa, sentí el pecho oprimirse, humedecerse mis ojos, no sé qué sensación de frío y desfallecimiento.

Pero, el buque levó el ancla, la quilla rompió las ondas á impulsos de la hélice, y se desvanecieron en el horizonte las siluetas de la lejana orilla.

¡Adiós, patria adorada, adiós! hogar que-

rido que guardas á mi madre y mis hermanos allá lejos..... ¡adiós! buenos amigos que habéis dado protección al pobre huérfano!....

¡Dios vele por vosotros y á él le dé buena suerte!!

# XIV

# Diario de viaje

He pasado toda la tarde y las primeras horas de la noche sobre cubierta, en la proa, solo, en silencio, triste; con la vista clavada en la dirección de la tierra, ya invisible, del faro cuya luz oscilante acaba de hundirse entre las sombras.....

El aire fresco de la noche, el cansancio consiguiente á la agitación de un día de embarque, de despedida, de emociones; el suave movimiento del barco al cortar las tranquilas ondas, todo, contribuye á que el sueño me asalte y se cierren involuntariamente mis ojos.

Bajo, para acostarme, al sucio y desmantelado camarote: desciendo vacilante la empinada é incómoda escalinata de la escotilla, y me reclino en el duro entarimado de lo que llaman litera.

Imposible dormir! los infelices soldados enfermos, son ya presa de esa terrible enfermedad del mareo que produce las agonías de la muerte y que sólo se cura con el reposo: sus ayes, sus maldiciones, atruenan el camarote; experimento un calor sofocante, insoportable, y sobre todo me ahoga aquel aire tibio, malsano, fétido, ese hedor repugnante, incomparable, que se exhala del vientre oscuro é infecto de las embarcaciones.

Subo de nuevo á cubierta: llevo conmigo la almohada, la manta que ciñó al equipaje mi madre previsora; la cestita de paja en que puso azúcar, conservas, limones, sobre todo limones, para combatir el mareo.

Allá, cerca de la popa, veo grupos de soldados que tienden sus mantas para dormir al aire libre ú otros que yacen ya tendidos, al pie de los mástiles ó de las vidrieras que cubren la maquinaria.

Busco una plaza entre ellos, las más ancha, la más cómoda; extiendo mi frazada, me

acuesto, y abrazado á la cesta, mirando las estrellas, cuyo sitio parece que cambia á cada oscilación de las vergas y de las jarcias, me dispongo á pasar lo más cómodamente la noche.

Pero, aun no he conciliado el sueño cuando escucho una voz imperiosa.

—¡Eh! levantarse! los de tercera á proa! á proa! Los pobres soldados recogen apresurados sus petates y cumplen refunfuñando la orden. Yo me levanto vacilante, disgustado, pesaroso! pero, un hombrecillo regordete, que lleva el uniforme de á bordo, que me observa, me dice:—Usted no! usted no!..... no haga caso, acuéstese! y doy las gracias y bendigo la intervención del buen hombre.

Como estoy á mis anchas, me duermo más pronto. A media noche despierto azorado: sopla una brisa fuerte y las olas al romper contra la borda lanzan sobre cubierta lluvia de gruesísimas gotas. Estoy empapado: siento frío: recojo mis trastos y me acurruco tras la obra muerta, entre los obenques: el diván no tiene cojines muy blandos, pero, estoy resguardado y el sueño me vence en breve. Al amanecer me despierta un estrépito de voces, un frotamiento de cepillos ó de

escobas, el choque de los cubos contra el pavimento, el agua que estalla al caer y que se rompe y bulle y corre. Es el *baldeo!* Hay que alzar los pies, que huir, que librarse del torrente: ¿mas, dónde están la almohada, la frazada que la previsión de mi madre agregó al equipaje? ¡Han desaparecido! me han robado durante el sueño!

Pero, el sol asoma en el horizonte; surge del seno azul de los mares; tiende desde allí hasta el lugar en que estático lo contemplo, una cinta dorada, fúlgida, que se agranda, que rutila con las movibles ondas. ¡La luz disuelta con todos sus colores en la superficie del inmenso disco cristalino! ¡El día, que disipa con sus resplandores y sus esperanzas las sombras y las tristezas de la noche!

---

Suena una campana que anuncia la hora del almuerzo. ¡Pobres pasajeros de tercera! Ven sacar de la cocina doradas fuentes en que humean manjares apetitosos y suculentos que llevan á las otras cámaras! Para ellos está reservado el rancho de la tripulación, la dura galleta del marinero. Hay que servirse, como los soldados, en un plato de latón, con una cuchara de madera y devorar el mísero

bocado de pie ó sentado, con el plato sobre las piernas, sin mesa, sin manteles!.....

¿Quieren estar mejor servidos? ¿Sentarse en una mesa opípara, asistida por camareros?..... Pues, arreglarse con el mayordomo de á bordo: una onza más de gasto en el presupuesto del viajero. Y no hay que vacilar! es trato hecho!

---

El mar ofrece un espectáculo tan variado, tan hermoso, tan nuevo, que contemplando sus sublimes detalles, no hay lugar para entregarse á la melancolía. Se experimentan supremos goces, nunca sentidos, admirando todo lo que se abarca con la vista en esa gran planicie circular, azul, ondeante, que cierra en todos los extremos del horizonte la abovedada cúpula del cielo.

¡Sólo me queda lugar para pensar en tí, madre mía, porque sólo tu amor es comparable á la inmensidad que contemplo!

---

Llega la noche y hay que pensar en el lecho. Lo que es yo no bajo más á aquellos camarotes infectos!

Durante el día he inspeccionado toda la cubierta, escudriñando, buscando el lugar más á propósito para abrigarme de la intemperie y disfrutar por la noche de un tranquilo sueño.

Usan los pasajeros de popa, durante el día, bajo la toldilla, unos sillones de lona en forma de catres.....aguardo á que esté despejada la popa; á que se vayan retirando á sus cámaras los señorones: reúno tres ó cuatro de aquellas silletas, alineadas: pongo mi abrigo en la cabecera para que haga las veces de almohada, y á cielo descubierto duermo tranquilo, cómodo, á pierna suelta.

¡Así paso dos noches! pero la tercera me despierta un copioso aguacero y corro á refugiarme bajo el castillo de proa.

Á medida que avanzamos á las altas latitudes empieza á sentirse frío. ¡Qué frío! si parece que se respira hielo! Es preciso bajar á la litera! abrigarse! aspirar aquella atmósfera nauseabunda, contemplar el triste espectáculo que presentan los soldados enfermos!!..... No: no bajo: ¿Acaso no resiste el frío el pobre marinero que hace de vigía, en el tope, sobre los mástiles? Pues yo no he de ser menos!

¡Tengo un amigo á bordo! Un pobre muchacho andaluz que para poder regresar á su país sin pagar pasaje, viene sirviendo de galopín en la cocina. No sé quién me recomendó á él antes de salir del puerto. Cuando está franco me busca, viene solícito á saber de

mí; á conversar un rato, á preguntarme qué se me ofrece. Como regresa á su patria va alegre, cada día más contento: me llama *Señorito!:* tiene gracia que sea señorito un pobre pasajero de tercera!

La última vez me encontró tiritando!—Póngase V. franelas!—Dios mío! mi madre me preparó camisas de hilo; pañuelos, corbatas, muchas cosas, pero ni ella, ni yo pensamos en franelas!—¡Cómo! ¿No tiene V. franelas? El galopín busca su baúl; saca de él una camisa, unos calzones, unas medias de lana y me las entrega.

¡Oh! qué bien abrigado me siento con ellos!

Oscuro galopín de quien habré de separarme al llegar á puerto; á quien jamás volveré á ver; cuyo nombre se borrará de mi memoria! no será bien que olvide tu delicado obsequio!.....

---

Bien visto, un barco en la mar es una verdadera prisión para los viajeros.

Los marinos se llenan la boca hablando de la mar.—¡La libertad de los mares!..... qué grande! incomparable! dicen.

Pero eso es una paradoja.

Métase uno en la embarcación: despléguense las velas, muévase la hélice! Ya no se puede salir de aquel cajón estrecho: hasta que se salte á tierra se está forzosamente encerrado entre dos paredes: el casco es la muralla infranqueable, dura: el abismo la cerca.

Por fortuna, la cárcel se mueve, anda, avanza, y eso basta para que crean en su libertad los prisioneros.

---

Traigo en mi cartera una tarjeta para presentarme á uno de los oficiales de á bordo.

Mas, tengo la desgracia de que no sea en este barco donde presta sus servicios, sino en otro de la misma empresa.

—¿Conoce V. á D...¿Está en este buque? —pregunté el primer día de navegación á un empleado que vestía el uniforme de marino, blusa azul, gorra galoneada, alto, de formas atléticas. Y él, con marcado acento extranjero, mitad austriaco, mitad italiano y en mal español enteramente, me instruyó de la inutilidad de mi pesquisa.

Cuatro días después tropecé nuevamente en cubierta con este hombre que parecía un gigante: me hallaba sentado en un banquillo, junto á la borda, contemplando el mar, mi constante entretenimiento, solo, en silencio. Acercóse á mí y me dijo:—Usted me preguntó por D.....:él es mi amigo: necesita V. algo? Y se sentó á mi lado; y fumamos juntos, y conversamos una hora larga.

Existe entre las personas que han de quererse, algo que las atrae, que las une. Desde el día en que le hablé incidentalmente, se interesó por mí: de cuantos pasajeros veía á bordo en aquel viaje, ninguno le fué tan simpático: él, que pasaba cuatro horas del día y otras cuatro en la noche, de

guardia, en el fondo del buque, al pie de la máquina; gustábale salir á cubierta, y hallar un amigo con quien departir y entretener las horas francas!

En aquella primera tertulia nos conocimos: al separarnos éramos ya dos amigos.

Á partir de ese día, he tenido lo que necesitaba: una litera, una cama, un abrigo contra la intemperie.

---

Todos los días nos damos cita. Le espero al terminar la guardia; bajo á su camarote y le acompaño mientras se lava y se muda las ropas manchadas por los residuos del carbón y el aceite de la máquina. Tomamos juntos el *lunch* ó vamos al puente á engolfarnos en interminables conversaciones. ¡Qué historia! qué vida! qué corazón el de este hombre! (1).

Desde niño corre por el mundo dando vueltas: murieron sus padres: sus hermanos no sabe donde andan: lanzado de su patria, ha recorrido varios países viviendo de su jornal, soportando mil miserias: ingresó en la empresa de vapores como fogonero, cuando no sabía una palabra de español: se ha abra-

(1) Mateo Sisvara.

sado mil veces en el fondo del barco, junto á los hornos, donde sólo se respira una atmósfera asfixiante. Un día que el barco encallaba á la entrada de un puerto y gritaban aturdidos los pasajeros, y el capitán de pie, pálido, en el puente, daba órdenes, él se aferra á la válvula, sustituye al maquinista consternado, imprime á la hélice toda la fuerza del poderoso aparato y á riesgo de morir reventado, aplastado, salva el barco. Como entendía el oficio le nombraron oficial mecánico.

En este bajel está su casa, su familia, su todo. Me equivoco: él tiene otra familia vastísima, que venera, que le entusiasma: los masones! Gástase el sueldo en tierra, alegremente, en ligeras francachelas y frívolos amores, ó lo reparte en dádivas generosas? ?Ahorros?.....Para qué? Cuando enferme los hospitales le reservarán una plaza ó la mar su fondo!

Ya él sabe también mi historia..,y así, aguardando la hora de reunirnos, llevando la cuenta de sus horas de guardia, para despedirle ó para esperarle, entretenidos en nuestra agradable plática, comunicándonos nuestras ideas sobre política, religión

y otras muchas cosas, compenetrándonos y simpatizando más cada día, paréceme que en este débil madero que flota sobre el vasto océano y donde yo me consideraba abandonado, solo; tengo ya un amigo, un apoyo, un afecto sincero, una familia; este hombre de corazón abierto, franco y generoso.

---

Esta mañana al pasear por el puente de proa me detuve para escuchar á dos marineros que ocupados en coser grandes pedazos de lona, entonaban á dúo con tono ligero, pero profundamente melancólico, este cantar:

"Rompiendo las mareas
iba el *Guipúzcoa*
llevando deportados
hijos de Cuba.
¡Suerte tirana,
quién pisará primero
tierra cubana!"

Llenóme de sorpresa esta letra en labios de aquellos hombres, y presté atención á la segunda estrofa que no se hizo esperar.

"Sabe ser bondadoso
con la desgracia,
el capitán del buque
Mariano Lastra.
¡Negro destino,
vela tú por la suerte
de este marino!....."

¡Oh! la tercera parte á que los marineros comunicaban las notas más dulces y tristes decía:

"Sufriendo en los sollados
cantaba Agüero
las penas de su alma,
las de su pueblo.
Dios del cristiano,
vuélveme á mi cielito
Camagüeyano."

¿Por qué cantan ustedes esos versos?—les dije. Qué significan?

Entonces aquellos muchachos me explicaron el enigma.

Conducidos á España, prisioneros, amarrados á la barra, en el sollado del vapor *Guipúzcoa*, los dos jóvenes cubanos Gaspar y Diego Agüero,—hermanos, que en el combate de Altagracia librado en el Camagüey cayeron vencidos en los primeros días de la revolución—endulzaban sus penas improvisando aquellos sentidos cantares.

En el fondo oscuro de la infecta escotilla que les servía de cárcel, sujetos al tormento de la barra, los dos vencidos exhalaban sus penas, alimentaban sus recuerdos patrióticos

y consagraban al capitán del barco, cuya caballerosidad proverbial entre los deportados cubanos se justificó especialmente con ellos, la nota sentida de su gratitud en cantares tristísimos y espontáneos.

—Bajábamos á hablar con ellos; á oirlos; la tripulación los amaba. Eran muy bravos aquellos dos muchachos!—decían los marineros, mientras yo pensaba con amargura en los tormentos que apurarían los prisioneros cubanos, aherrojados en la bodega del barco, durante la larga travesía, sin aire, en aquellos mismos sollados ¡ay! donde yo con repulsión invencible, desde el primer día había resuelto no alojarme!

¡Mártires cuyo heroísmo basta solo para ennoblecer una causa!

---

Una observación que anoto en este diario. Desde que el barco sale de la Habana se

desatan los lazos coloniales; la presión política disminuye; á medida que la navegación avanza, los ánimos se expanden. Se deja atrás al pueblo esclavizado donde la discusión de los principios sociales está prohibida, donde la idea de libertad es subversiva; y se marcha hacia un pueblo más libre, regido constitucionalmente.

Á bordo se razona, se discute en alta voz, hasta se defienden y justifican las causas de la revolución cubana: parece como que las prevenciones se disipan.

Dícenme que al regresar los vapores de la Península se opera un fenómeno distinto.

La colonia empieza desde que se leva el ancla y se pone la proa en dirección de aquélla. El pasaje franco, cordial, liberalote en la ida, vuelve con las más exageradas prevenciones; cubanos y peninsulares se miran de reojo, y si algunos hablan alto, son los últimos. Es que los amos vuelven á casa; los esclavos callan y sufren. Los que parten de la colonia llevan de ella todo lo que podía darles; van contentos y se muestran expansivos. Los que vienen á ella marchan en pos de los medros que ambicionan y traen consigo todos

los recelos.....En una palabra, al salir el vapor correo de la Habana para la Península, rigen á bordo la constitución, los derechos individuales, imprescriptibles; al salir de los puertos de la metrópoli para Cuba, ya la atmósfera que rodea la embarcación está cargada con toda la presión del sistema colonial.

Es notable, pero fenómeno de absoluto realismo.

---

Para acompañar al austriaco hasta la hora de su guardia, he estado con él en el puente platicando cerca de media noche.

¡Qué triste espectáculo se me reservaba! Dos marineros han traído junto á la borda un saco, un fardo pesado, largo, rígido; la tela se plega y dibuja la silueta de un hombre: un tercer marinero conduce una bala gruesa de hierro! El oficial de guardia, descubierto, con la gorra en la mano, da órdenes, en voz baja; el médico de á bordo está á su lado vigilando la triste ceremonia; el capellán, revestido con su traje talar, con un cirio encendido en una mano, un breviario en la otra, murmura las oraciones: *¡De profundis!* ¡Dios mío! qué grupo tan

tétrico, sobre la cubierta oscura desierta y silenciosa, iluminado por la escuálida llama del cirio!

Los marineros alzan el saco sobre la borda; lo dejan correr sobre una tabla y el peso de la bala sepulta hasta el fondo del océano el cuerpo muerto de un hombre! *¡De profundis!*

Es uno de los pobres soldados enfermos del solhado; es el tercero que *entierran* de este modo durante la travesía.

¡Infelices! salieron de sus casas apuestos, sanos, gallardos mozos! los llevaron á Cuba á combatir á un pueblo hermano, á sufrir las miserias, las privaciones, los horrores de una guerra cruenta! Los devolvían inútiles á la tierra nativa, al caro hogar; y han espirado antes de llegar á su seno cariñoso. El océano les ha abierto su inmensa tumba! el abismo insondable su fosa!

¡Ya no pisarán más las calles de la aldea

natal! no saldrá á recibirlos á la puerta del cortijo la madre sonriente y amorosa! ¡Han muerto olvidados, sin cuidados ni cariño, sin gloria!! ¡Víctimas también de los que han sembrado entre los hombres el desamor y los rencores!!

---

¡Los mástiles ostentan ya sus gallardetes, sus banderolas! el cañón está listo para dar á la tierra el saludo de paz! los pasajeros sonrientes, con traje de fiesta salen de sus camarotes! ¡Allí está Cádiz, el puerto deseado; surge de las verdes ondas como blanca paloma, las plumas rizadas!!

¿Por qué, al llegar á la orilla, mi corazón se oprime y se llenan mis ojos de lágrimas? ...Es que ahora me doy cuenta de mi destino incierto; es que ahora es cuando mido la distancia que de tí me separa, madre amada! .....A través del océano inmenso que he surcado, envíame á cada instante tus bendiciones!

Yo las sentiré llegar á todas horas y alentado por tu recuerdo no estaré solo!.....

BENIGNO GENER

# XV

# Entre Emigrados

Bravos y heroicos fueron los insurgentes cubanos, que, sin armas, pertrechos, ni auxilios exteriores considerables; sin ciudades ni fortalezas, resistieron año tras año á una nación poderosa, dueña de la tierra y de las costas; y á más de resistirla, sin ser vencidos,

la vencieron en gloriosos combates y pusieron en serio peligro su soberanía.

Pero, heroicos fueron también los deportados y emigrados que, sobreponiéndose á los acerbos sufrimientos del ostracismo, consagraron constantemente al servicio de su patria los más generosos empeños.

Buenas pruebas de esta afirmación ofrecieron los numerosos proscriptos residentes en Cádiz.

Constituían una familia compacta; vivían, por decirlo así, amalgamados, codeándose, auxiliándose mutuamente, sin más relaciones que las de ellos mismos, como si hubiesen trasladado consigo al suelo europeo y los envolviera, una parte de la atmósfera del país nativo.

Excepto aquellos á quienes su estado de fortuna había permitido trasladar á sus familias y establecerse para hacer con ellas menos penosa la expatriación, los demás, que constituían el mayor número, se reunían, se concertaban para desafiar juntos las contrariedades, las amarguras que proporcionan al desterrada la ausencia indefinida del caro hogar, la falta de afectos en un país extraño y desconocido.

Por grupos alquilaban una casa amueblada y organizaban el servicio; fijaban la cuota que á cada cual correspondía en el presupuesto doméstico; el de más edad y de mayor respeto, por lo regular, asumía las atribuciones de jefe, de ecónomo; tocábale fiscalizar á los criados, ajustarlos, despedirlos; vigilar las operaciones de la cocina, el aseo, la mesa, que todos estuviesen bien servidos; se constituía voluntariamente, con amor, con celo vivísimo, en patriarca de la tribu proscripta.

En aquellos hogares improvisados, donde mutuamente se consolaban y fortalecían, pasaban los largos días de destierro departiendo sobre la suerte del país lejano, leyendo en comunidad los periódicos y las noticias, escribiendo cartas sentidas, que se empezaban á la llegada de cada correo y hasta la salida del otro, quince días después, no se concluían, y en las que derramaban y comunicaban á la esposa, á la madre, á los hijos ausentes y nunca olvidados, toda la ternura, la nostalgia y languidez letal de sus ánimos abatidos.

Se entraba con respeto en aquellas casas modestas, silenciosas, tranquilas, moradas

de hombres solos, de ancianos venerables, de jóvenes graves, á quienes la desgracia común había acercado y unido, en las que se respiraba amor, concordia, identificación de gustos, donde se desplegaban cuidados y ternezas recíprocas; pero, se notaba con tristeza que á todos y á cada uno faltaba eso que constituye la calma y la dulzura de la vida: la luz del hogar propio, el calor, el suave calor de la mujer y de la familia.

Las casas que de este modo ocupaban aislados, sin contacto extraño, eran no sólo su domicilio, sino el centro de reunión, el club. Cada una tenía su hora particular de recibo, de asistencia, no señalada ni preparada ni prevista; la costumbre la había establecido, y á esas horas era seguro encontrar reunidos en las casas respectivas, á la mayor parte de los proscriptos que cambiaban de esta manera sus visitas.

Por las tardes, se reunían sobre la alta muralla que cerca la ciudad y la defiende del mar. Paseaban por

grupos, cruzándose, deteniéndose durante el largo crepúsculo, hablando siempre de la patria, de sus infortunios y sus luchas y tendiendo en dirección á ella las miradas tristes á través de las olas verdes que el horizonte brumoso limitaba á su vista.

Pero, no estaban entregados á la inacción ni á la muelle languidez de su melancolía. Los emigrados conspiraban; conspiraban sin cesar.

Estaban en relaciones frecuentes con los demás deportados residentes en las otras ciudades de España, en París, Londres, Ginebra, Italia y especialmente con los miembros de las Juntas Revolucionarias de los Estados Unidos. Las cartas escritas por medio de cifras y claves, se cruzaban; recibían los periódicos y noticias del campo de la guerra, y estaban al tanto del estado de las operaciones militares, de las expediciones preparadas, de las que tenían éxito, de las que fracasaban. Frecuentemente se hacían colectas para la realización de algún plan político, para girar fondos á Nueva York, para facilitar la fuga de algún prisionero de Ceuta, del castillo de San Sebastián, ó para costear el viaje subrepticio de alguno de los

caudillos confinados que persistía en regresar al distante campo de batalla, donde cayó prisionero ó vencido. Los embarcaban ocultos en naves extranjeras que salían del puerto y los llevaban á Lisboa, al Havre, á Marsella, de donde tomaban rumbo á Nueva York. Así salieron de España y volvieron á Cuba,—entre otros muchos,— los denodados hermanos Agüero, nuevamente prisioneros en la última expedición del desgraciado patriota Goicuría, y que terminaron con éste su vida heroica y legendaria en el cadalso, en el garrote erigido en la plaza pública de la Habana.

Además de esos trabajos persistentes, de conspiración eficaz, propios de verdaderos patriotas y decididos revolucionarios, los emigrados, así los residentes en Cádiz como en las demás ciudades, realizaban otros de no menor importancia: la propaganda en España en favor de la causa cubana; la justificación del movimiento revolucionario de Yara; la publicidad de los reiterados agravios infligidos á la colonia; la de los horrores, demasías é injusticias de que fué y era teatro. Solicitaban el apoyo de la prensa periódica, ó lo pagaban; sostenían "*El*

*Combate,*" el valiente diario del generoso escritor peninsular Díaz Quintero, que espontáneamente y siguiendo el noble impulso de sus convicciones republicanas, había abogado porque se hiciese justicia á un pueblo esclavizado, exponiéndose á las iras y al odio desatado de muchos de sus paisanos; llenaban de noticias, de artículos y de correspondencias sobre Cuba los periódicos republicanos; repartían el semanario "*La Cuestión Cubana,*" consagrado á recopilar los artículos de la prensa peninsular sobre la guerra y los asuntos de Cuba, é inundaban la nación con numerosos opúsculos, folletos y libros (1) en

(1) Entre los numerosos trabajos de propaganda de los cubanos emigrados que en el presente capítulo se citan, puedo mencionar los siguientes:

*España y Cuba.* Conocido con el nombre de FAMOSO FOLLETO DE GINEBRA, impreso en París y obra del notable publicista cubano, entonces emigrado, D. José Silverio Jorrín.

*Réformes dans les Iles de Cuba et de PuertoRico*, par Porfirio Valiente.—París 1869.

*Cuba sous la domination espagnole.* Revue Contemporaine. París 1870, por el Dr. Víctor de Rochas.

*L'esclavage et la traite*, por J. G. N. París 1876.

*Cuba y España.*—Sevilla 1873—(anónimo).

*Morales Lemus y la Revolución de Cuba*, por Enrique Piñeyro. Nueva York 1871.

*La República de Cuba*, por Antonio Zambrana. Nueva York. 1873.

*Crimen de lesa humanidad.*—Historia del fusilamiento de los estudiantes, por Antenor Lescano.—Veracruz 1871.

*Cuba y la Hacienda española*, por Calixto Bernal. París 1873.

*Algunas reformas en la Isla de Cuba*—autor anónimo. Londres 1869.

que se exponían los antecedentes, la historia, todas las fases del arduo problema colonial. ¡Oh! sin duda estos esfuerzos en la situación angustiosa de aquellos venerables proscriptos, vigilados de cerca, amenazados con mayores castigos, fueron denodados y heroicos!

Como constituían una familia, una tribu, los deportados cubanos de Cádiz tenían también su patriarca, su jefe reconocido, que no ejercía sus funciones por virtud de nombramiento oficial, sino por la espontánea y unánime sanción del respeto y amor de sus paisanos.

Venerable anciano de alta apostura, de

---

*The Cuban question.* Londres 1871.

*La Cuestión de Cuba.* Discursos de Quesada y Zambrana.—Valparaíso 1874.

*Los Voluntarios de la Habana y los Estudiantes de Medicina.*—Madrid.—F. V. Domínguez—1873.

*Manifiesto de un cubano al Gobierno de España*, por J. de Armas y Céspedes, París, 1876.

*Manifiesto de Cuba á los Estados Unidos* por el representante de la República de Cuba en el extranjero, M. Quesada.—Nueva York, 1873.

*La Verdad histórica* sobre sucesos de Cuba, por Francisco Javier Cisneros. Nueva York, 1871.

*Cuba.* Revista latino-americana. París—1874.

*Carta de D. Carlos del Castillo* al Director de La Independencia de Nueva York. Londres—1875.

*Las dos Banderas*, por José Ramón Betancourt. Madrid—1872.

*Vindicación*, Por Calixto Bernal. Madrid—1872.

*Cuba por dentro*, autor anónimo. Madrid—1871.

*Folleto de Bayona* sobre inmoralidades administrativas en Cuba, la trata y otras materias, por José María Caballeiro—1872.

Y otras muchas, publicadas casi todas en aquella época, bajo el anónimo.

luenga cabellera cana, de bondad evangélica y de viril carácter (1), parecía en medio de los proscriptos de la tierra patria, que le rodeaban con cariño, solicitaban sus inspiraciones, oían sus consejos, y obedecían sus encargos, nuevo Moisés de aquellos israelitas americanos.

La historia personal de este jefe de emigrados, hijo de un noble catalán que creó fortuna y familia en Cuba y fué—en la azarosa época del general Tacón y antes diputado en 1823 con Varela—uno de los más conspicuos y decididos defensores de las públicas libertades; la cooperación eficaz que durante su juventud había prestado en la comarca donde residió y ejerció notable influencia por su fortuna, su talento y sus virtudes, á los reformistas del año 1865: sus manifiestas y ardorosas simpatías por los revolucionarios, le llevaron al destierro, junto con un hermano (2) que no menos generoso y patriota, compartía con él, secundándolo, la gloria de ser en Cádiz no sólo los directores, los jefes del grupo de desterrados y conspiradores, sino el amparo, el apoyo, el consuelo de sus infelices paisanos.

(1) D. Benigno Gener.
(2) Plácido Gener.

Habían librado sus bienes de la confiscación, y establecidos con sus familiares en Cádiz, era su casa el asilo benéfico donde se dispensaba á los prisioneros políticos que los vapores correos conducían en cada quincena, auxilios de ropa, dinero, recomendaciones y sobre todo, esos cuidados y atenciones exquisitas que devuelven el sosiego y fortalecen el corazón del hombre abatido prestándole el consuelo de no verse solo y abandonado á su desgracia.

Pero, no eran solamente estos dos hermanos, emigrados beneméritos, á quienes los demás compañeros llamaban alegremente *Ministros Plenipotenciarios del Gobierno de Guáimaro*, los que ejercían genuinamente la jefatura de los cubanos en Cádiz.

Residía allí otro varón insigne cuyas obras, merecimientos y virtudes, debe recordar y enaltecer la historia patria (1).

En el mes de diciembre de 1869, á la sazón que se reorganizaban y creaban nuevos cuerpos de voluntarios en la Habana, una comisión de oficiales de determinado batallón recorrió el barrio de Jesús del Monte reclamando de los vecinos auxilios para la compra del

(1) D. Pedro Consuegra.

armamento. Era el instante de las explosiones patrióticas, de las asechanzas contra los sospechosos y de la presión sobre los timoratos.

Esa comisión llegó á la oficina del establecimiento de farmacia del patriota á quien me refiero, conocido por su filantropía y sus exaltaciones revolucionarias. Uno de los oficiales que llevaba las insignias de su nuevo cargo, le expuso el objeto de la visita, recordándole la necesidad de organizar fuerzas con que combatir el movimiento del filibusterismo. De pie, tras el mostrador del laboratorio, oyó el relato sin pronunciar una palabra, tiró del cajón y tomando de él un real de plata lo puso en manos del peticionario.—Señor, dijo éste contrariado, no podemos recibir cuota tan pequeña.—Hijo mío, contestó con firmeza incorruptible, yo no las puedo dar mayores. Y volvió al cajón la moneda de diez centavos y despidió con un gesto cortés á los comisionados.

Pocos días después recibió la orden de deportación, y anciano y enfermo, casi moribundo, se vió arrancado á su hogar y á su familia y transportado á Cádiz.

En esa penosa travesía que los rigores del

invierno exacerbaron, el noble anciano, á quien acompañaban numerosos compatriotas víctimas de igual desgracia, se sintió morir y casi en la agonía hizo á un compañero cariñoso (1), abogado, escritor,—padre de un niño artista, hoy famoso (2), que con *su familia* había recibido catorce horas antes del embarque el mandato de salir para España, —el siguiente encargo:—"Manda mi reloj y mis ropas á mis hijas; pero, el dinero que está en esta bolsa mándalo á la Junta de Nueva York y que sirva para vengar la muerte de este anciano."

Dios quiso guardar su existencia para que Cádiz, ciudad que fué su cárcel, fuese durante diez años el teatro donde desplegara las energías, la abnegación y el patriotismo de que estaba llena aquella gran alma de revolucionario y de filántropo.

La emigración cubana en dicha ciudad le conocía con el epíteto de *El Cónsul;* cariñosa y filialmente empleaban para llamarle el *Don* ante el diminutivo de su nombre, y á la casa de la "Plaza del Carbón," de que era él ecónomo, que presidía y

(1) D. Agustín Díaz Albertini.
(2) Rafael Díaz Albertini.

donde hallaban asilo todos los enfermos, los pobres, los desgraciados, la llamaban también *El Consulado.*

Realmente ejerció un noble sacerdocio aquel anciano extraordinario. Tenía á su abrigo y sostenía con su peculio á un pobre patriota enfermo, tísico, jefe de una de las familias cubanas más distinguidas (1), que al comenzar la revolución en Oriente en que tomó parte principalísima era millonario, que en el destierro se hallaba en absoluta miseria, y que, firme en sus convicciones, se había negado á admitir y recibir la dieta de cuatro vellones diarios que el Gobierno nacional asignaba á los confinados. Las penas habían agriado el carácter de este infortunado, y sólo el *Cónsul* sabía con solícitos cuidados alentarlo y consolarlo.

A la llegada de los vapores correos que conducían por centenas los presos destinados á los presidios de Ceuta, á las fortalezas ó ciudades de España, el *Cónsul* era el primero en recibirlos á la orilla, enterarse de sus desgracias, proporcionarles los vestidos que el clima frío de las altas latitudes exigía, ponerlos en comunicación con sus familias,

(1) D. Esteban Estrada.

presentar sus solicitudes al Gobierno y procurar por todos los medios aliviar la situación de tanto infortunado.

Si los presos obtenían la misma ciudad por cárcel, les procuraba el mejor alojamiento; si estaban enfermos, los consultaba como médico y los asistía como enfermero; si alguno fallecía, después de recoger su último suspiro y sus recuerdos que enviaba á los familiares, organizaba las exequias, y él, siempre él, á la cabeza de la colonia de desterrados cubanos, padre cariñoso de tantos desdichados, acompañaba los tristes despojos á la última mansión y les rendía el tributo de amor que los parientes hubieran podido consagrarles en la patria distante.

Cuando los presos seguían viaje á Ceuta ó á diversas ciudades, los proveía de recomendaciones ú otros auxilios eficaces y mantenía luego con ellos correspondencia constante para reiterar su protección y sus cuidados. En todos estos servicios requería constantemente á los demás cubanos que contaban con recursos, no sin recibir inspiraciones, órdenes, consejos y los primeros socorros del jefe, del *Ministro Plenipotenciario.*

Jamás se entibió la fe de aquel anciano, cuya actividad, no obstante sus años y sus achaques, era admirable.

En 1872 llegó á Cádiz desterrado, enfermo, con todas las señales de la tisis, el conocido guerrillero Jesús del Sol, prisionero en el campo de batalla y deportado.

El *Cónsul* lo alojó en su casa; lo asistió con esmero, lo cuidó con la solicitud y cariño que prodigaría á un hijo, y á medida que el enfermo restauraba sus fuerzas, hablaba con entusiasmo del jefe que salvaba para su causa. En las veladas del invierno, en las tertulias diarias, la palabra ardorosa del noble anciano encendía el entusiasmo del intrépido *guajiro*, cuyo constante anhelo era regresar al campo donde lo llamaban su deber y su patriotismo.

Recoger el dinero necesario entre los emigrados, para el embarque y viaje del caudillo; ajustar con el patrón de una embarcación extranjera surta en el puerto el viaje clandestino; acompañar de noche á Jesús del Sol hasta la borda del buque y no perder de vista la embarcación que encerraba al fugitivo hasta que lo ocultaran á sus ojos las nieblas del horizonte, ésa fué

la obra del anciano, más atrevida, más heroica en sus condiciones y por sus anos, que pudiera serlo la del guerrero atacando en campo abierto á un enemigo formidable.

Jesús del Sol salió de Cádiz para recibir en breve muerte gloriosa entre los malogrados expedicionarios del vapor *Virginius*. ¡Quién sabe si en sus últimos instantes, en capilla, aumentó su valor el recuerdo de las bendiciones con que le despidió el sexagenario patriota, en Cádiz, anunciándole los

esplendores de la gloria que el porvenir reserva á cuantos luchan y sucumben por una noble causa!

***

Entre el grupo de cubanos emigrados en Cádiz me cupo la satisfacción de vivir algún tiempo, observándolos y admirándolos.

Al poner el pie en tierra y atravesar la casilla del resguardo, salió á recibirme uno de los emigrados, antiguo amigo y compañero de la infancia de mi padre (1) que lo había nombrado curador de sus huérfanos en testamento.—¿Á qué vienes?—me preguntó abrazándome.—Á estudiar, contesté, sigo á Barcelona donde dicen que la vida es más barata. Y le referí mis proyectos, le informé de mis medios y esperanzas.—¡Loco!—exclamó,—vas á pasar miserias: quédate conmigo; estudiarás solo, y te examinarás en Sevilla. Precisamente me haces falta.—Y quedé á su lado.

Había sido uno de los confinados por el general Dulce á la mortífera isla de Fernando Poo. Hombre de talento, de actividad y de fortuna, la que se había creado con su

(1) José María Cabaleiro.

propio esfuerzo en las lides forenses,—abogando con pericia sin ser titular,—la crítica de los curiales se había cebado en él; mas todos le reconocían un gran corazón, rasgos filantrópicos excepcionales y un patriotismo irreprochable. Su bolsa estaba siempre abierta para las obras buenas, para socorrer á sus paisanos; era el más espléndido proveedor del *Cónsul* y de los *Ministros plenipotenciarios*, y sobre todo, estaba formado con la masa de los conspiradores impenitentes.

Se había relacionado con los jefes más caracterizados del partido republicano. Benot, Garrido, Roque Barcia, Quintero, Salvoechea, lo visitaban. Utilizaba para la causa sus influencias, y sobre todo sus periódicos. Llenaba estas publicaciones con noticias, artículos y correspondencias sobre la guerra cubana. Escribía á la vez y publicaba folletos de igual índole y se ocupaba en redactar una *Memoria*, un libro sobre el penoso viaje de los deportados á Fernando Poo, su estancia en aquella región, la fuga de algunos presos y relación de las iniquidades de que fueron víctimas. En esta labor me empleaba dos horas por la mañana.

Él redactaba, yo escribía ó le ordenaba los materiales, corregía las pruebas y á veces colaboraba. Tengo entre mis recuerdos periodísticos muchos de los artículos publicados en aquella época en *El Combate*, *La Igualdad* y otras publicaciones peninsulares. Tenía que suplir muchas ocasiones á mi nuevo protector en la redacción de esos trabajos á causa de sus penosos achaques; males exacerbados en el horrible viaje al Golfo de Guinea, que amargaron sus días y abreviaron su existencia.

El resto de mi tiempo lo consagraba á mis estudios. Pasaba los días enteros, las horas de la velada doblado sobre mis libros: era presa de un frenesí de estudiante; quería acercar todo lo posible el instante de mi grado. Sólo dejaba mis cuadernos y mis textos, para lo más necesario; como contestar las cartas de mis amigos, de mis hermanos y de mi madre.

—¡No estudies tanto! vas á enfermar!—me gritaba muchas veces mi protector, obligándome á salir con él ó á echarme á la calle.

Sufrí en el breve espacio de diez meses trece exámenes; iba á Sevilla á realizarlos; algunos amigos emigrados me acompañaban á

los ejercicios: se sentaban á presenciarlos con el interés y el anhelo de verdaderos hermanos.

Después, participaba con orgullo á mi madre mis adelantos. ¡Un poco más de constancia y la obra sería consumada!

¡Pero, la tarea fué demasiado ardua, el esfuerzo excesivo!

Al soplar las brisas glaciales del invierno, el cuerpo endeble doblóse extenuado; la fiebre debilitó mi vigor; la tos, la tos seca señaló síntomas alarmantes.—Vuelva usted á Cuba!, huya del invierno!, ordenó el médico inexorable.

Y fué preciso partir, defender la existencia; volver á Cuba! Regresar tristemente, sin el diploma soñado, objeto de tantos esfuerzos, de tantas esperanzas..... Ver otra vez como se extendían y emborronaban el cielo de mi vida, las nubes sombrías de la incertidumbre y de la desgracia.

# XVI

## Llegar al puerto

¡Nunca fué más triste el regreso á la patria! Como un general vencido, como un artista que asiste al fracaso de su más predilecta obra, así yo me acercaba á mis hogares despechado, desalentado! A medida que el barco avanzaba á las zonas cálidas, mi salud se restablecía; diez días de navegación, y estaba completamente bueno, ágil, regenerado! Esto aumentaba mi desesperación. Hubiera deseado desembarcar desfallecido. ¿Cómo explicar mi fuga, el abandono de mi

empresa, á mis amigos y á mi madre?.....Si en vez de enfermo me hallaban rozagante! No consideraba bastante para justificarme los certificados que traía de los trece ejercicios aprobados!....

El austriaco, en cuya embarcación hacía nuevamente el viaje como pasajero de tercera, se afanaba inútilmente para consolarme.

¡Oh! los sacrificios hechos, estériles en gran parte, no podían renovarse! ya no sería fácil levantar nuevos recursos para emprender una segunda excursión! ¿Y la deuda contraída?.... y el hogar empeñado?

Regresaba conmigo á Cuba, después de cuatro años de destierro, un joven matancero, de carácter franco, generoso y entusiasta (1).

En 1869 fué denunciado y preso junto con un hermano (2), por tener en una de sus fincas un corto depósito de armas, y por reunirse allí con frecuencia algunos de los *guajiros* de la comarca. Se los juzgó y condenó á trabajos forzados. Durante algunos meses cruzaron las calles de la ciudad natal —Matanzas—cargados de grillos, con el traje burdo del presidio, rapados, en medio de una

(1) Gumersindo Díaz Visiedo.
(2) Teodosio Díaz Visiedo.

gavilla de penados y distinguiéndose de ellos por el sombrero de paja teñido de negro,—los presidiarios comunes usaban el rojo,—que servía para atraerles mayor vigilancia, más dureza, más crueldad de sus guardianes y el escarnio de la turba en las calles.

¡*Picaron piedras* en la plaza pública y sintieron estallar más de una vez sobre sus espaldas el látigo infamante!

Almas buenas lograron que se los enviase á continuar su pena á España y, libres de las cadenas, se les dió á Sevilla por cárcel. Allí vivieron queridos y respetados por la colonia cubana, siendo los ecónomos ó directores de una de las casas comuneras de emigrados. Allí los conocí siendo su huésped durante los días que pasaba en Sevilla para mis exámenes.

Eran masones entusiastas; el influjo de los amigos de Sagasta fuéles útil y lograron la suspensión de su destierro. Llamábalos con urgencia á la patria la necesidad de salvar restos de su fortuna maltratada en manos de un administrador.

El hermano menor (1), que es al que me refiero, volvía ansioso de abrazar á su joven

(1) Gumersindo.

esposa, enferma, y de conocer á su hija única, de tres años, nacida en los mismos días en que él *rompía piedras*, como presidiario, en las calles.

Á este noble amigo, que había sido uno de los que con mayor celo asistió á mis exámenes y me alentaba, comunicaba durante las constantes tertulias de la navegación, mi desesperación y mis penas.—No te aflijas, me dijo un día, al terminar el invierno volverás á España; procura conservar tu mesada y correrán de mi cargo los gastos del viaje.

El ricacho de Güines (1), á quien visité asaz temeroso, que estaba perfectamente enterado de mis adelantos y leyó entusiasmado mis certificados de exámenes, devolvió por fin la serenidad á mi espíritu.—"Vuelve, vuelve á España, que yo no he de faltarte!".....

Pasé el invierno encerrado en un modesto cuartito de un barrio pobre de la Habana, con mis libros, y mis programas, estudiando afanoso y tranquilo, seguro ya de mi próximo viaje.

El joven matancero cumplió su palabra. En el mes de marzo puso en mis manos diez

(1) D. Juan de Prado.

onzas oro, que de su peculio y con otros buenos amigos había arbitrado y me dijo abrazándome:—¡Aplicación y buen viaje!....

¡Oh, alma noble, á quien los sufrimientos del presidio marcaron una existencia enfermiza y corta! su auxilio generoso era para mí más que suficiente, considerable!

Un nuevo pasaje de tercera clase, mayor acopio de experiencia para procurarme á poca costa comodidades en la travesía.....y otra vez el estudiante batallador y pobre, más desamparado, puesto que había muerto su protector de Cádiz, se encuentra al otro lado del océano: en España.

***

¡Con qué alegres colores se refleja en mi pensamiento el agradable recuerdo de Sevilla, ciudad encantadora!

Fué á la orilla de su río Guadalquivir,

junto á sus jardines frondosos, bajo su cielo azul, en su seno, que disfruté por primera vez en mi existencia accidentada los inefables goces de la juventud despreocupada y bulliciosa.

El enlutado y pobre hogar de mi niñez; la disciplina del colegio, para mí, por mis condiciones, más respetable, que para los demás escolares; las penalidades de la cárcel y del destierro; la lucha por la existencia en la Habana; la vida en Cádiz en comunidad con ancianos patriotas rígidos y serios; todo ha dejado en mi memoria impresiones tristes, sombrías ó el descarnado recuerdo de una existencia prematuramente grave y austera. Fué allí, en Sevilla, donde gocé sin limitación y por primera vez los inefables goces, los placeres sin término, las agitaciones alegres que embellecen y deben embellecer necesariamente los años juveniles. Que así como no se concibe el día sin albores, sin los arreboles y las luces de la mañana, así sería incompleta la vida del hombre que llegue á los veinte años sin haber disfrutado los encantos de su existencia temprana.

Vivía en comunión con una media docena de jóvenes cubanos, estudiantes, joviales y retozones. Á mi llegada, pues que nos

conocíamos desde mi anterior viaje, recibiéronme como á un antiguo miembro de la familia; me hicieron un lugarcito, me admitieron en la pensión (1). Ocupábamos todo el piso principal de una linda casita situada en una de las calles más céntricas, sin ser por eso muy transitada. Los que no pernoctaban allí porque el local era estrecho, iban á hacer sus comidas á la hora marcada. La casa se había establecido especialmente para pupilaje de los estudiantes americanos. Pensión barata: diez reales vellón diarios: albergue, luz, servicio, comidas..... una verdadera jaula de pájaros! Estaba abolido el garbanzo, y al cocinero se le había enseñado á cocer el arroz blanco. ¡Qué risas! qué coloquios! qué algazara durante las comidas! qué sobremesas tan saturadas de epigramas picantes y chascarrillos graciosos!

Cada cual tenía su intriga, su amorío loco: su fiesta de la víspera y su gira para el día siguiente.

Hijos de familia, enviados á la Península á pretexto de continuar estudios, para alejarlos del foco revolucionario ó de las persecuciones;

(1) Debo consignar sus nombres, Antonio Cintra, hijo del notable jurisconsulto cubano; Juan E. Delmonte, Ignacio Hernández, Nicolás Cruz, Manuel Trujillo y Antonio Carrillo.

disfrutando de una mesada más ó menos espléndida, pero exacta, y que cubría sus necesidades, dábanse á los placeres de su vida cómoda é independiente, felices y despreocupados.

¿Qué les importaban las ventajas de la libertad de enseñanza, ni qué precisión tenían en afanarse? Seguían sus cursos año por año como si aún estuviesen en la universidad de la Habana. Una hora ó dos de clases diaria,—si asistían á las aulas, que no era lo ordinario,—un mes de aplicación y desvelos al llegar la época de exámenes, y habían cumplido su deber; el resto del tiempo, esto es, los once meses restantes, era poco para sus vacaciones, sus goces y sus correrías desatadas.

Á principios de cada mes recibían sus mesadas: pagaban el pupilaje, al sastre, saldaban los préstamos hechos entre ellos y... libraban los empeños... Después las fiestas y las correrías; eso era invariable. Cuando los fondos estaban consumidos, volvían los relojes, las joyas, á casa del prestamista; y gastado el préstamo se tranquilizaban, ó haciendo gala de su *arranquera* aguardaban riendo la próxima letra de cambio.

Llegaban á sus cuartos á la media noche, rendidos; dormían perezosos hasta que se les anunciaba la hora del almuerzo; levantábanse sonrientes, cantando, llenando de ruidos y de alegría la casa; renovaban en la mesa el alegre coloquio diario, echándose á la calle con el último bocado para no volver hasta la hora de la comida, y á mudar de trajes, y luego al paseo, al café, al teatro, á los bailes, á disfrutar los diversos placeres que oculta en sus infinitos pliegues la ciudad populosa.

Y sin embargo, aquellas cabezas locas cercadas y atraídas por todo género de tentaciones, no cedieron jamás á ninguna clase de rebajamientos morales.

Apuraban los deleites juveniles, gozaban todo lo que la vida ofrece de plácido á los veinte años, y guardaban pura, sin mancha de vicio ni de asquerosas impurezas, la dignidad del alma.

Mantenían una unión perfecta, indisoluble, las relaciones íntimas de verdaderos hermanos: parecía que constituían una familia compacta.

La risa desaparecía de sus labios cuando se recordaba la suerte de la patria; entonces

se discutía gravemente. Uno de ellos había estado en campaña (1); refería los combates, las emboscadas, los peligros de que fué testigo; otros habían figurado en varias expediciones en Nueva York, que fracasaron (2). Contribuían con frecuencia en las colectas que para fines patrióticos organizaban los viejos emigrados; ayudaban al sostenimiento del periódico "*La Cuestión Cubana*" (3) y al socorro de los paisanos faltos de recursos.

Constituían un montón de calaveras alegres y locuaces, pero al mismo tiempo eran unos jóvenes razonables.

El íntimo contacto, la familiaridad con estos jóvenes vivarachos convenía á mi situación y á mi carácter; ellos quebraban la aridez de mi vida; me proporcionaban las expansiones después del trabajo; me comunicaban su alegría, su buen humor constante, y me iniciaban en la serie de deleites que encantan la existencia en los años juveniles.

Sus costumbres, por otra parte, no se

(1) Rafael Cabrera.

(2) Juan E. Delmonte. Manuel Trujillo había sido uno de los desterrados de Fernando Poo.

(3) Que dirigía entonces Alfredo Hernández.

oponían á mis hábitos de trabajo ni á la realización de mis planes. Yo estudiaba desde muy temprano ó asistía á clases mientras ellos dormían la mañana: el almuerzo alegre, bullanguero, bastaba para proporcionarme recreo y descanso. Cuando

se marchaban, pretendiendo en vano llevarme consigo, quedaba solo, dueño de la casa; y en aquella quietud y soledad me consagraba á mi tarea de estudiante, firme, invariable.

—Tengo el tiempo tasado,—les decía cuando insistían en distraerme de mis labores; y como sabían mi historia y mi situación se esmeraban en no molestarme. Por las tardes, á su regreso, ya me entregaba á ellos, con delicia, con el ansia que el colegial consagra á las horas del recreo.

Acompañábalos entonces en sus excursiones y paseos, al teatro, á sus giras y cenas, organizadas siempre *á escote*, cuando mi presupuesto lo permitía, ó aceptaba su convite cuyo costo solían repartirse si sus bolsillos estaban repletos. Su retozo perenne, su jovialidad, me encantaban y contagiaban. Tomaba parte en todas sus fiestas con alegría franca, infantil y sobre todo nueva. Eran para mí escenas hasta entonces desconocidas: un mundo inexplorado. Vivir entre seres que ríen y cantan y saltan y jamás fruncen el ceño, y reir y cantar con ellos, sin recordar que hay penas, ésa es la felicidad. Ellos me enseñaron á gozarla.

Pero, al par que la comunión con estos buenos camaradas daba á mi espíritu alegría y descanso, mi contacto fué útil á ellos. Se estableció un equilibrio lógico, natural. Mi constancia, mi ejemplo, hasta mis consejos los atraían al trabajo; diéronse cuenta, algunos, de que vivían demasiado descuidados.....que habían perdido cursos, que era preciso aplicarse. Proponíanse la enmienda y anticipaban su regreso á casa, concertando dos ó tres horas de estudio diarias, en común, con mi colaboración que—á título de más

adelantado—les prestaba gustoso, facilitándoles con mis explicaciones y conocimiento de los textos, los medios de vencer la aridez de los primeros ejercicios. Estas tareas se acentuaban en la época de exámenes: entonces envidiaban la tranquilidad con que yo, sin variar de método de vida, aguardaba los ejercicios, y al tener que renunciar contrariados á sus placeres, afanándose, para vencer en poco tiempo lo que hubiera sido relativamente fácil en el año, hacían propósito de enmienda para los cursos posteriores.

¡Excelentes camaradas! Mi corazón se ensancha cuando me asaltan tan agradables recuerdos!

Tratábanme como á un hermano menor, como al Benjamín de la familia. Fuera por la timidez de mi carácter, recogimiento, pobreza de medios, consagración al trabajo, ó por ser más joven, tenían conmigo las deferencias y cuidados que en las familias los más fuertes tienen con el débil, ó los viejos para los pequeños.

Á su memoria plácida adornada de risas que aún repercuten en mis oídos, de alegrías que todavía se renuevan en mi alma, se une la de un modesto sacerdote, párroco de una

pobre feligresía de la ciudad (1) á quien fuí recomendado desde la Habana, y que con una solicitud cariñosísima me abrió su casa, me franqueó su amistad y se constituyó en tutor y consejero y protector mío. Todos los domingos iba á visitarle en su limpia casita de las afueras, donde pasaba largas horas de agradable tertulia, ajena á toda clase de gazmoñerías y disertaciones hipócritas; la mesa puesta con sus más blancos manteles, cubierta de frutas de la estación y servida con jovial esmero por una hermana de aquel cura hospitalario.

—No se inquiete V. por su *niño*, escribía á mi madre, aquí no le faltarán los cuidados de este *padrecito*.

De esta manera, viviendo en un hogar

(1) D. José M. Ochoa.

alegre, dichoso, y bajo la égida de aquel sacerdote afable, fué mi existencia en Sevilla tranquila y plácida.

No dejaron, sin embargo, de proporcionarme inquietudes los sucesos políticos que allí se realizaron. Las destituciones repetidas de Alcaldes, Gobernadores, Ayuntamientos y Diputaciones que efectuaba el populacho armado, durante el mal ensayo de República Española; los motines; las barricadas que se construían en las calles con una frecuencia fabulosa y por los motivos más frívolos; la proclamación del Cantón Sevillano; el sitio y cañoneo de la ciudad durante dos semanas por las tropas que mandaba el general Pavía; la entrada triunfal del sitiador á través de ruinas, de escombros y de manzanas de calles incendiadas, los fusilamientos en las plazas públicas, la matanza, la carnicería realizada con odio satánico entre los hijos de un mismo pueblo y sectarios de la misma causa, pasaron á mis ojos azorados, convenciéndome de que en la Metrópoli, lo mismo que en América, son idénticos los vicios y los errores de la raza, y así como en el Nuevo Mundo desconoce los beneficios de la libertad y la combate, allí tampoco sabe apreciarla ni conservarla.

Los cantones desaparecieron; la República se alzó triunfante, pero estaba manchada con la sangre de sus propios hijos, viciada por sus errores, y el edificio minado en su base. ¡Qué república tan deleznable!.....

***

Llegó el ansiado momento de mis últimos exámenes; las diligencias preparatorias..... la fijación del día: el ejercicio de grado!

¡Están tan vivos en mi alma todos los detalles de aquel acto memorable!

La febril ansiedad de la víspera; la última noche que pasé recostado en las almohadas, á

la orilla del lecho, repasando los textos esparcidos sobre la mesita-velador, á la luz del quinqué, bañado en sudor, nervioso, hasta que el sueño cerró mis párpados y aun dormido sentía como que cruzaban por mi cerebro, estereotipados, unos tras otros, los capítulos, las líneas, las definiciones, los párrafos; hasta las manchas, los dobleces de las páginas del libro tantas veces repasadas; el despertar á la madrugada agitado, con-

vulso; el tocado hecho precipitadamente, vistiendo el traje de ceremonias; la llegada al aula; los minutos de espera por el catedrático que ha de presenciar el sorteo de la tesis y constituir el encierro preparatorio; las tres horas de prisión hojeando libros que no se tiene calma para leer, hilvanando el discurso que ha de decidir el éxito del acto.....la comparecencia ante el Tribunal.....la tesis que sè comienza con la voz temblorosa, como si dogal invisible apretase la garganta, y el corazón quisiese romper su estrecha cárcel.... el sosiego, la seguridad que va recobrándose poco á poco, á medida que se habla y se va dominando la materia del certamen; el segundo ejercicio, menos esforzado y que se hace más breve porque se cruzan las objeciones y las réplicas; los diez minutos eternos que el jurado emplea en la deliberación: el sonido de la campanilla que llama al bedel; el bedel que vuele sonriente con el acta de examen en la mano y tutea al graduando y recoge la propina,—el duro reservado para el instante supremo en el bolsillo exhausto,—la nota que se destaca en el papel, húmeda aún, rodeada de rúbricas y rasgos negros, pero más brillante, más fúlgida que un astro para

los ojos ansiosos que la buscan y la adivinan; la felicitación de los catedráticos..... las lágrimas ¡ah! que llenan los ojos y se derraman por las mejillas; la emoción más profunda que puede experimentar el alma; la intensa satisfacción de haber vencido, el punto final en la lucha indecible de ocho años sostenida por un pobre huérfano para alcancar aquel lauro.

Después, los abrazos cariñosos de aquellos amigos alegres que se sienten satisfechos de mi triunfo y declaran el día de gran fiesta y organizan en un restaurant un banquete para obsequiarme. Y por la noche, ya en el silencio de mi alcoba, solo, sentado junto á la mesita de trabajo donde he estudiado tanto, escribir vivamente conmovido, sentida, larga é interminable carta á la pobre madre mía, que vive tan lejos! que no está allí para recompensarme con sus abrazos..... y decirle: —Ya está hecho, ¡soy abogado!—te he cumplido mi palabra!.....

.....

Pero, aún no ha concluído todo. Hay que regresar á la Habana, pagar el pasaje de tercera clase, saldar la deudilla pendiente con el pupilero, con el sastre, los préstamos de mis buenos compañeros..... y la letra de

cambio que recibo y que Dios sabe cómo se ha arbitrado en mi casa, no alcanza para cubrir los derechos del diploma, ese título caro, conquistado con tantos afanes, y que el Estado no da si no se le paga; sin el cual los cursos, los ejercicios aprobados no sirven de nada. Hay que partir sin él, arbitrar en Cuba, si es posible, el dinero; girarlo, encomendar á algún amigo más adelante las diligencias de la saca..... renunciar á ser abogado en mucho tiempo! Con honda pena me decido á embarcarme sin llevar en mi maleta ese pergamino indispensable. Pero, los emigrados cubanos de Sevilla, los viejos, mis jóvenes compañeros, han celebrado en todos los tonos mis esfuerzos; mi pobreza ha sido siempre para ellos un motivo simpático.

Un cubano acaudalado, que ha estado allí reponiéndose de sus males, (1) que regresa á Cuba,—y á quien llegan aquellas celebraciones diarias por la referencia de sus paisanos,—tiene una corazonada. Hace que me lleven á su casa:—Tome V. su diploma,—me dice al recibirme, entregándome mi título en forma, flamante, que por medio de un amigo, el presbítero Teófilo Martínez Ayala,

(1) D. Domingo Fresneda.

ha obtenido en las oficinas universitarias.— Me debe V. su importe y los intereses; y puesto que va V. á trabajar y es justo..... le concedo un año para pagármelos!.....

Allá va la primera firma; la primera obligación de pago del novel jurisconsulto, que habrá de saldarla escrupulosamente en su plazo. Inscriba también en estas páginas el noble rasgo de aquel prestamista confiado y espontáneo.

Y ahora..... ¡nave que conduces alegremente á casa al estudiante victorioso, surca tranquila las azules ondas del océano!

# XVII

# Un Benefactor anónimo

Cuando se abolió en Cuba la trata y se persiguió el comercio é importación de negros africanos, no por virtud propia, sino por la de las enérgicas gestiones de Inglaterra, echáronse á cavilar los esclavistas para hallar un medio que reemplazase y continuase el trabajo esclavo.

Entonces inventaron la colonización asiática. Activos agentes establecidos en Cantón y

Macao atraían á los incautos chinos prometiéndoles sueldos cuantiosos, cantidades en oro equivalentes á grandes sumas de su moneda de cobre; aglomerábanlos en las escotillas de las embarcaciones, y al desembarcarlos suministraban á las nuevas empresas colonizadoras otro filón rico de desmoralizadora explotación y al país una nueva gangrena social.

Depositábanse los cargamentos,—la mercancía humana,—en grandes almacenes de madera, llamados *barracones*—de que aún se conservan las gloriosas muestras—y allí acudían los compradores á surtirse á sus anchas y á recompensar ampliamente la codicia de los ufanos importadores. A pretexto de cobrar las agencias, el viaje, el *almacenaje* y otras cosas, vendíanse los chinos á buen precio, bien discutido, concertado y pagado, y á título de *contratados*, llevábanse á las fincas azucareras cuadrillas inmensas de estos desgraciados seres, gérmenes en el país de una nueva raza inferior, amarilla, degradada.

Ya en la finca, uncíanlos al trabajo como se había uncido al negro esclavo; mezclábanlo con éste; dábanle el mismo miserable albergue, igual *rancho;* idéntica rudeza en los

trabajos, los mismos mayorales y grillos y cepos y látigos.

El pobre chino, á quien engolosinaron con la promesa de una espléndida paga; que no creyó nunca haber vendido su libertad y que tenía un intelecto superior al del salvaje africano, se rebeló bien pronto contra sus opresores. Y como no tenía más remedio que la desesperación y la fuerza, apeló á ellas.

Primero comenzaron los colonos por el suicidio. Colgábanse de los árboles en racimos; arrojábanse á los ríos; eran unos herejes faltos de todo sentimiento religioso! Morían inconfesos!..... soñando que Confucio llevaba las almas amarillas á su patria.

Luego tuvieron resoluciones más viriles, pero, no menos salvajes.

Todos los meses, todas las semanas, ¡todos los días! anunciábase una sedición de estos infelices en las fincas azucareras: en una se negaban á ir á los trabajos: en otra habían atacado con las herramientas agrícolas á los mayorales: allí habían matado á *guatacazos* á dos ó tres blancos; acá la degollina había alcanzado hasta á los amos.

Como es consiguiente, la Autoridad tomaba cartas en el asunto, dando satisfacción á la

opinión pública que reputaba ya á los chinos como unos desalmados, de mala sangre y de perversos instintos. Llevaban á las cárceles á los sediciosos y, los que éramos niños en aquella época, teníamos muy á menudo el espectáculo del cadalso levantado para agarrotar á dos ó tres ó cuatro de los malvados que no habían tenido bastante paciencia para soportar sus miserias y sus infortunios.

Eso sí, el cadalso no se erigió nunca para ejecutar á los autores de la colonización, á los agentes, á los importadores, á los explotadores, á los que esclavizaban al colono y á sus mayorales..... ¡Verdad que ante el tribunal de la Conciencia humana, en Cuba, la Ley y la Justicia estaban también agarrotadas!

***

En una de las fincas inmediatas á Güines treinta colonos procedentes de Macao repitieron el abominable espectáculo de sus sediciones; el dueño, que milagrosamente salvó

la vida, no quiso conservar en sus heredades unos *siervos* tan levantiscos y tan ingratos; los puso en subasta en la población—á como se ofreciera—y héteme aquí que los vecinos acomodados, fastidiados de la monotonía del color, del sirviente negro, se proveyeron de criados de manos, caleseros, cocineros y demás domésticos amarillos.... convencidos de que separándolos, uno en cada casa, se obtenía el medio seguro de conservarlos y precaver sus sediciones.

Mi padre fué uno de tantos; apareciόse en casa una mañana acompañado de un mozo de veinte años, lampiño, de cabello cerdoso, negro, de cuerpo enjuto, de rostro cobrizo, que no hablaba una palabra en español y miraba sonriendo á los chiquillos que le rodeábamos curiosos.

Instalόse en la cocina y empezaron á enseñarle el oficio.

El mozalbete asiático mostraba un carácter tan dócil, tan afable, que parecía mentira que perteneciese á aquella raza, feroz matadora de mayorales y contramayorales. Aprendía rápidamente el arte; aplicábase en entender nuestro idioma y lo hablaba,—aunque incorrectamente,—á los pocos meses;

cargaba y acariciaba á los chicuelos, hacíales juguetes y retozaba en las horas de ocio con los mayores. En verdad, no se comía á nadie aquel hijo de una raza de asesinos. Jamás fué necesario emplear un castigo, una reprensión, para hacerle cumplir sus deberes; sentíase satisfecho con sólo no ver látigos al rededor, con estar pagado, comer bien, vestir, pasear y reposar concluída la faena, lo mismo que lo hiciera si trabajara en su país nativo.

Así estuvo en mi casa largos años ejerciendo las faenas de la cocina, y las que de niñero voluntariamente se imponía, hasta que á la muerte de mi padre se deshizo aquel hogar tranquilo y fué preciso suprimir los sueldos del servicio doméstico. Recogió el buen chino su equipo y, libre, marchó á la Capital en busca de fortuna.

Pasaron algunos años. Una tarde que me hallaba en el gran colegio donde la beneficencia me había dado asilo, el conserje fué á avisarme que en la portería tenía una visita.—¡Una visita yo!.....

Estaba habituado á presenciar la alegría con que mis compañeros internos corrían á recibir á sus familiares, allegados ó amigos que periódicamente llegaban á enterarse de

su estado, á traerles ropas, dulces, dinero, ú otros agradables recuerdos de la familia. A mí, huérfano, pobre sin más relaciones que mi madre y mis hermanos que residían en población distante, ¿quién había de visitarme?..... ¿quién había de procurarme esas satisfacciones?

Corrí ansioso: en la puerta, de pie, correctamente vestido á la europea, con un gran cartucho de dulces en la mano, me aguardaba el *chino*.

Él no se había olvidado de su *amito*. Estaba enterado de mi buena suerte! de que había alcanzado entrar en el colegio!—Hay que aplicarse, cumplir bien! agradecer el favor, hacerse hombre para ayudar á la madre y sustituir en su día en casa al padre, al patrono, que fué tan bueno para él y para todos.—¡Cuánto consejo sensato y cariñoso en su español mascullado! Y al marcharse puso una moneda de oro en mis manos.—Cuando te falte algo, manda á casa; si sales, ve á

verme! ¡Oh, no haya duda de que puedas contar en lo adelante con el buen chino!

Ya no me faltó su visita periódica; ó cuando algún domingo obtenía, como otros compañeros, licencia para pasear, iba á verle á la Habana, en su establecimiento de fonda donde había prosperado á ojos vistas. Recibíame siempre afable, siempre sonriente; preparábame los mejores bocados; llenábame á la vuelta de dulces, de cigarros, de fruslerías ó echábame en los bolsillos unos cuantos reales para mis atenciones *estudiantiles*. Y al par repetía con su lenguaje medio español y medio chino sus consejos.—Aplicarse; juicio! juicio!...,. Tenía delicadezas exquisitas; al llegar las Pascuas, enviábame al sastre y me ofrecía como aguinaldo un *flus* flamante, un sombrero ú otras prendas útiles y necesarias.

Un día le hice una trastada de que se resintió profundamente. Dejé el colegio; me embarqué en el *Missouri* para ir á la Revolución, sin decírselo. Qué entendía él de política?

Cuando me hallaba en la cárcel de la Habana, lo ví llegar á la reja á visitarme, á saber qué necesitaba; pero, echándome en cara mi falta:—¡Era muy malo todo lo que yo había hecho!

Al regresar del destierro en Isla de Pinos, en aquel período amargo de mi vida durante el cual me vi falto de trabajo, de recursos y esperanzas, á veces fuí á buscar su apoyo que no me negó nunca; pero lo excusaba por no oirle repetir su reprensión.—¡Yo había tenido muy poco juicio!

El día en que fueron presos los estudiantes de medicina y las turbas de voluntarios exaltados cruzaban las calles siniestros, amenazantes, y corrían á la cárcel á pedir la cabeza de los pobres niños, mi chino, que oyó hablar de estudiantes y no entendía la jerga política, tuvo un sobresalto horrible.—Si estaría su *amito* entre aquellos infelices!

Cruzó á pie toda la ciudad tropezando con la soldadesca armada, cada vez más alarmado por su vocerío, y fué en mi busca al colegio donde yo estaba empleado, y no respiró tranquilo hasta encontrarme libre del nuevo peligro que en su cariño leal imaginaba.

Poco á poco había ido comprendiendo la política local el bueno del asiático. Hasta justificaba ya el viaje clandestino que tanto reprendía antes.

Cuando le comuniqué mi proyecto de ir á

España, lo acogió con entusiasmo, bien fuese porque entendiera que adelantaría en mis estudios, que sus constantes consejos en lengua mascullada me alentaban á no abandonar, bien porque me alejara de los peligros que en el país me amenazaban.

Al regresar de Cádiz, enfermo, él mismo alquiló y pagó el cuartito en que pasé el invierno, tranquilo, esperando el día propicio para reembarcarme.

El día en que pisé de nuevo la tierra patria con mi diploma de abogado en el bolsillo, él me aguardaba contento, satisfecho de mi triunfo, como si hubiese realizado una fortuna.—¿De qué modo expresarme su alegría?—Un abogado necesita reloj, me dijo en mal castellano, presentándome un estuche con un lindo remontoir de oro y su cadena.

Y como necesitaba abrir casa, alhajarla, comprar muebles, establecer un estudio; siempre alegre, siempre sonriente, hasta orgulloso de contemplarme en mi empleo, prestóme el dinero necesario aquel hombrecito enjuto, de rostro amarillo, que tenía el alma tan limpia, tan pura y generosa como la del mejor blanco.

¡Oh! cómo no habría de consignar su re-

cuerdo en estas páginas íntimas, escritas con toda la espontaneidad de mi ánimo?

Quisiera, como un escultor, labrar un pedestal muy alto y recrearme en erigir sobre él su estatua, obra de mis manos, para señalar al ser humilde, bueno y generoso, benefactor desconocido, que hizo el bien por hacerlo, con abnegación y desinterés absolutos, con lealtad acrisolada, sin aspirar á que le fuese reintegrado, ni á la publicidad, ni á nada!..... que fué mi apoyo, mi consejero, mi mejor amigo, en los días tristes de mi batallosa juventud.

# XVIII

# Fragmento de una carta del Bohemio al Autor

*Nueva York, diciembre 1878.*

.....

.....

Es verdad lo que me escribes: la Revolución ha fracasado! mi ideal, mi amor único, mi sola ambición, se han desvanecido!

No pude ser uno de los que en el campo protestara contra la capitulación del Zanjón, tan inesperada como inexplicable..... Desde

el día en que disfrazado de marinero de una goleta mercante logré *fugar* de la Habana y pisar libre este suelo hospitalario, he tomado parte como simple recluta en casi todas las expediciones fracasadas; detenido unas veces por las autoridades americanas; otras, alimentándome con cangrejos en un *cayo* á donde el barco tuvo que buscar refugio; echado en Nassau, ó qué sé yo en dónde, la fatalidad quiso que nunca llegase á combatir y derramar mi sangre por la patria. Trabajando como obrero y contribuyendo todas las semanas con parte de mi jornal á los esfuerzos de la Junta revolucionaria, quedábame, sin embargo, el consuelo de esperar que podría realizar un día mi anhelo de ser soldado efectivo de mi causa.

Todo ha concluído; el poderío de la Metrópoli, más fuerte, rica y con todos los recursos de una nación constituída y reconocida, que había de defender tenazmente su posesión en un continente que descubrió y pobló, no ha podido tanto para llegar á ese resultado como nuestras propias divisiones, los vicios heredados, el cansancio, la mala organización de las fuerzas, las ambiciones y algo más, que callo, de muchos jefes y directores.....

Tienes razón: ese país necesita reposar, restaurarse, educarse.

Tú crees que por otros derroteros, conciliando los diversos elementos que lo constituyen, volviendo á su seno los emigrados, fomentándose la unión de los antiguos bandos divididos, aprovechando el espíritu expansivo que muestra en estos momentos el Gobierno,—que parece convencido, por las tristes experiencias del pasado, del funesto resultado de sus errores;—haciendo, en suma, sincera y leal política de paz, llegará á obtenerse para Cuba un régimen propio, especial, administrativo y político, que satisfaga los anhelos de libertad de la Colonia y armonice los intereses soberanos de la Metrópoli.

No lo niego: ni acaso excuse mi aplauso á los que han iniciado esa nueva cruzada por la futura felicidad de Cuba, en cuyo grupo veo que con decisión figuras.....

Pero, no pretendas que yo, hombre oscuro, apasionado, que siento más de lo que pienso, vuelva á tu lado á cooperar contigo en esa nueva causa que no hace palpitar mi corazón, ni fué la que halagué desde la cuna.

Tú, que tienes ya familia, hijos, los goces y las cadenas del hogar,—que impone grandes deberes;—que sientes un entusiasmo juvenil, patriótico, que no se entibia, persevera, trabaja;... al cabo gana el país con la propaganda de las ideas liberales y de las buenas doctrinas.

Fugitivo de mi país, emigrado por fuerza, revolucionario convencido y defraudado en mis esperanzas, me condeno á la expatriación voluntaria.

No insistas en tus reclamos; déjame que siga triste y desalentado, gozando al menos en en este país grandioso los beneficios inestimables del ciudadano libre.

Pero, si algún día, amigo mío, tu nuevo sueño, tu hermoso ideal autonómico, tal como me lo pintas, se realiza; yo revocaré mi pena de destierro y correré á tu lado, para vivir cerca de tí, para ayudarte á educar á tus hijos en el amor á la patria y para disfrutar la libertad en ese suelo tan desgraciado y tan querido.

# EPILOGO

## El Noviciado

¡Qué limpia! qué linda! qué mona y qué retirada de los centros populosos, aquella casita estrecha donde me establecí con mi madre y mis hermanas, llamadas á compartir conmigo desde el primer día, las ilusiones, las realidades, los reveses ó los éxitos del noviciado!....

Los muebles nuevos, relucientes, que llenan la pequeña sala, están adornados con tapetes y lazos que ellas han confeccionado. Sobre la consola el juguete caprichoso, en las paredes los bonitos cuadros. Es preciso que si se presentan los clientes..... ¡clientes..... Dios mío! que es lo único que falta!.....lo encuentren todo arreglado.

La mesa escritorio, el *bufete*, cubierto con los libros de texto que formaron mi ajuar de estudiante, sin más biblioteca, ocupa el centro de uno de los testeros y roba mucho espacio; afea el saloncito; pero, sin él no hay estudio posible; es el distintivo de la oficina, el *yunque* del trabajo.

A veces me siento delante del *bureau* y apoyo mis codos y sueño que entran y salen litigantes, y que escribo y redacto á granel peticiones y alegatos.

Pero, no entra nadie, y sólo percibo en el interior la mirada solícita de mi madre, orgullosa de verme instalado con mi aire presuntuoso de jurisconsulto.

¡Oh! tiene gracia eso de ser abogado á los veinte y un años y tener muchas ambiciones, muchas necesidades, mucha falta de mundo, ninguna protección, y no conocer á nadie.

Eso sí; se siente uno más crecido, más satisfecho, como si ya fuera *algo*.

Como no se tiene pelo de barba, y el abogar con rostro infantil es un poco difícil, comiénzase por querer aparecer viejo. Se lleva siempre levita negra, larga, y chistera ó sombrero alto, que dan apariencias de letrado. Se usan quevedos, aunque se tenga vista de

lince, que eso también disfraza de pedante.

Se ha cuidado de poner en los periódicos un anuncio que diga con letras redondas, muy claras, que lee á menudo,—y acaso él solo,—el interesado:

FULANO DE TAL.

ABOGADO.

*Consultas* de 12 á 3.—Calle de.....

Lo de la hora de la consulta es reglamentario: da tono...,. por más que se darían á media noche si se presentaran.

Se han distraído del presupuesto escaso unos cuantos pesos para retratarse vestido con el bonete y la toga y tener el gusto de ofrecer el daguerreotipo á la familia y á los amigos, que se llenan de gusto viendo la efigie togada del mozo, hasta ayer un arrapiezo, un muchacho, y les parece cosa de milagro.

Se ha mandado imprimir un centenar de tarjetas que dicen lo mismo que el anuncio del diario y con las que llena los bolsillos ofreciéndolas á todo el que le saluda ó le sale al paso.

Está tan deseoso de que se sepa que es Licenciado en la ciencia de Licurgo, que donde quiera, sea quien fuere la persona con

quien se halle, venga ó no venga á pelo, busca la ocasión de decir:—Porque yo soy abogado!

Y sin embargo, se acuesta por las noches pensando tristemente en que no ha tenido aún un *pleitecito*..... un miserable juicio verbal donde desplegar todas las artes, la ciencia y la verbosidad de que se siente poseído.

Hácese presentar y recomendar á los jurisconsultos de fama, de clientela, para que utilicen sus servicios y le den trabajo. Seguro es que el que lo tiene no lo da ó no puede darlo; pero, los abogados viejos le llenan la cabeza con las dificultades de la práctica, las penalidades del oficio, su odiosa realidad profesional que no se compadece con las hermosas teorías y las ilusiones de las aulas.

—"¡Qué mala carrera ha elegido V., amigo mío!...." El mozalbete está á pique de creer que ha perdido su tiempo estudiando muchos años, y que más le valiera ser picapedrero que letrado.... Pero, si tiene pizca de ingenio y ve el *comfort*, la riqueza, el prestigio que rodean á aquellos ancianos que así se lamentan de la profesión que los ha encumbrado, se consuela pensando:—¡No será tan mala!

Alguno de esos *maestros*, por bondad, por no decir que no, ó porque no arriesga nada, consiente en que vaya á su estudio *á practicar*, á enterarse, á hojear expedientes; y el novicio gozoso de empezar, de poder inmiscuirse en el mundo de luminosas discusiones y contiendas jurídicas que concibe, va allí todos los días á la hora fijada y se sienta modestamente en un rincón del despacho á ver entrar y salir gentes, á oir el rumor de las conversaciones y consultas en que no toma parte, á esperar que le ordenen hacer algo,—que nunca le ordenan,—ó á distraerse leyendo los rótulos de los libros ante los estantes, para combatir el sueño que amenaza cerrar sus párpados.

O á veces halla,—y es lo menos malo,—un principal activo á quien sobra el trabajo, y entonces ¡ah! entonces si que hay ocasión de poner en ejercicio todas sus actividades. Llevar y traer autos, acudir á citas á que el principal no puede asistir; redactar apuntamientos, notas para los estrados, preparar los informes, confrontar las citas de leyes, redactar escritos que no ha de firmar, doblar las hojas de los autos para indicar los hechos que deben ser comprobados; servir de amanuense, ir á casa de procuradores, de partes, de escribanos; servir para todo, menos para la liquidación y cobro de los honorarios.

Pero, esto da á conocer, enseña, crea relaciones, ofrece lances para mostrar que uno sirve de algo y algún día, porque se ha

solicitado entrar en el turno de abogados de pobres ó de oficio y que se le cometan causas difíciles, graves..... y gratis, ó por arte de *birlibirloque*, se tiene la suerte de presentar un trabajo brillante, un escrito donde se han

prodigado toda la retórica y las habilidades que se tenían guardadas, ó se hace en estrados un esfuerzo oratorio, feliz y de resonancia.

Entonces empiezan á decir las gentes: —¡Qué inteligente! qué listo es el muchacho!..... Y la ocasión se repite, porque la necesidad de prosperar y el aliento de los primeros éxitos empuja y redobla los afanes, hasta que un día,—que se graba eternamente en la memoria,—se ve entrar en la casita estrecha, limpia y mona, y acercarse á la mesa que casi ocupa toda la reducida sala, á un hombre que entrega unos papeles, que consulta, que confía una causa, y que paga,

al fin, los primeros honorarios!..... Y tras éste otro.... y otro.... y otro.!.. y con ellos, la reputación que compensa los desvelos, los afanes; la grata remuneración que premia la labor constante..... el legítimo orgullo de cimentar en el esfuerzo propio la vida independiente y sosegada.

Y luego ¡ah! luego se pagan las deudas sagradas contraídas en los días críticos de carestía y de combate; se guarda gratitud eterna á los que nos hicieron bien en las horas infaustas y se embellece y se restaura el pobre hogar de la familia, que sólo supo sostener durante muchos años, el amor, la abnegación y el heroísmo de una buena madre.

FIN

# Indice


| | | Páginas. |
|---|---|---|
| Prólogo | | IX |
| Al Lector | | XXV |
| I | Mi Escuela | 31 |
| II | Mi Hogar | 44 |
| III | Mis Protectores | 59 |
| IV | El Colegio | 69 |
| V | Los Escolares en 1868 | 83 |
| VI | Reclutas para la guerra | 101 |
| VII | En las Cárceles | 111 |
| VIII | Mi Confinamiento. Isla de Pinos | 137 |
| IX | Una Carta al Bohemio | 171 |
| X | Otra Carta al Bohemio | 179 |
| XI | Carta del Bohemio al Autor | 193 |
| XII | Tercera Carta al Bohemio | 198 |
| XIII | Ambiciones y empresas | 211 |
| XIV | Diario de viaje | 237 |
| XV | Entre Emigrados | 255 |
| XVI | Llegar al puerto | 275 |
| XVII | Un Benefactor anónimo | 295 |
| XVIII | Fragmento de una Carta del Bohemio al Autor | 307 |
| Epílogo.—Noviciado | | 311 |

## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

CUBA Y SUS JUECES. Un volumen de 325 páginas. Séptima edición ilustrada con 130 grabados; aumentada con notas y apéndice. Casa impresora de la Compañía Lévytype, Filadelfia.

LOS ESTADOS UNIDOS. Reducción de la obra *Triumphant Democracy* de Mr. Andrew Carnegie, con notas y comentarios. Segunda edición. Soler, Álvarez y Ca., impresores, Habana.

OCT 3 0 1912

OCT 3 0 1912